



PORTADA. (*Colorful Underwear*, Romero Britto. Tomado de: <https://www.wikiart.org/en/romero-britto/colorful-underwear-2008>)

La revolución masculinista: una crónica en busca del amor gemelo

Por:

Santiago Pinzón Alvarado

Director:

Eduardo Restrepo

Maestría en Estudios Culturales

Facultad de Ciencias Sociales

Pontificia Universidad Javeriana

Bogotá

2018

Yo, SANTIAGO PINZÓN ALVARADO, declaro que este trabajo de grado, elaborado como requisito parcial para obtener el título de Maestría en Estudios Culturales en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Javeriana es de mi entera autoría excepto en donde se indique lo contrario. Este documento no ha sido sometido para su calificación en ninguna otra institución académica.

Santiago Pinzón Alvarado

25 de mayo de 2018

La revolución masculinista: una crónica en busca del amor gomelo

Lo que vendrá

*Esto está presentado como obra de ficción,
y no se dedica a nadie.*

Charles Bukowski

Ni se dedica ni se agradece en esta tesis, sino que vamos directamente a quienes la escribieron. Yo únicamente transcribí. Mi cuerpo no puede, ni el de nadie, reducirse a una mente. Ni siquiera puede limitarse al cuerpo anatómico: al cuerpo que va del dedo gordo del pie a la coronilla, se le asigna un nombre y apellido y es rebasado por numerosos vínculos afectivos, que a su vez vienen contaminados por amarres fantasmales del pasado.

En desorden, la escribieron, la escriben: Martirio, que con sus doscientos años de vida ya se las sabe todas y así evita los descrestes; Eduardo, cuya frialdad mental lleva al inevitable fluir de las páginas, de la mano con el inevitable voto de confianza cieguísimo que me arrojó al querer ser mi acompañante, y de la otra mano que destroza el logocentrismo en un medio abrir de ojos; el fantasma de Liliana, que puya y puya para revelar el impacto del aleteo de la mariposa; Carolina, que en ataques de lucidez escupe y escupe ideas geniales que toca anotar con disimulo en la servilleta más cercana; Ochy, que llena de esperanza cuando empieza a conectar una resistencia con otra. Erna e Isabel que siempre ven más allá y más acá, y así encuentran mi sesgo dentro de mis críticas a los sesgos. Félix, crítico acérrimo del feminismo desde la lógica pero no desde la práctica.

La familia (que escogió ser familia porque ese cuentico de que “familia es familia” es pura carreta), Pa, Ma y Pipe, apoyos adamantinos; las personas amistosas, que aman y amo, que brindan amarres de seguridad para pisar y no tener miedo de caer al abismo, Ginna y Guapachá, novias, Perea y Guzmán, siempre firmes a pesar de la lejanía o incluso la cercanía; Terry y Antonio y Alfredo que siguen siendo los grandes que me protegen; Mónica y Juliana, Joaquín (aunque no lo sepa), sabias; Ángela, salvavidas; Gualinche y Mariategui, hermanas.

La cerveza y el café, junto con los entrevistados, que se desnudaron, y las lectoras, que reescribieron. Mi tío o primo, que todo lo ve a colores y dio con una portada que ya todo lo decía. María Alejandra, que insiste en que “todo va a estar bien” con absoluta conmoción; Isabella y María Luisa, sazoadoras discretas; Laura, el tamiz. Otra Laura, con quien espero nos vinculemos pronto, me hizo saber que ya había valido la pena escribir este texto sin importar quien lo leyese o no después. Antonio otra vez, por ser siempre en cada texto mi lector fantasma. Y claro, Viviana y Marco, borgianas a quienes admiro por su capacidad de producir con la minucia de la coma al tercer tigre.

Las plantas de mi apartamento, que se han nutrido y ahora quieren pasar a otras materas, estoy seguro de que algo escribieron.

¡Ah!, y Castillo, hermano, mi otro y yo su otro. Y Daniela, quien en su andar demuestra y enseña que sí tiene corazón este camino, y en su sosiego escribió y escribió a mi lado.

Poner en práctica el amando

Este texto es un intento por devenir amor, y estoy convencido de que intentarlo ya vale la pena. Es una búsqueda del amor entendido desde lo más cliché que se les ocurra, lo más cursi y empalagoso que les venga en la cabeza. Sí, es básicamente el amor en el que una persona es capaz de sacrificar algo, o muchos algos, por otra. El amor tiene un significado simple y sencillo: en su estado más trivial, el eros, el amor entre dos, es la muerte del ego para, una vez muerto, ser capaz de habitar la alteridad. No es más. No hay que complejizar el concepto amoroso, sino complejizar la práctica y ser capaz de llevar a cabo el concepto.

Para buscar ese cómo amar me amarro al diagnóstico planteado por Byung-Chul Han (2014) en su texto *La agonía del eros*. Han¹ trata, por su tradición como filósofo, de encontrar un síntoma universal por el cual se está oxidando esa capacidad amorosa de antaño. Aunque nostálgico, y me sabe a cacho si antes se amaba o no, me le tumbo la idea

¹ En este texto no utilizaré esa mala maña, medio militar, de llamar por los apellidos a las personas que referencio y me brindan despertares; las llamo por el nombre, porque así no remito a un linaje que en su mayoría es el linaje de los hombres y no de las mujeres.

de que en estos tiempos abocados hacia el éxito individual, la excesiva preocupación por uno mismo está impidiendo la muerte del ego y la capacidad de habitar la alteridad.

Por eso, las películas se venden a través de espejos antieróticos: Narciso se enamora de Narciso, nunca por su diferencia, sino que cada uno empieza a encontrar reflejos del sí mismo para alimentar su ego. Si Narciso juega voli y estudia administración de empresas, acaba enamorado de otro Narciso que, obviamente, juega voli y estudia administración también. El espejo es la “agonía del eros”, así que vamos a tratar acá de atravesarlo.

Sumado a este amarre tengo la cuerda de bell hooks, quien ha bregado por defender a capa y capa que el amor no puede escindirse del feminismo, ni mucho menos los hombres, quienes deben reconocerse también como afectados negativamente por un mismo sistema que los condiciona a seguir modos de actuar. Bell tiene un bellísimo manual sobre el amor, *All About Love: New Visions (Todo sobre el amor: nuevas visiones)* (2000) en el que desarrolla, capítulo a capítulo, la práctica requerida para amar, el cual resultó útil, pero el que más nutre estas ideas es su libro *The Will to Change: Men, Masculinity, and Love (Las ganas de cambiar: hombres, masculinidad y amor)* (2004), ya que en este texto el manual amoroso va dirigido directamente al hombre y a la necesidad de reconocer los malestares sociales que obstaculizan su práctica amorosa.

A otras más, y unos pocos otros, también les he sacado algo, aunque ya no los recuerde. Pero esta tesis es básicamente un báculo a la *Teoría King Kong*, de Virginie Despentes, desde la mirada de un hombre. Para Virginie (2012), la revolución feminista se dio, se da y se seguirá dando, pero mientras tanto, a los hombres heterosexuales

Les gusta hablar de las mujeres [...]. Así evitan hablar de ellos mismos. ¿Cómo se explica que en treinta años ningún hombre haya producido el más mínimo texto novedoso acerca de la masculinidad? Ya que son tan charlatanes y competentes cuando se trata de perorar sobre las mujeres, ¿por qué este silencio en lo que se refiere a ellos? Porque sabemos que cuanto más hablan, menos dicen. De lo esencial, de lo que realmente tienen en la cabeza. ¿Acaso quieren que hablemos de ellos, a nuestra vez? Por ejemplo, ¿quieren escuchar decir a qué se parecen, vistas de afuera, sus violaciones colectivas? Parece que quieren verse coger, mirarse las pijas los unos a los otros, estar juntos al tenerla parada, parece que tienen ganas de ponérsela. Parece que les da miedo confesarse que lo que realmente quieren es garchar los unos con los otros. Los hombres quieren a los hombres. Se la pasan explicándonos

cuánto quieren a las mujeres, pero todas sabemos que nos chamuyan. Se quieren, entre ellos. Se cogen a través de las mujeres, muchos ya piensan en los amigos cuando están dentro de una concha. Se miran en el cine, se dan los mejores papeles, se ven potentes, fanfarronean, no pueden creer que sean tan fuertes, lindos y valientes. Escriben los unos para los otros, se congratulan, se apoyan. Tienen razón. Pero de tanto escucharlos quejarse de que las mujeres no cogen lo suficiente, que no les gusta el sexo como debería, que no entienden nunca nada, una no puede sino preguntarse: ¿qué están esperando para culearse? Dale. Si los puede volver más sonrientes, quiere decir que está bien. Pero, entre las cosas que correctamente les inculcaron, está el miedo a ser gay, la obligación de querer a las mujeres. Por lo tanto, siguen el camino recto. Refunfuñan, pero obedecen. De paso, cachetean a una chica o dos, furiosos porque se la tienen que bancar (p. 59).

Retadora, entradora, Virginie generaliza a siniestra y siniestra y al que le caiga el guante que se lo chante. “Yo no, yo no soy así, qué injusto, qué exagerada, qué resentida”, puede decir cualquier hombre, y sé que lo han y hemos dicho muchas veces. Hace un año, cuando presenté una ponencia y me agarré de Virginie para decir que no había un solo hombre cisgénero heterosexual en el universo que hubiese producido una narrativa sobre ellos mismos, y mucho menos pensando sobre sus privilegios, la rebotada fue inmediata. Empezaron las erudiciones, y hasta me sacaron, en un sagrado ámbito académico, referencias de raperos que sí lo habían hecho. Pero es que ese no es el punto: siempre habrá numerosas excepciones a la regla.

Virginie le apuesta al afecto porque sabe que la razón está mandada a recoger, de ahí su crudeza y exageración. Los tiempos del logocentrismo, la razón y la argumentación europea no necesariamente producen verdades y si las producen son sólo eso, verdades para decir, para descrestar en una academia, un bar o una cafetería, pero estas verdades no afectan el habitus de las personas. El sesgo principal de este trabajo es creer que el cambio del habitus de las personas no se dará necesariamente de manera racional sino a través de la conmoción.

Cambiar el habitus requiere de más corazón y de menos razón; el habitus, entendido acá como lo plantea Pierre Bourdieu (1972):

un sistema de disposiciones durables y transferibles —estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes— que integra todas las

experiencias pasadas y funciona en cada momento como matriz estructurante de las percepciones, las apreciaciones y las acciones de los agentes de cara a una coyuntura o acontecimiento y que él contribuye a producir (p. 178).

En ese sentido, el habitus consiste en el peso inconsciente de todas las experiencias que hemos vivido y que nos han hecho practicar y desear como lo hacemos, que a su vez vienen condicionadas por fantasmas que antaño inculcaron esas prácticas y deseos a otros. El habitus es todo un universo encarnado en nuestro cuerpo:

una ética, una metafísica, una política, a través de órdenes tan insignificantes como “ponte derecho” o “no cojas tu cuchillo con la mano izquierda” y de inscribir en los detalles en apariencia más insignificantes del *porte*, de la *postura* o de los *modales* corporales y verbales los principios fundamentales del arbitrario cultural (Bourdieu, 1972, p. 117).

Este peso, que en los ejemplos de Pierre se expresa, sobre todo en un orden de clase social, no difiere en otros órdenes. Judith Butler lo evidencia también en el orden de género: será a través de la repetición de gestos corporales, sumados a lo que nos hablen, lo que producirá una incorporación en nuestros modos de ser macho o hembra. Y entonces, para reformular este género que se ha ido perpetuando, Judith (1993) plantea la siguiente solución:

Las cuestiones que estarán en juego en la reformulación de la materialidad de los cuerpos serán: (1) la reconsideración de la materia de los cuerpos como el efecto de una dinámica de poder, de modo tal que la materia de los cuerpos sea indisociable de las normas reguladoras que gobiernan su materialización y la significación de aquellos efectos materiales; (2) la comprensión de la performatividad, no como el acto mediante el cual un sujeto da vida a lo que nombra, sino, antes bien, como ese poder reiterativo del discurso para producir los fenómenos que regula e impone; (3) la construcción del “sexo” no ya como un dato corporal dado sobre el que se impone artificialmente la construcción del género, sino como una norma cultural que gobierna la materialización de los cuerpos; (4) una reconcepción del proceso mediante el cual un sujeto asume, se apropia, adopta una norma corporal, no como algo a lo que estrictamente se somete, sino, más bien, como una evolución en la que el sujeto se forma en virtud de pasar por ese proceso de asumir un sexo; y (5) una vinculación de este proceso de “asumir” un sexo con la cuestión de la identificación y con los medios discursivos que emplea el imperativo heterosexual para permitir ciertas identificaciones sexuadas y excluir y repudiar otras (p. 19).

Ahí está, en cinco puntos fundamentales, el quehacer para desafiar una matriz heterosexual. Los primeros tres puntos son el diagnóstico: que la materialidad de los cuerpos es establecida bajo la cultura humana por la repetición, y esto incluye hasta el naturalizado sexo. Y los otros dos son el reto: que una vez se entienda esto se puede escoger, como sujeto, el propio sexo y género, sin perder de vista la heteronormatividad que en cualquier momento nos quita el poder de decisión.

Pero no, desconfío de ese ambiguo modo en que un sujeto logra desentenderse del peso de lo performativo por una experiencia puramente logocéntrica, en la cual supone que una argumentación racional, lógica y argumentativa le cambiará la vida. A lo performativo se le cambia con lo performativo, con el chow lobo, guayabero, que chilla. Quizá le servía a Sócrates y a esos otros locos de la antigua Grecia, porque eran fieles creyentes en la razón y el mundo de las ideas, pero acá en mi contexto creo más en la incendiaria Virginie.

Y es que por más bonito que parezca argumentar, los argumentos tienden a entibiar, a olvidar que finalmente hay unos con más voz que otras, una hegemonía que puede temblar únicamente a partir del reconocimiento de lo dominantes. Apoyado en Virginie, por no decir “plagiando a Virginie”, quiero darle cuerpo a ese contrincante político de élite modesto, situado en lo alto de la cima. A aquel discreto hay que quitarle la capa prestigiosa de la invisibilidad para desnudarlo. Obsérvese la cantidad de investigaciones sobre los oprimidos; cada comunidad subalterna por su nombre: la LGBTIQ, la palenquera, los raizales, los Wayuu: ¿dónde está el estudio sobre la comunidad que ha gobernado este país durante siglos?

La asignación de lo étnico y lo racial tiene una herencia colonial que debería mandarse a recoger: ha llegado la hora de escudriñar a los que desde arriba siempre han expuesto hasta las entrañas de los de abajo. Ya la comunidad trans ha bregado para que al menos se le asigne un nombre a ese otro en la élite, que si van a nombrar a cada sujeto de esta comunidad como transgénero, por su tránsito a otro género, que quienes no se atrean a hacerlo por lo menos se llamen cisgénero. Pero hay que escarbar más y llegar más allá del mero nombramiento.

Por eso, esta narración es un estudio sobre la comunidad gomela², a través del aliento performativo de Virginie: porque ya viene siendo hora de asignar nombres a lo innombrado, para luego pasar a ese otro momento en que dejemos de categorizar en cajones a lo subalterno. El momento colonial en que se produjeron etnias como otredades radicales merece al menos, en una primera instancia, una espejeada en la que el *nosotros* se nombre y deje de parecer neutro, modelo y natural.

El masculinismo

Siento que nos quejamos de todo y a todo segundo. Me levanto y me quejo por el ruido que los obreros producen en la obra al lado de mi casa. Intento dormir un poco más, para calmar el guayabo que tengo, y entonces se me hace tarde para ir a dar clase: ¡carajo! Corro, agarro un taxi, y el taxista se lamenta porque las mujeres ahora son más lindas, pero más fregadas; luego maldice el tráfico, y de paso aprovecha para madrear al alcalde anterior, al de ahorita y al que viene. A pesar del tráfico, que también me emputó a mí, llego al salón de clase.

Otra vez puedo oler que no “pudieron” leer, me evito la pregunta obvia y les pregunto por el porqué: que no tienen tiempo, me responden, que los ponen a leer mucho para todas las clases, que además tuvieron que hacer esta cosa y la otra. Qué coincidencia: se trata de la misma queja y sufrimiento compartido que tendré esta noche, cuando me vea con mis colegas del posgrado: la tesis como la peor pesadilla, porque tenemos que leer mucho, y al tiempo hacer mil cosas.

Se trata, en últimas, de la queja por la queja. La anticrítica. Es la mirada hacia afuera, por encima, que permite echar la culpa a un otro cualquiera en un santiamén. Es la polarización, la “no reciprocidad lógica” que el filósofo Estanislao Zuleta (1997) denunciaba hace ya más de treinta años y que, actualmente, parece haberse potenciado con el uribismo:

Hay que observar con cuánta desgraciada frecuencia nos otorgamos a nosotros mismos, en la vida personal y colectiva, la triste facilidad de ejercer lo que llamaré una no reciprocidad

² ¿Cómo definir una comunidad gomela? Esta es una duda clave que me atañe y afecta. Tratando de tomar distancia, y al mismo tiempo conjurando el valor de mis emociones, trato de no caer en exotizaciones, homogeneizaciones; me sitúo en lo que aburridamente se llama un estudio de caso, para encontrar los tejes y manejes que institucionalizan comportamientos gomelos y el modo en que esta gomelería es puesta en la cancha a través de maniobras estratégicas y tácticas, o incluso a través de la banca que se rehúsa a entrar al partido.

lógica; es decir, el empleo de un método explicativo completamente diferente cuando se trata de dar cuenta de los problemas, los fracasos y los errores propios y los del otro cuando es adversario o cuando disputamos con él. En el caso del otro aplicamos el esencialismo: lo que ha hecho, lo que le ha pasado es una manifestación de su ser más profundo; en nuestro caso aplicamos el circunstancialismo, de manera que aún los mismos fenómenos se explican por las circunstancias adversas, por alguna desgraciada coyuntura. Él es así; yo me vi obligado. Él cosechó lo que había sembrado; yo no pude evitar este resultado. El discurso del otro no es más que un síntoma de sus particularidades, de su raza, de su sexo, de su neurosis, de sus intereses egoístas; el mío es una simple constatación de los hechos y una deducción lógica de sus consecuencias. Preferiríamos que nuestra causa se juzgue por los propósitos y la adversaria por los resultados (pp. 14-15).

Así, suelo pensar que yo no tengo tiempo para mi tesis, pero que mis estudiantes, en cambio, son vagos. Pero, ¿qué tal si dejamos esa efímera queja, apresurada, y le apostamos a la crítica introspectiva, una que resulte realmente visceral y al tiempo permita observar el entorno con ojos lentos y dispuestos al asombro?, ¿qué tal si cuidamos el adjetivo, el cual, como afirma un poeta, “cuando no da vida, mata”? Vale la pena decir las cosas por su nombre y darles vida, en lugar de matar con adjetivos vacíos, como el de mujeres “más lindas y fregadas”, leer “mucho”, y hacer “mil cosas”.

Por ejemplo, podríamos pensar una crítica que a lo mejor revele el martilleo temprano de los obreros como una forma de contestación, de lucha de clases, ante un trabajo mucho más arduo y sin embargo peor pagado que el mío; que me permita entender mi gusto por el alcohol dentro de un complejo sistema hegemónico en el que he de mostrarme competente como hombre. Una crítica que explore los conceptos de lindura dentro de un sistema racista, la “fregadera” dentro de uno machista, al tiempo que reconozca los intrínquilis de la alta política bajo una historia colonial que mantiene a un grupo dominante ocupando cargos semejantes a los del alcalde desde hace ya varios siglos.

En otras palabras, podríamos decir que “la revolución será feminista o no será”, pero con el masculinismo, porque lo único chimbo del feminismo es su nombre. ¿Por qué remitir a lo femenino con su nombre, cuando el feminismo decolonial, que es al que mejor me adhiero, está todo el tiempo buscando el sancocho de opresiones que existen y el modo de emborracharlas? El masculinismo es la tranca de la puerta para que no se le cierren a los

hombres, ni a los comportamientos masculinos, la posibilidad política de aliarse al feminismo.³

Lo deja en claro un grupo de mujeres que se ha visto herido por doquier por el sistema colonial: el colectivo del río Combahee (1978). Designadas como mujeres negras y lesbianas, reconocen lo que es la lucha efectiva en su manifiesto. Ellas revelan un eslabón de opresiones que se debe desencadenar. Y para esto, dan más o menos los siguientes fundamentos:

- No polarizan: se unen en una lucha antirracista con un hombre negro, por ejemplo, pero le critican su sexismo.
- Se rehúsan a ejercer separatismos: no antagonizan a ningún ser por sus condiciones de raza, clase, sexo o sexualidad. Reconocen que nadie está determinado biológicamente, y por ende todo sujeto puede acabar por unirse en contra de la lucha hacia el eslabón de opresiones.
- Consideran necesario para la lucha que cada quien asuma la pérdida de ciertos privilegios, en cuanto estén siendo generados a través de la opresión de otros.
- Su lucha es casi infinita, justamente porque no implica la liberación de ellas mismas, sino de todos los seres.

³ Aunque corto, el ladrillado texto de Jacques Derrida (1968) *La diferencia* permite reconocer una producción de falsos binarios a través de una dependencia ontológica. Puesto en el asfalto, Jaques invita a pensar que esto del binarismo occidental, ese modo de entender el mundo a través del “es blanco o negro, mujer u hombre, humano o no humano”, nunca se ha hecho desde un verdadero binarismo, sino que siempre uno de los binarios es carencia del otro. Así, la mujer sería el binario de hombre por carencia, quien se define como un no hombre, por falta de pene, por dar un ejemplo.

Creando en Derrida, asumo que es importante la construcción de verdaderos binarios, en los que no se asuma uno como neutro, natural, presente y el otro como réplica, huella, ausencia, para luego posibilitar la deconstrucción del binario y permitir el ingreso a una especie de zona gris.

De esta manera, en este texto binarizaremos con cierta injusticia pero con gana política. Por eso trataremos de producir la lucha vinculatoria creando el binario masculinismo al feminismo, desnaturalizando el binario de ciertas características de la élite como los cuerpos masculinos, la blancura y la clase alta, y buscando órganos como la piel o el corazón en contraposición a la razón (que solemos ubicar en el cerebro).

Quizá esto ya lo había expresado mejor antes de Jacques la famosa novela de Robert Louis Stevenson, *Dr. Jekyll y Mr. Hide*, quien se tira toda la novela hablando de un personaje con dos personalidades y con dos nombres, como el título mismo de la novela ya lo dice. Pero al final, cuando ya ha constituido el verdadero binario, afirma que probablemente los seres humanos poseen numerosas personalidades y no únicamente dos.

- Mantienen la autocrítica como parte del movimiento feminista: revisar y cuestionar su lucha también es una tarea infinita.

Más adelante, en el texto *Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics*, Kimberle Crenshaw (1989), partiendo de casos jurídicos, demuestra el conjunto de opresiones que pueden caer de manera simultánea sobre una persona, y la importancia de reconocer el grado en que estas opresiones suceden. Kimberle nos invita a que imaginemos una intersección para el tráfico de carros, en el cual puede producirse un accidente desde varias direcciones. De igual manera, cuando una persona recibe opresiones, le sucede como si estuviera en esa intersección, y según de quien se trate, mayor puede ser el número de opresiones que recibe: si se trata de una mujer heterosexual, obrera y blanca, probablemente será embestida por su identidad femenina y su distinción de clase, pero si esta misma mujer obrera fuera además lesbiana y negra, probablemente también sería atropellada (o mejor dicho, sería también discriminada, violentada, marginada y silenciada entre otras cosas, pero no quiero alejarme de la analogía de Kimberle) por su color de piel y su deseo sexual.

Una vez explicado esto, Kimberle entra a explicar la imagen del sótano para así entender cómo opera la interseccionalidad a fin de que las luchas antirracistas o feministas no logren realmente beneficiar a una mujer negra. En este sótano, se encuentran todas las personas que poseen uno o más obstáculos, un “pero por”. Aquellas personas, como cualquier individuo, merecería salir del sótano, o parecería estar en condiciones de hacerlo, y subir adonde se encuentran las personas privilegiadas, “pero por mujer”, “pero por negro”, “pero por pobre”, “pero por transexual”, “pero por marica”, no pueden lograrlo. Así, se encuentra en el sótano una jerarquía explícita, en la que se ubican, en la parte de abajo, quienes más “pero por” tienen, mientras que en la parte de arriba, oprimiendo a los de más abajo, están quienes tienen tan solo un “pero por”, lo que les permite sacar la cabeza por la exclusiva del sótano, y lograr incluso gatear hacia la sociedad de los privilegiados, quienes no tienen ningún “pero por”.

La embarrada de Kimberle es no dejar en claro de quiénes serían estos seres cuya identidad social los posiciona plenamente por fuera del sótano. Por supuesto, elementos como raza,

género, clase, edad, lugar de nacimiento y humano/no humano determinan posicionamientos en ese sótano o ese mierdero que se vive a diario, al dar a unos más privilegios que a otras. Pero, ¿existe realmente un lugar arriba del sótano, una suerte de cielo, en el que habitan unos seres carentes de impedimentos, de “pero por”, o se trata de una utopía?

Tanto mi hermano como yo, hemos tenido la ventaja de ser, hasta el momento, hombres, heterosexuales, blancos y pertenecientes a una clase social privilegiada, pero desde muy pequeños, cuando yo tenía más o menos trece años y él ocho, entramos en una disputa por ver quién conseguía estar más arriba en el sótano. En este caso, como imaginarán, a mí me picaba esa superficie de mi piel que a los ojos de otros parecía grasosa, por su pus, por su brillo y su supuesta condición de enferma, mientras que a mi hermano le picaba su piel por grasosa, pero por el volumen que aquella constituía y por la aparente enfermedad que también implicaba tener una piel abundante. Por este motivo, aunque nos encontrábamos en la parte de más arriba en el sótano, peleábamos por ver quién podía posicionarse más arriba.

Pocas peleas recuerdo con mi hermano como estas. Aunque no puedo ya recordar con tanto detalle, conservo todavía con nitidez el rostro de mi hermano escurriendo lágrimas. Le duelen mis palabras y me llena de felicidad verlo llorar. Siente el rechazo que le impongo, lo condeno a lo abyecto, a lo anormal, repitiendo sin parar que está gordo. “Gordo feo, gordo asqueroso, gordo, gordo, gordo”, le repito. Yo también estoy llorando sin anestesia. Él también sabe lo que me hunde. Cada palabra suya hace que me arda la piel: “Mazorca mazorca mazorca, granoso granoso granoso”. Quiero no tener granos y él quiere bajar de peso, y nada nos va a detener, podemos seguir produciendo lágrimas en el otro hasta que la muerte nos separe, porque si él llora por gordo tener, granos no es tan grave, y si yo lloro por granoso él sentirá liviana su gordura.

A lo que voy con esto es que la parte de arriba del sótano no existe. Todos tenemos varios “pero por”. De ahí que Virginie (2012), al proponer su Teoría King Kong, hable de las mujeres que no cumplen con el ideal de mujer blanca, pero luego confiese que en realidad les escribe a todas las mujeres, puesto que ninguna puede cumplir con ese ideal, el cual lo llevaría a uno a esa supuesta parte de arriba del sótano:

Porque el ideal de la mujer blanca, seductora pero no puta, bien casada pero no a la sombra, que trabaja pero sin demasiado éxito para no aplastar a su hombre, delgada pero no obsesionada con la alimentación, que parece indefinidamente joven pero sin dejarse desfigurar por la cirugía estética, madre realizada pero no desbordada por los pañales y por las tareas del colegio, buen ama de casa pero no sirvienta, cultivada pero menos que un hombre, esta mujer blanca que nos ponen delante de los ojos, esa a la que deberíamos hacer el esfuerzo de parecernos, aparte del hecho de que parece romperse la crisma por poca cosa, nunca me la he encontrado en ninguna parte. Es posible incluso que no exista (p. 11).

Y lo mismo pasa cuando se trata de un hombre. Por ejemplo, ¿a qué hombre no le pesa algo en esa imposible realización que exige la masculinidad dominante, o el ideal de hombre blanco?, ¿cómo ser a la vez fuerte y delgado, inteligente y millonario, sensual y rudo, deportista y académico?, ¿cómo ser en una sola vida buen polvo, rumbero, futbolista, hijo, padre, esposo, amante, trabajador, culto, chistoso, matón y, simultáneamente, no hacernos viejos, barrigones, calvos o arrugados?

He aquí el primer paso de la revolución masculinista: no se trata de victimizarse, ni más faltaba; ni siquiera, al menos en mi caso, de elaborar una narrativa de aquellas opresiones que me afligen, sino de encontrar esas picazones o molestias que impiden la construcción de algo más allá del sótano, pero al mismo tiempo permitirán la entrada afectiva hacia el eros, y con el eros la lucha vincuativa. En mi caso, reconozco y narro acerca de lo que me pica y repica: la piel granosa.

O más bien, se trata del segundo paso, porque el primero es reconocer las ventajas, la formación de esos privilegios que nos constituyeron. Porque para matar el ego y llegar al eros, hay que primero reconocer cómo es ese ego, tanto en sus opresiones como en sus privilegios, y rara vez somos capaces de reconocer nuestros privilegios.

La revolución masculinista será simplemente una adhesión a la lucha vincuativa del feminismo decolonial, principalmente, desde los hombres que se atrevan a mirarse a sí mismos y narrarse, con sus penas y dolores, pero sobre todo con sus ventajas masculinas.

La receta

Sin pretender que lo que me pasa a mí le pasa al resto de la humanidad, trataré de analizar mi propio contexto y de reconocer posibles semejanzas e impactos que este análisis puede brindar a mayor escala. La inmensa cantidad de narrativas que se han dado desde la honestidad y han legitimado su experiencia personal como un modo de producir conocimiento ha partido siempre desde la opresión misma. Virginie, mencionada previamente, cuenta su lucha frente a una violación sexual, Elspeth Probyn habla en una conferencia sobre las implicaciones de haber sido anoréxica de joven, y numerosas son las narrativas desde el feminismo negro y feminismo gordo; Kate Millet ya dijo que lo personal era político, y quedó como frase de cajón, junto con la famosa pregunta de Sandra Harding (1987) acerca de si existe un método feminista, que de alguna u otra forma acaba por resolverse con que, haya o no método, hay un feminismo que está visibilizando la experiencia como modo de conocimiento, ya no legítimo, sino como el único modo posible de conocer.

Pero, ¿dónde está esa experiencia vivida y vívida contada desde el privilegio? Sandra (1987) no niega por ningún lado que el feminismo pueda ser puesto en práctica por el hombre. De hecho, afirma lo contrario: que el hombre tiene ciertos espacios para conocer con los cuales la mujer no cuenta, que pueden contribuir de otra manera y que pueden sacar provecho de la autoridad masculina que la sociedad misma le proporciona. Nuevamente, de manera semejante a como afirma Virginie, la clave es que los hombres hablen de sí mismos y de manera autocrítica y no que sigan hablando una y otra vez de unos objetos de estudio que parecen ser eso, objetos cuya verdad está en ellos, como si no existiese la mirada sesgada de quien analiza.

Parto de ahí para escribir un cuento desde la autoetnografía. Haré una autoetnografía, además, porque todo cuento es autoetnográfico; hasta el supuesto problema universal ese que a Sigmund Freud le dio por atribuirle a toda la humanidad, el complejo de Edipo, surge de un problema personal. Sigismund, o Sigi rizados de oro, como le decía su mamá, se enamoró perdidamente de su mamá, y cómo no, cuando lo consentía a él mucho más que a sus otros hijos:

No se conformó con decir que su hijo era la octava maravilla del mundo, se lo mostró desde su más tierna infancia. Cuando la familia se marcha de Freiberg tras la quiebra del padre, mal administrador, y se instala en Viena, toma posesión de un piso de tres dormitorios y un despacho. Siete miembros componen la familia. La madre asigna el uso exclusivo del despacho a su hijo, mientras que las otras seis personas comparten el resto del espacio; en otras palabras, los tres dormitorios, con lo cual dos niños van a uno, otros dos al segundo y los padres al último. Así Sigismund es el único que dispone de un espacio privado, sin padres, ni hermanos, ni hermanas.

Su hermana menor toma lecciones de Piano desde los ocho años. Él protesta: el ruido lo molesta y le impide estudiar, probablemente para llegar a ser un gran hombre. La madre reacciona de inmediato: las lecciones se interrumpen. En lo sucesivo, nadie tendrá derecho a tocar un instrumento (Onfray, 2010, p. 86).

Pero como buen hombre de ciencia occidental, ricitos de oro tenía que chantarle ese trauma al resto del mundo. Presentar lo que piensa desde lo invisible para que no haya posible disputa política, porque quienes hablan en ciencia no son los hombres sino los objetos, por eso es objetivo y por eso es verdadero: los hombres son apenas testigos modestos que portan la verdad que les brindó la ciencia (Haraway, 2004).

Y ojo, que los hombres en filosofía occidental tampoco han sido muy distintos, soltando la abstracción pura y dura para esconder profundos prejuicios o, para ponerlo más lindo, para ocultar convicciones personales. Si acaso Friedrich Nietzsche (1986), en un ataque de lucidez, denuncia esta práctica. Él, siendo a su vez un filósofo occidental, destapa:

Todos ellos simulan haber descubierto y alcanzado sus opiniones propias mediante el autodesarrollo de una dialéctica fría, pura, divinamente despreocupada (a diferencia de los místicos de todo grado, que son más honestos que ellos y más torpes –estos hablan de “inspiración”–): siendo así que, en el fondo es una tesis adoptada de antemano, una ocurrencia, una “inspiración”, casi siempre un deseo íntimo vuelto abstracto y pasado por la criba lo que ellos defienden con razones buscadas posteriormente: –todos ellos son abogados que no quieren llamarse así, en la mayoría de los casos son incluso pícaros patrocinadores de sus prejuicios, a los que bautizan con el nombre de “verdades”– y están muy lejos de la valentía de la conciencia [...] (p. 25).

Pisando por ahí, quisiera también revelar esas supuestas neutralidades o naturalidades de una élite bogotana. Aprovecho la ventaja que señala Sandra para etnografiar lo élite, porque tengo la oportunidad de examinar las entrañas del monstruo, el Gimnasio Moderno, ya que lo habité durante catorce años y tengo vínculos afectivos con muchos otros, y con unas pocas otras, (porque ellas suelen estar excluidas) que lo han habitado por mucho más tiempo o, aunque acaso lo hayan habitado menos tiempo, han residido en otros de sus espacios.

Etnografío porque una y otra vez me encontré con un orden letrado y una charlatanería caballeresca que intensamente me decía y me sigue diciendo que no hay mejor colegio que el Gimnasio Moderno, pero entre más pasan los años más huelo las redes cotidianas de este colegio diciendo todo lo contrario: su olor revela esa capa de discursos que endulzan el oído y llenan de color a los ojos y nos permiten intuir la mierda intestinal del monstruo.

Pausa. No es que etnografíe porque soy un abnegado altruista o filántropo con ánimos de salvar a la humanidad. Lo hago porque creo que estoy reconociendo a mi propio opresor, quien me ha negado el amor, aunque perpetúe mis privilegios.

Recuerdo a Ángel Rama (1998) para acordarme que solo en las prácticas cotidianas podemos sabernos sentidos y conscientes de las necesidades propias. Ángel, quien al analizar las ciudades impuestas sobre América Latina desde el siglo XVI, por una Europa española, muestra la cantidad de imposiciones inconscientes que se forjan desde discursos abstraídos de la realidad material:

Aunque nuestro asunto es la cultura urbana en América Latina, en la medida en que ella se asienta sobre bases materiales no podemos dejar de consignar esa oscura trama económica que establece poderosas dependencias sucesivas, al grado de que numerosas acciones decisivas que afectan a las producciones culturales, corresponden a operaciones que casi llamaríamos inconscientes, que se trazan y resuelven fuera del conocimiento y de la comprensión de quienes no son sino pasivos ejecutantes de lejanísimas órdenes, quienes parecen actuar fantasmagóricamente como si efectivamente hubieran sido absorbidos por ese orden de los signos que ya no necesita de la coyuntura real para articularse, pues derivan sobre sus encadenamientos internos, sólo capaces de justificarse dentro de ellos (p. 28).

Completamente de acuerdo con Ángel quien sin saberlo reclama que hay un orden del signo, representación de cosas sin cosa, que nos somete; entonces, la solución es entrar a la cosa en lugar de seguir mirando signos, para ver en qué consiste este sometimiento.

Etnografía, pues, porque me afecta directamente lo que etnografía y no quiero perderme en un orden operante impuesto por un tiempo y espacio lejanos de lo que recorro hoy y recorreré, quizás, mañana, y porque ese orden impuesto hay que revisarlo en la práctica para analizar realmente su existencia.

Intentaré captar lo que sería una masculinidad gomela, los roles, deseos e incluso rasgos físicos que se requieren para poder sacarse el 3/5 de nota, para quedar inscrito como hombre en la comunidad gomela, o el 5/5, y ser reconocido como el jefe de jefes gomelo.

Ese será el primer paso: entender cómo se fue forjando en mi cuerpo una masculinidad gomela, sobre todo durante la práctica escolar en el Gimnasio Moderno, lugar en el que pasé catorce años, dizque estudiando. Este entendimiento, sin embargo, se preocupa por no dejar de lado las otras prácticas que no tuvieron cabida en mi cuerpo, por un lado, y la implicación que acarrea este modo de constituir gomelidad hoy en día, por el otro lado. Este paso, en últimas, consiste en reconocer las partículas antiamorosas que se tienden a inmiscuir por el flujo sanguíneo, bombardeando el bombeo del corazón.

El segundo paso es reconocer la afortunada deriva de lo gomelo que produjo una piel granosa en mi cuerpo, la cual consiste en el pus que se produce en mi piel a toda hora desde que tenía unos doce años. Luego de ser definido y marcado por la mirada médica y social como Mazorca, Freddy Krueger, Sarampión; tras haber visto a una niña observarme con repugnancia mientras, curiosa, preguntaba a su madre qué era lo que yo tenía; después de dejar de buscar ser el centro de atención porque ya lo era, pero no como lo esperaba, evité el espejo y la luz, me hice el enfermo en la casa cuando sentía que tenía más granos que antes para no ir al colegio, pasé de uno a otro dermatólogo en busca del ungüento mágico hasta llegar a la píldora que podía producir resequead extrema, depresión, enfermedades congénitas en futuros hijos, pero iba a transformar mi piel áspera y granosa en la de un hombre normal.

Pero mientras la promesa de la píldora se cumplía (y creo que hasta el día de hoy no se ha cumplido plenamente), mi piel me ha ido ofreciendo caminos por recorrer. Por extraño que

puede parecer, mi piel me quitó las ganas de aprender a bailar, de hablar en público, de disfrutar de un día soleado, pero me llevó a jugar otros deportes, a estudiar lo que estudio y a trabajar en lo que trabajo, y a ser punkero en lugar de gomelo, para sentir que mi piel se liberaba de una estética que me estigmatizaba. Acá estamos hablando, en poquísimas palabras, de la apertura al eros a pesar del ego subido que produce el Gimnasio Moderno.

Por último, no sin antes reconocer las implicaciones de lo enfermo o repulsivo como modos de construir luchas vinculativas, concluiré palpando la disputa entre el cuerpo gomelo, rígido, y la piel que deriva, elástica, en relaciones eróticas. Así, a lo mejor podemos reconocer los juegos políticos que se encarnan en todo cuerpo, sus estanques impuestos desde el opresor y sus latentes torrentes amorosos desde la resistencia.

Cuerpos cincelados

Demorarme en los menudos recuerdos de la escuela y sus episodios me proporciona quizá el mayor placer que me es dado alcanzar en estos días. Anegado como estoy por la desgracia - ¡ay, demasiado real! -, se me perdonará que busque alivio, aunque sea tan leve como efímero, en la complacencia de unos pocos detalles divagantes. Triviales y hasta ridículos, esos detalles asumen en mi imaginación una relativa importancia, pues se vinculan a un período y a un lugar en los cuales reconozco la presencia de los primeros avisos del destino que más tarde habría de envolverme en sus sombras. Dejadme, entonces, recordar.

Edgar Allan Poe

Michel De Certeau (2000) mira a Nueva York desde arriba y percibe lo siguiente:

Subir a la cima del *World Trade Center* es separarse del dominio de la ciudad. El cuerpo ya no está atado por las calles que lo llevan de un lado a otro según una ley anónima; ni poseído, jugador o pieza del juego, por el rumor de tantas diferencias y por la nerviosidad del tránsito neoyorquino. El que sube allá arriba sale de la masa que lleva y mezcla en sí misma toda identidad de autores o de espectadores. Al estar sobre estas aguas, Ícaro puede ignorar las astucias de Dédalo en móviles laberintos sin término. Su elevación lo transforma en mirón. Lo pone a distancia. Transforma en un texto que se tiene delante de sí, bajo los

ojos, el mundo que hechizaba y del cual quedaba “poseído”. Permite leerlo, ser un Ojo solar, una mirada de dios. Exaltación de un impulso visual y gnóstico. Ser sólo este punto vidente es la ficción del conocimiento (p. 104).

Pues bien, algo semejante podría decirse de esta imagen estática, desde arriba, con una distancia prudente: el orden y la limpieza imperan. Monumental, tenemos en la parte de abajo la piedra que iba a representar la construcción de una nueva escuela, el rostro esculpido del fundador del colegio, junto con las dos astas listas a erigir la bandera del colegio y de la patria, y la sigla G.M, por el nombre del colegio: Gimnasio Moderno; y alrededor, la naturaleza controlada, simétrica, formando un armónico óvalo.



(Imagen tomada desde bien arriba, la cual lima las asperezas y la cotidianidad. Tomada de: <http://mapio.net/place/7519717/>)

Es La Raqueta. Es el centro del centro del centro. Otros dirán que no, que eso es en un país subdesarrollado y demás; o dirán que hay un “sistema-mundo” en el que se reproducen unos poderes económicos y sociales provenientes de Europa, por tanto, ese supuesto centro que es La Raqueta no es sino una semiperiferia, la cual aprovecha el sistema-mundo para

ser mandamás dentro de la periferia.⁴ Y sí, probablemente tendrán razón, pero precisamente por eso, en mi contexto, es el centro, es la proveniencia de mi privilegio: La Raqueta queda en Bogotá, la capital de Colombia, en un colegio creado por y para la élite colombiana ya hace más de un siglo, y queda precisamente en el centro del colegio.

Ya cuando Michel mira desde abajo este centro mundial que es Nueva York, empieza a encontrar que la cuadrícula se desordena, o que siempre está desordenada, pero desde arriba un truco visual lima las asperezas. Así, andando, no en avión ni en carro, ni siquiera en bici, sino echando pata por los lugares, uno descubre que hay otros senderos que ni se veían desde arriba, y que hay un montón de prácticas que desafían no solo la mirada desde arriba, sino también los nombres desde arriba: las estatuas y calles, con nombres de personajes históricos, se vuelven en el andar simplemente modos nominales de prácticas cotidianas. Así, nombres como Washington ya no remiten a un padre fundador de la nación estadounidense, sino a un parque en el que se puede escuchar “buena” música.

Con el colegio, a pesar de la distancia y el intento de limpieza en la imagen, hasta el punto de invisibilizar a sus estudiantes, en el andar físico, simbólico y hasta onírico se rastrean casi infinitas prácticas que resignifican el truco del ojo aéreo. Podemos empezar por una mierda literal: esa piedra grande que se ve está repleta de excremento porque el colegio tiene todavía un palomar, y las palomas se la pasan cagando ahí, pues cerca a la piedra hay agua que les sirve como bebederos y en las letras G y M se les pone comida. Así, pues comen, toman, y se van derecho al baño. Mire usted: el centro del Gimnasio Moderno no le teme a que las personas entren por la puerta principal, se dirijan al edificio principal, donde está la gente importante, y se topen con caca de paloma: ¿acaso así se genera la impresión de que es la única que hay?

Pues no: hay otras mierdas, las que numerosas voces y corazones me han ido ayudando a destapar: una que por todo lado intenta ocultarse, así como ocultábamos la basura de nuestras onces dentro de esos pinos, entre otras cositas. Ha llegado el momento de destapar el basurero. Nos insistía el rector del colegio, puyaba y nos repetía a cada rato para que se nos quedara bien metido: “la ropa sucia se lava en casa”. Y nos quedó: el colegio como un

⁴ Inmanuel Wallerstein (2006), en su texto *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*, nos invita a reconocer la subordinación mundial a nivel económico y material y las consecuencias que aquello acarrea.

hogar, en el cual ya veremos la manera para arreglar la suciedad, pero que nadie se entere. “Bajito, bajito, que nos escuchan los vecinos”, como dice un reguetón. Pues no: mi lucha y apuesta es intentar desentecarme de todo ese mugrerío que invade mi cuerpo: racismo, clasismo, homofobia, misoginia, por tan sólo citar los modos de discriminación más estereotipados.

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”

Un libro nos proporciona unas pistas ya de esta gomela historia, y de su perseverancia a lo largo de la historia. El libro se llama, apropiado con la modestia de la caballerosidad gimnasiana, *Una escuela*, a pesar de que se manda un poco más de 300 páginas explicando por qué el Gimnasio Moderno no es una escuela como cualquier otra. El libro es publicado en el año 1966 por el rector y fundador del colegio, Agustín Nieto Caballero, o “Don Agustín”, como le dicen los estudiantes y exalumnos, y es básicamente un compendio de memorias que enaltecen la práctica del colegio durante 50 años. Condensa lo que el colegio ha sido, es y será, tanto en práctica como en discurso.

A lo largo del texto la brújula apunta al norte. Europa por aquí y por allá como el lugar cuyo pensamiento e incluso su vida cotidiana deben seguirse. El colegio mira hacia el progreso, asumiéndolo como Europa, pero también como Estados Unidos. Desde los antecedentes de la fundación del colegio ya describe el fundador la fortuna de aquellos adolescentes colombianos que en 1910 pudieron estudiar en alguna universidad europea o norteamericana, pues allá:

Filósofos y sociólogos descendían de sus altas cátedras para analizar los problemas de la escuela; en revistas y en libros se urgía con insistencia el cambio de los métodos ya caducos por otros más en consonancia con la salud del niño, con el libre desarrollo de su personalidad y con el sentido de cooperación social que había de servir de norma a la sociedad contemporánea (Nieto, 1966, p. 29).

Continúa “Don Agustín” diciendo que hay que copiar de Estados Unidos sus “laboratorios, sus bibliotecas, sus museos, sus universidades”, ya que “el practicismo sin ciencia es empirismo” (1966, p. 20). Hay un deseo recurrente, levemente esquizofrénico, de ser

europeo y estadounidense al mismo tiempo. Señala una y otra vez las ganas de forjar una escuela que permita una sociedad hiperindustrializada, siempre por medio de la metáfora del enjambre y la colmena, como la estadounidense, y luego se lanza a anhelar el pensamiento letrado europeo y la necesidad de adquirir más y más libros escritos en Europa. Por supuesto, esto lo lleva a dudar de su modernidad:

¿Sería infecunda esta semilla en las tierras de nuestra América? ¿Podría Colombia, de cuyo amor por las cosas del espíritu se hablaba siempre en el extranjero, tomar la iniciativa de la primera siembra? [...] Oír a los grandes maestros; leer sus obras; observar de cerca el funcionamiento de aquellas escuelas que se anunciaban como una redención; atesorar ideas: tal era el programa inicial impuesto por el espejismo de esa escuela nueva, que sería un fermento de renovación escolar dentro del territorio patrio, y que algún día —¿por qué no?— haría hablar bien de Colombia, y contribuiría al progreso colectivo con iniciativas generosas y fecundas (p. 29).

Demente, el fundador intenta medirse con una vara que no le ha pertenecido a estas tierras. Si se encasilla en que el progreso surge a través de esa historia europea que hemos esbozado previamente, ¿cómo va a conseguir, entonces, definir su escuela como el fin de la historia, el resultado último del progreso educativo? La esquizofrenia se hace realmente preocupante ya no en el deseo simultáneo de ser europeo y estadounidense, sino en este eterno dilema de querer ser europeo, o estadounidense, sin serlo.

Y se sintomatiza ya la esquizofrenia: el padre fundador nos presenta su diario de viaje y lo que observa mientras está de excursión con los estudiantes. Mary Louise Pratt nos cuenta cómo en la Europa del siglo XIX, y las últimas décadas del XVIII, hubo una nueva explosión imperialista y colonizadora en la cual la literatura de viajes jugó un rol importante. En esta, según la autora, se imaginaron distintos paisajes sobre ese espacio que se estaba colonizando.

Previamente a esta constitución, la mirada descrita en la literatura era predominantemente subjetiva. El espacio era descrito por un narrador presente que se encontraba recorriendo el territorio que se quería colonizar, y por tanto la mirada tenía que estar anclada en la experiencia sensorial inmediata del sujeto, así como en sus opiniones y juicios propios. En esta mirada, se trata de una descripción experiencial. En cambio, posteriormente la mirada

se tornó ajena a un sujeto explorador. La narrativa es acá una descripción informativa, en la cual lo observado se da por dado. No existe ninguna persona que haya experimentado, sentido y juzgado, por lo tanto es el objeto mismo en el que está anclada la descripción. Así, a menos que el objeto cambie en sí, para cualquier observador debe ser tal y como es descrito por el narrador (Pratt, 1992; pp. 202-203).

Adicionalmente, más allá de la mencionada ruptura en la mirada, las narrativas de mediados del siglo XIX están compuestas por una descripción recurrente del paisaje, y se pueden reunir en tres modos. Mary Louise dice que el primero consiste en una descripción panorámica y totalizante, cuyo lenguaje ha de utilizar una jerga especializada, científica (p. 206).

Y, fíjese usted, Agustín describe Los Llanos de manera semejante, acaso con la excepción de los tecnicismos científicos:

La inmensa llanura es un mar policromado. La brisa que sopla ondula los pastos y el mundo de las quemas en la lejanía semeja chimeneas de buques distantes. Las montañas enhiestas se hunden para siempre donde principia el llano, y los ríos, que hasta aquí fueron torrentes espumantes y ruidosos por sobre las rocas que ellos mismos rompieron para abrise paso, se convierten en la masa oscura y muda que avanza perezosamente, haciendo caprichosas curvas como las que serpentean los grandes caudales de agua al acercarse al mar (1966, p. 225).

El segundo modo de describir el panorama es el sublime, reconocido por la mirada del paisaje desde un promontorio, cuya convención poética a lo largo de los siglos XVIII y XIX significó el descubrimiento de un nuevo y rico espacio geográfico. Pero además, representa la mirada desde arriba, dominante, en la cual el observador es dueño de la zona, al tiempo que profeta, pues imagina, como dueño, lo que desea hacer con ese espacio (Pratt, 1992, p. 207).

Y Agustín habla entonces sobre la Cueva de Tuluni, desde lo alto, pero no tan alto, y se imagina historias que él mismo acredita como “reales”, mas no logra sentirse dueño del espacio:

Escribo desde el largo balcón rocoso, tapizado de arena, que mira sobre el río [...]

Vuela la imaginación...

La enorme pasa de piedra, que sustenta sobre el río la bóveda del templo, tiene esculpida en sus flancos gigantescas esculturas. Semejan un tropel de mastodontes que hubieran quedado petrificados desde la infancia del mundo. El cataclismo que detuvo en su carrera a las espantables bestias esparció, contra los muros, testuces, patas y colmillos que quedaron allí suspensos para estupor de todas las generaciones. Todo imaginado, ¡pero tan real! (1966, p. 223).

Por último, el tercer modo, el pintoresco (picturesque), retrata justamente toda la naturaleza como un hermoso jardín que puede ser bellamente pintado en un cuadro. Este jardín, por tanto, ha de estar recargado en colores dados por diversos árboles y flores, así como no puede dejar de lado la inclusión de animales, tales como mariposas y colibríes, y el verbo “flit”, cuyo sentido es el de algo que se mueve rápidamente (Pratt, 1992, pp. 206-207).

Y mucho ojo con lo que nos dice Agustín sobre los Llanos de Colombia, incluyendo en su descripción precisamente, bueno, no mariposas sino “maripositas” que, todavía más precisamente, se mueven a toda mecha:

Los parches de sol que atraviesan el follaje tienen en aquella espesura una extraordinaria intensidad. Transparentes aparecen las hojas de los árboles. Aseguraríamos que se ve correr la savia en ellas. Y así con las resplandecientes mariposas que imitan las formas y colores de las más extrañas hojas. Algunas muy verdes, trampean, inmóviles, con la naturaleza, pero, súbitamente, se desdoblán y se lanzan al aire. Una constelación de maripositas doradas se persiguen unas a otras afanosamente sobre los charcos del camino. La luz parece traspasarlo todo (1966, p. 229).

Ahora bien, aunque distintos, los tres modos poseen una característica en común: su mirada borra de la mejor manera posible a los habitantes humanos de ese espacio que describen. Lo anterior, puesto que al tratarse, en cualquier caso, de una mirada colonizante interesada en la expropiación de recursos, y en imaginar proyectos futuros de esta expropiación, los habitantes constituían el mayor de los obstáculos para poder cumplir con la imagen soñada (Pratt, 1992, p. 208).

De ahí que Agustín sienta que los humanos que habitan las tierras que visita no son tan humanos, y que carezcan de cultura. De ahí que sienta que es él quien es capaz de describir

el paisaje y no quien los está guiando, porque al guía “le seguimos con mirada compasiva; en voz baja comentamos con nuestros compañeros la melancólica posición espiritual de este pobre hombre cuya incultura le impide gozar de la excelsitud del panorama” (1966, p. 225).

Más o menos así seguía esta modernidad esquizofrénica en el Gimnasio Moderno durante los catorce años (del año 1994 al 2007) que duró mi cuerpo moldeándose allí, y más o menos sigue así todavía hoy, forjando unas corporalidades europeas, machas, blancas y heterosexuales, y colando las otras. ¿“Colando”, dije? Vuelvo y caigo en el eufemismo: la palabra adecuada es “violentando”.

Echemos ojo y paremos oreja, pues, para tratar de entender cómo se moldean esos cuerpos. Pero primero veamos la clase de cuerpo que se requiere para ingresar.

Un hombre es un hombre

El primer requisito es claro: hombre. El registro civil, o el empapelado judicial y legal que defina el sexo de nuestros cuerpos debe decir “hombre” o “masculino”. De lo contrario, el ingreso es imposible. Pero no hay que agobiarse: para esos cuerpos otros, el fundador creó otro colegio, el Gimnasio Femenino, en el año 1928. Léalo bien: para los cuerpos que no caben dentro de lo moderno por no estar sexuado como masculino, “hicimos de una costilla del Moderno al Femenino [...] la hermana menor” (Nieto, 1966, p. 297), con un ideal claro respecto a que su idoneidad como ciudadanos se mide principalmente por su desempeño en el hogar y en la construcción de la familia: “si a los hombres les pedimos que se preparen para ser activos y dignos miembros de la sociedad, a las mujeres quisimos verlas siempre convertidas en las espec damas de excelencia moral y espiritual” (p. 301).

Así, los cuerpos que son explícitamente sacados de ese espacio son las mujeres. Porque es que incluso no pueden ser reconocidas como sujetos, sino como manada. Cuando el fundador del colegio habla acerca de “cómo fue recia la brega de los años iniciales” (p. 10), nos enteramos de que la plata no daba abasto, pero que por azar y destino, la prensa “fue generosa hasta el extremo de ofrecernos gratuitamente sus páginas para que expusiéramos [...] las grandes dificultades que se levantaban como muros infranqueables para estorbar nuestro paso”. Generosa porque sí la prensa, como si no se tratara de una solidaridad de

clase, así como la también generosa donación que brindó “don José María Samper”. Ah, y generosa como un grupo de “damas” que “prestaron su contingente de talento y voluntad para ayudarnos” (p. 12).

Y así continúa agradeciendo a todos quienes brindaron su ayuda desde el principio. Por ejemplo, aunque no son todos los que se mencionan (la lista es exhaustiva y me da un tanto de mareo transcribirla por completo), se agradece a los “don” Tomás Samper, Tomás Rueda Vargas, Pablo Vila, Aurelio Tobón, Gustavo Uribe Arango, Germán Peña, Rafael Mallarino Holguín, José Vicente Vargas, Tulio Gaviria, Luis Jorge Wiesner, José Vicente Vargas; a los “doctores” Ricardo Lleras Codazzi, Eduardo Lleras, Piquero y Osorno; junto con figuras del clero colombiano tales como los “doctores” Emilio Valenzuela, Emilio de Brigard, Luis Concha Córdoba, José Alejandro Bermúdez, Luis Rubio Marroquín (pp. 46-54) y, finalmente,

Mención muy especial merece **el elemento femenino** que, bajo la inteligente dirección de Doña Ester de Uribe, está encargado de la dirección de nuestro Jardín de Niños y de las agrupaciones de nuestra primera enseñanza. **Solicitud materna** para con todos los chiquillos de esta sección y entusiasta dedicación al trabajo han sido los distintivos de la señora de Uribe, como lo fueron también de su antecesora la **señora Lleras de Soriano** y de las gentiles profesoras que la han secundado en su delicada tarea (p. 55, la negrilla es mía).

¿Cuántas páginas y cuántos nombres de hombres, con su don y su doctor, para después agradecer en un párrafo ya no a personas, sino a una suerte de vaho, de “elemento femenino”, a una mujer que debió ser retexcepcional para tal honor de ser llamada por su nombre de pila, y a otra cuyo nombre de pila desconocemos porque nos dejaron simplemente con el “señora”?

Salir de la manada de mujeres implica destacarse, y destacarse como mujer es sinónimo de ser madre, como lo pueden ser las profesoras de primaria que suplan el rol de las madres que no pueden estar durante la jornada escolar. De ahí que durante los primeros años “todo el profesorado es femenino” hasta el año 1966 y que cuando yo estudié se mantuviera casi en su totalidad este profesorado, con excepción de un solo profesor hombre. Diana, profesora del colegio que renunció un par de años atrás, me cuenta:

Bueno, yo di una clase en once, pero dictaba clase a los más pequeños. Y cuando les pregunté cómo se veían en el futuro, cuál era su plan, muchos me hablaban de mujeres. Me hablaban de, o “quiero formar una familia” o “tener parejas”. Me llamó mucho la atención porque era un tema... o sea yo no les estaba preguntando por eso...

Y eso yo también lo sentía con las profesoras: o podía haber un rol sexualizado o un rol maternal, pero no una autoridad de profesora sin más. No: se veía el sexo, se veía el género.

Yo en algún momento me sentí ahí un poco como niñera, de los niños, del estar siendo simplemente una cuidadora; ese era para mí el rol que entraba. Hay una cosa de la clase social ahí, eso de asociar a la mujer con el rol de niñera (entrevista personal, 3 de enero, 2018).

Las mujeres son clave, desde que acompañen como madres a los hombres, quienes son los protagonistas de la modernidad. Este acompañamiento decisivo para los hombres es tal que casi impide el ingreso de mi hermano al colegio, puesto que mi papá cometió el error de decir en la entrevista que mi mamá trabajaba arduamente como él tiempo completo en una oficina. Gonzalo Mallarino, procurador del colegio en ese entonces, y entrevistador o juez del momento, reconsideró el ingreso cuando mi mamá le explicó que ella de todas maneras sacaba el tiempo para ser madre.

Tras la rogada de mi mamá (mi papá no tenía nada que hacer ahí, puesto que su rol de trabajador correspondía con el requerido), los hermanitos pudimos quedar juntos en el mismo colegio, ya que no se trataba de una hermana sino un hermano. Habíamos pasado el requisito número uno, en compañía de nuestra mamá.

A falta de pan, buenos son...

Pero el coladero no paraba ahí. Para ser grano fino e ingresar al Gimnasio Moderno, corría el chisme, había que tener linaje: una ascendencia familiar, o incluso varias, tenían que haber estudiado previamente en aquel colegio. Una y otra vez, cuando digo que estudié en aquel colegio, recibo el comentario: ¡ah, tu papá también estudió ahí! Y pues no, no estudió ahí; pero Gonzalo Mallarino Flórez, quien mencioné entrevistó a mi familia y a mi hermano para decidir su ingreso, sí tenía un papá que había estudiado ahí: nada más ni nada menos que el compositor del himno del colegio, y tenía un hijo, llamado también Gonzalo, que coincidentalmente había entrado conmigo.

¿Por qué entré yo entonces al colegio, si no era un gimnasiano de pura cepa, e historias como las de los Gonzalo eran numerosas? Yo no tengo idea, pero que lo diga mi mamá:

Del Moderno, recuerdo que fuimos a reclamar un formulario y para que nos lo entregaran debíamos ir los tres y presentarnos ante la secretaria del rector que era Helenita Amador.

Ella preguntaba quién nos recomendaba y yo creo que era más su *feeling* de si debería entregar el formulario o no.

No recuerdo bien la entrevista a nosotros sino tu examen de admisión. Salimos muy ilusionados porque tú saliste feliz con las palomas y jugaste mucho con ellas y te gustó mucho el sitio por las zonas verdes.

Tu entrevista... digo yo que encantaste a Valela, porque **tú siempre saludabas de beso y eso la mató. Antes tú eras muy social y muy lindo, de pronto el estereotipo del Moderno porque en tu curso la mayoría eran monos, de ojos claros y lindos.**

Era un gran reto porque en el Moderno la prioridad la tenían los hijos de exalumnos, aunque **ese año para fortuna nuestra no se presentaron tantos hijos de exalumnos. También creo que la recomendación del doctor Villaveces fue muy importante** (entrevista personal por correo electrónico, 11 de febrero, 2018. La negrilla es mía).

Quisiera enfatizar lo que está en negrilla, puesto que define las condiciones y situaciones que permiten entender cómo se ingresa al colegio a pesar de la falta de linaje. Primero, estuvo la fortuna de que no había suficientes hijos de exalumnos durante mi año de admisión, porque un hijo de sangre es más valioso que un hijo adoptado. Bajo esta situación de precariedad, se abrían entonces las puertas para el ingreso a los de otras sangres, y la carta de adopción por parte de alguien con sangre gimnasiana resultaba clave. En mi caso, fue la recomendación de un exalumno “doctor”, acaso como esos “doctores” o “dones” que participaron en la fundación de la escuela. Y por último, súmele a eso dos puntos más: un *habitus gomelo* en potencia expresado a través de una “caballerosidad”, expresado más puntualmente con que yo “siempre saludaba de beso”, y unas características físicas racializadas como blancas: “monos, de ojos claros...”.

Sin embargo, esos dos últimos puntos eran una especie de ñapa, al menos durante el ingreso, porque un sin sangre tenía su ingreso definido realmente por el peso del padre adoptivo. Perea, quien entró al colegio el mismo año que yo, me corrobora este peso,

mientras le cuento, con un poco de vergüenza, cómo entré al colegio. Yo creía recordar que él nos había contado a mí y a otros amigos, tiempo atrás, que él había entrado a pesar de no ser exalumno, de no tener rosca. Sin embargo:

PEREA: Yo entré porque el rector del momento se había graduado con un tío abuelo mío. O sea, como si yo un día me vuelvo rector del colegio y un nieto de su hermano está buscando trabajo. Entonces yo le digo: listo, yo le tengo el colegio.

YO: ¿Y cómo le fue en la entrevista?

PEREA: Marica, de golpe ni hice, pero espere ya le pregunto a mi mamá (*le guasapea*).

LUZ HELENA LONDOÑO (*Mamá de PEREA, mensaje de voz por guasap*): Mira, entraste al colegio porque resulta que el que estaba en ese momento de rector, fue íntimo amigo de colegio de nuestro tío Ramiro. Entonces él lo llamó y le dijo que él tenía un sobrino, que necesitaba entrar, e inmediatamente y sin ninguna entrevista tú ya estabas adentro. Mejor dicho, tú eras de la rosca, rosca, rosca. Pasaste sin tocar aro (entrevista personal con apoyo en chat telefónico, 10 y 11 de febrero, 2018).

Familia es familia

Cómo me emputa a mí esa tautología de “es que familia es familia”, como si la solidaridad, la empatía, la resiliencia y finalmente el amor no pudiera generarse en otro tipo de vínculos afectivos aparte de los que hay entre padre, madre, hermanos e hijas. “La familia es lo único que importa”, se suele también escuchar en la cotidianidad. Y es que es una verdad tan verdadera, o así lo muestran estas expresiones, que no requiere ya de explicación: la familia es, lo otro no será, y la familia no importa porque Y, K, L o W, sino porque toca demostrar lo contrario para quitarle importancia. “Es que cuando estés mal de plata, cuando estés enfermo en un hospital, no va a ser este ni este otro quien te va a ayudar, sino tu familia”. Bah.

Pero claro, a mí me emputa por dos sentires. El primero, reciente, porque siento que la búsqueda amorosa que trato de encarnar a través de este texto no se podrá dar bajo esa premisa tan elitista y segregante. Y el segundo sentir, en cambio, es porque todavía no soy capaz de reconocer la importancia que la familia nuclear ha tenido en otras vidas con respecto a otras relaciones, porque en el sectarismo de mi escuela esa familia se amplía de

inmediato: en las clases, en los textos, en las prácticas que se promueven entre los estudiantes, se nos aconducta para reconocer que no estamos solamente viniendo a estudiar, sino a construir una familia.

Recordemos las palabras del rector que estuvo en mi colegio durante la mayor parte de mi recorrido: “la ropa sucia se lava en casa”. Quería curarse en salud, que no ingresara un tercero y revelara al exterior la cantidad de porquerías que no se ven detrás de esos seres exitosos que dan la imagen encantadora que mi mamá describió en ese mismo correo en el que me responde cómo fue mi ingreso al colegio:

En la universidad conocí muchos muchachos del Moderno, ya que ellos entraban sin examen a los Andes, porque la Universidad se inició en el Gimnasio. A mí me encantaban estos muchachos porque eran absolutamente educados para el ambiente social: súper cuidadosos en el trato con la gente, amables, abiertos, con modales sobresalientes; una chispa que ninguno tenía y tal vez diferente a todos nosotros que queríamos sobresalir; ellos, aunque estudiosos y responsables, su prioridad no era sobresalir académicamente. Eran unos “caballeros” y muy buenas personas y me llamaba mucho la atención sus lazos de amistad con sus compañeros de colegio, que después me di cuenta son para toda la vida (entrevista personal por correo electrónico, 11 de febrero, 2018).

Quería en definitiva eso, tapar lo feo, no obstante su estrategia era la de aludir a la imagen del hogar y de la familia. Se nos habla allá de que somos una familia gimnasiana, y me lo ejemplificó hace poco este rector en una de las dos charlas que pude tener con él. Un tanto farandulero, mi entrevista no le hacía mucha mella, ya que íbamos a charlar, y ahora por segunda vez, para que yo produjese un texto académico que, además, no lo tenía a él como foco. Pero bueno, así como “familia es familia”, “gimnasiano ayuda a gimnasiano”, como dice mi rector:

No me pregunte por qué, pero yo estaba estudiando en España y trabajando al mismo tiempo, y en algún punto me empecé a quedar sin plata. Y aunque no me crea, Pinzón, había días en que no me alcanzaba ni para comer. Hasta que un día iba a salir del cuchitril en el que vivía y me encontré un sobre a la entrada de la puerta: era un sobre anónimo, con un fajo de billetes que decía: “me han contado de su situación, y alguna vez un exalumno del colegio me ayudó a mí cuando estaba en una situación parecida. Utilice esta plata y ayúdele a algún gimnasiano más adelante”. Y muchos años más tarde me enteré que un chino del

Moderno estaba vaciado e hice lo mismo: le dejé un sobre con plata y le dije que ayudara a otro en el futuro (conversación informal, 22 de enero, 2018).

Es tan sectario el moderno que sí, los lazos de amistad parece que van a durar toda la vida entre nosotros, como mi mamá descubrió. Tan sectario que Perea vive conmigo, actualmente, y gracias a su recomendación pude hablar con Álvarez, un amigo de él que estudió con nosotros, para charlar sobre el colegio, y me podía brindar mucha ayuda porque lleva siendo profesor ya cinco años en el colegio. Sectario, ya que la facilidad para tomar café o cerveza con un gimnasiano y hablar íntimamente es proporcional a lo difícil que es hablar con alguien que no es gimnasiano. Todos guardan por lo menos dos grandes amigos de ese hogar: la pregunta entre exalumnos no es “¿con quién se sigue hablando?” sino “¿con quién se habla?” porque con alguien tiene que seguir hablando. Todos regresan a buscar trabajo al hogar si no encuentran en otra parte, y todos se sienten seguros en ese ambiente. Álvarez me cuenta acerca de su vida docente siendo exalumno:

ÁLVAREZ: hay una cosa que es muy evidente en el colegio, un poco jarta algunas veces, pero que es una realidad y es que a los exalumnos nos consienten un resto. Yo solamente me he visto beneficiado de eso. Me refiero a cosas que uno no piensa pero los demás profesores piensan todo el tiempo, y es por ejemplo, a final de año existe una presión fea en el ambiente, un ambiente tenso, de saber quién se va y quién se queda, y uno sabe que el exalumno se queda. Yo nunca he pasado por esa sensación, que son vainas que yo agradezco.

YO: claro, si el otro día me encontré con Carlos Salazar [otro profesor del colegio, pero no es exalumno como Álvarez], y nos saludamos, y de la nada me contó, con una sonrisa de oreja a oreja, que le había llegado por equivocación un correo en el que le preguntaban que en qué año se había graduado. Y obviamente él feliz de que ya lo confundieran con ser un exalumno.

ÁLVAREZ: Sí, hay un delirio con esa vaina. Hay un tema de poder, esa es la palabra. Fin. Y en cosas tangibles como poder aspirar algún día a un cargo superior si uno hace carrera (entrevista personal, 13 de diciembre, 2018).

Debí haber recordado las palabras de Álvarez y de Perea para no haber estado tan nervioso cuando me dirigía camino a hablar con el psicólogo del colegio para un “cursito” que me estaban ofreciendo. Muerto del susto, imaginando un sinnúmero de preguntas posibles que

me podían hacer, al llegar simplemente me contaron de qué trataba el “cursito”, me contó un par de anécdotas, unos cambios del colegio, y listos: ya estaba adentro.

Pasé sin tocar aro. Había regresado a casa. O acaso nunca había salido.

El caminito del infierno os llevará al cielo

Una vez adentro, ya un hombre deja de ser un hombre, y puede pasar a ser un niño, una mujer o un marica, acorde a lo que vaya sucediendo con prácticas y características corporales de cada ingresado. Trillado pero inevitable en esta nación, y el colegio no es la excepción, el ejercicio físico enfatizado a través del fútbol inicia el forjamiento de unos hombres que descrestan con su agilidad, su fuerza en la defensa y su precisión con la pelota, mientras el resto se feminiza.

La actividad física masculina es el fútbol por antonomasia. Desde pequeños aprendimos la consigna discreta, más poderosa e incisiva, “el fútbol os hará hombres”. En mi momento, de vez en vez se practicaba uno que otro deporte. También, había una que otra persona que le daba con disciplina dizque a la natación, el “bike trial” (una suerte de bicicleta con saltos y acrobacias), el tenis o el golf, pero constantemente se veía a numerosas personas pegándole a la pelota. En educación física se intercalaba siempre algún deporte con fútbol: una clase un deporte, una actividad física, y otra fútbol.

Era tal la fiebre, que en el colegio había alrededor de unas doce porterías de fútbol, y sin embargo tocaba buscar las canecas grandes y utilizarlas como porterías. Así, luego de poner una caneca a un lado y al otro, se hacían los dos equipos para golpear con la pelota la caneca del contrincante y anotar así un “gol”.

Era tal la pasión, que antes de entrar a clases, los que llegábamos temprano jugábamos paredón. Aunque había numerosas reglas, consistía básicamente en tomar turnos para patear la pelota hacia una pared: cada participante tiene uno o dos golpes, y quien no lo logre, o sea ponchado en el camino, va siendo eliminado. O mosquita, cuya cancha consistía en dos cuadrados cualesquiera de La Raqueta (sí, La Raqueta, donde se concentra este cruel mundito, como iremos viendo): en un cuadro había una fila, en otro otra, y el objetivo era irse turnando para ir pasando la pelota de cuadro a cuadro, sin dejar rebotar la bola más de dos veces. Y de igual manera, quien no lo lograba o salía ponchado, pues pa

afuera. La cosa no cambiaba cuando empezaba la jornada escolar: en cada recreo, de 8:40 a 8:50, de 9:30 a 10, de 11:30 a 11:40, de 12:20 a 1:20, de 2:10 a 2:20, siempre se practicaba mosquita, paredón, mete gol tapa, o lo que fuera, desde que hubiese un balón pateado. Y cuando la jornada escolar se acababa, quienes no padecían el infortunio de tener que irse en la ruta escolar, pues seguían en las mismas, hasta que oscureciera, de ser posible, si no los recogían sus madres antes.

Por supuesto que el asunto no era todo de rosas, o más bien de pelotas y alegres juegos. Entre la fiebre y la pasión, se producía ágilmente la sanción a quienes perdieran con el “Caminito del infierno”: se delineaba un sendero con unas personas a cada lado de este, y una vez entraran los perdedores, tenían que aguantar las patadas de estas personas mientras avanzaban en el caminito. Simultáneamente, se comenzaba ya a delinear una gruesa línea entre unos cuerpos idóneos para dar golpes y otros para recibirlos, unos privilegiados hombres en contraposición a unos cuerpos infantiles por su incapacidad para dominar la pelota.

Recuerdo que en mis primeros años tuve cierto rechazo social por no querer jugar fútbol. Con Esteban nos inventamos una cueva (bueno, esto realmente lo recuerda él más que yo). Era un mundo maravilloso que lamentablemente nos situaba al margen a Esteban y a mí, y se sentía cierta burla en el aire, pero no era lo suficientemente fuerte para afectarnos, o eso creemos. Recuerdo (esto sí lo recuerdo yo) que en estos primeros años me inscribieron a clases de fútbol en la tarde y era la cosa más aburrida del mundo. Pero como éramos tantos, porque muchos tomábamos clases de fútbol, lograba escaparme a la arenera con Alejandro, quien tampoco disfrutaba las clases, y quien también me permitió imaginar un mundo lleno de aventuras que ya no recuerdo (y lamentablemente Alejandro ya no está para recordarme, pues se murió muy joven).

Todo iba bien, cada quien con su cuento: ellos allá divirtiéndose con su pelota y Alejandro y yo con nuestra arena, hasta que quién sabe por qué envidia le dio al entrenador por sapearme con mi mamá, y me dijeron, ella y mi papá, que no podían pagarme los entrenamientos para que yo jugara en la arena. Empecé a entrenar fútbol, no habiendo de otra.

Y ahí empezó mi ingreso a la hombría, mi salida de lo infantil a lo macho. Mi papá, un deportista empedernido, se dedicó a practicar conmigo numerosos deportes desde muy temprana edad, y así pude rápidamente coordinar lo suficiente para no ser un mal jugador. Entre año y año fui mejorando, y ya pronto empecé a formar parte de la selección en la categoría que me correspondía por mi edad: empecé siendo portero, luego pasé a ser central izquierdo, por ser zurdo, alto y fuerte. Y entonces me llegó el momento de gloria en quinto de primaria: era la semifinal de un torneo distrital, y quienes pasaran a la final representaban a Bogotá en un torneo nacional. Poco faltaba para que acabase el partido, e íbamos 2-1 perdiendo. El cucho, quien era el entrenador, me pidió (¿pidió?, pegó un grito ni el verraco y me mandó) que subiera, porque era quizá el último tiro libre y oportunidad que nos quedaba. Y pues, qué chepazo: justo la pelota pasó cerca de mí, salté, medio la rocé con la cabeza, y ¡gol!, ¡golazo!, empatamos y en penales conseguimos el cupo al torneo nacional. Bienvenido al mundo de los hombres.

Los héroes en el Gimnasio Moderno sí existen

Sospecho que a varios les resonará este subtítulo, un “yo esto lo he oído o lo he visto en alguna parte”, porque es una copia de una de las propagandas militaristas generadas en Colombia durante el gobierno de Álvaro Uribe, en la que se afirmaba que si había héroes en este país, ellos tenían que ser los militares. Pues bien, esta campaña que, junto con otras, produjo una mejora de la imagen militar hasta el endiosamiento, a través de cooptaciones emocionales, sobre todo del miedo y el odio, como lo muestra el documental *Apuntando al corazón* (Gordillo y Federico, directoras, 2013),⁵ parece semejarse al modo ciego en que se acaba por producir la heroización de los futbolistas al colegio.

De entrada, es tal la admiración por el fútbol que está encarnada en el *habitus gomelo* del colegio una eterna paradoja: por un lado, se instaura un pilar de libertad individual bajo el nombre de “la disciplina de confianza”, entendida esta como la confianza ciega de que el estudiante aprenderá sin necesidad de que se le vigile; por el otro lado, al revés, porque de

⁵ Enlace al documental: <https://vimeo.com/66334937>.

fútbol se trata, el control y el castigo, el disciplinamiento de los cuerpos, debe ser totalitario.

Dos profesoras disidentes tienen claro este modelo militar al momento de dictar sus cursos en el colegio. Diana, a quien ya mencioné previamente, renunció un par de años atrás junto con Marcela, quien se hartó del modo en que los directivos del colegio trataban, o no trataban, la educación de género:

MARCELA: yo me di cuenta que tenía que comportarme como ellos para no caer en ese rol de mamá, o de niñera, siendo entrenadora.

DIANA: una tenía que masculinizar sus relaciones con ellos.

MARCELA: es muy necesario, porque la necesidad que se vive es esa.

DIANA: yo lo vivía así: entras a una clase, rápido, “vamos”, tal, haciendo. Pap, Pap (*aplausos*).

MARCELA: “Vamos, haciendo”. Yo llegué a silbar en la clase. Esto era como “¡jei, fuit, fui”, Y ellos (*hace como si se movieran, parándole bolas*)... pero atienden, es como, uff, listo.

(Entrevista personal, 3 de enero, 2018).

Las profesoras se dan cuenta rápidamente de que la figura de autoridad es la figura del entrenador deportivo, del profe de educación física. Son los más severos, pero a quienes más se obedece. En palabras del fundador y rector del colegio hasta sus últimos días:

Mitad en serio, mitad en broma, hemos dicho que la única dictadura que aceptamos en el Gimnasio es la del profesor de Educación Física. La realidad es que ésta es una asignatura de características bien distintas de las demás. En una clase diferente se puede, y se debe, dialogar; se puede interrumpir al profesor para pedir un dato o una mayor explicación. En la gimnasia no sería posible tal actitud. El alumno debe obedecer sin argumentar (Nieto, 1966, p. 258).

Así, entre más se asemeje una clase al entrenamiento en las canchas de fútbol, mayor será el nivel de atención prestada. El modelo a seguir tiene que ser el de un entrenador agresivo como el que forja a nuestros héroes, y dado que este entrenador jamás ha sido una mujer en la historia del colegio, Diana y Marcela se veían obligadas a jugar en las aulas, a verse más

masculinas de lo que son en otros escenarios. Pero en las aulas nunca hay garantías: se observa la rebeldía una y otra vez de los estudiantes.

En cambio, la disciplina militar se ha entendido como un dolor necesario dentro de la práctica futbolística, y es aquí donde reina la sumisión. ¡Cómo recuerdo (y hasta hace muy poco lo recordaba con orgullo) los profesores que sufrieron a costa nuestra! No sabían qué hacer cuando habíamos puesto un puntico chiquitico en el tablero, y hacíamos el sonido “bip” cada vez que él pasaba por ahí; cuando alguien gritaba “bomba” y todos nos metíamos debajo de los pupitres. Recuerdo al menos dos profesores llorando en plena clase.

Sin embargo, nunca fue ese el caso de los profesores de educación física, y mucho menos de los entrenadores de fútbol. Grito tras grito, permanecemos siempre sumisos, porque soportar aquello era justamente lo que nos iba a hacer hombres. Soportar todo con tal de poder jugar fútbol, y así ser reconocido como un hombre privilegiado, capaz de recibir admiraciones, tener más amigos y no estar en la mira para que se la montaran.

Erigirse hombre, hacerse monstruo en la cancha

Mi papá suele decir en chiste, cuando estamos en la mitad de algún juego de mesa y es definitivo jugar bien para ganar: “bueno, es acá donde se diferencian los hombres de los niños y las mujeres”. Pues bien, ese acá en la vida colegial se marca primero por el fútbol, y diferencia no solo a hombres de niños y mujeres, sino también a hombres de maricas. Particularmente, en los entrenamientos de fútbol es donde mejor se observa esta diferenciación.

Cada vez me cuestan más estas madrugadas que me pego para entender ese mundo de las prácticas de fútbol. Martes, jueves y viernes a las seis de la mañana hay entrenamiento de la selección del colegio. Lo confieso: más de una vez he llegado unos cinco o incluso diez minutos tarde, y cada vez que esto sucede ya todos han llegado porque si no están González, el entrenador, no los deja asistir al entrenamiento. “Pensé que era pura carreta que iba a venir”, me dijo la primera vez que me vio llegar, “esa madrugada es muy verraca: yo lo hago porque me toca”. Es un buen tipo, pienso yo, me trata como si fuéramos amigos de toda la vida, a pesar de que no hablamos hace años. Pero cómo no me va a tratar así, si nos graduamos juntos, si somos de la misma familia gimnasiana.

González entró en sexto al colegio, y se la montaban por ser paisa e hincha del equipo de fútbol El Nacional. González “guiso”, fue su adjetivo por antonomasia, porque iba al estadio, porque era barrista, porque el Moderno es para bogotanos de clase alta y los demás tienen que cargar un adjetivo, una estrella como la que cargaron los judíos, polacos y gays durante el nazismo.

Comienza el entrenamiento. Se respira disciplina en el ambiente, y eso que todavía es de noche: ¿desde cuándo amanece tan tarde en Bogotá? “le quedan dos minutos”, le dice González a uno, “veinte segundos”, le dice a otro. “Ojo que no se puede llegar tarde y lo está cogiendo de maña; si sigue así lo saco del equipo”.

La primera media hora es siempre de fisiquito, de sacada de jugo o de leche, y es el preparador físico, y no González, quien está cargo, así que aprovecho para hablar con él.

YO: Oiga, cómo hay de exalumnos trabajando en el colegio, ¿no?

GONZÁLEZ: Sí, usted debería meterse.

YO: Sí, yo quiero, yo mandé la hoja de vida a ver si me dan trabajo en español o literatura.

GONZÁLEZ: Oiga, ¿sabe quién está dando español? Álvarez, ¿sí se acuerda de él, que era gay?

YO: Sí, de hecho he hablado un par de veces con él, para mi tesis... ¿cómo le ha ido de profesor, no se la han montado?

GONZÁLEZ: Bien, muy bien. A Álvarez se la montaron al principio, pero es que lo pusieron con los grandes. Para eso hay que tener más carácter. Yo en cambio no puedo con los pequeños, porque si yo voy y les hablo fuerte, o les digo “no sea marica”, de una un papá llega y me demanda.

(Notas de campo, febrero del 2018).

González es consciente de las libertades, e incluso requisitos, que se han de tener en su rol como entrenador de fútbol. A un lado está el profesor gay que da español y que, además, tuvo que pasar de dar clase a los grandes para dar a los pequeños quienes, recordemos, suelen estar acompañados de mujeres maternas. En el otro lado, en donde se forjan los retehombres y ejemplos a seguir, tiene que estar González, quien sí tiene carácter, voz gruesa y, obviamente, es heterosexual.

Silencio en el círculo que rodea a González. La voz de él resuena. Insiste en que tiene reemplazos, que hay gente esperando a que cualquiera de ellos la embarre para poder entrar a la selección. No, no es excusa lesionarse para no venir. Jaramillo está jodido y viene a natación durante los entrenos. “Si les da una gripa ni la hijueputa pues ahí sí no vengan porque nos joden a todos”. Pero de resto no hay excusa. En este ambiente la grosería es plenamente aceptada para el docente.

Se levantan, se dispersan, corren a toda mecha por la cancha, se colocan en los puestos que el entrenador va indicando mientras grita. Hay tres grupos, diferenciados por el color de los petos que están portando: naranja, amarillo y rosado. Los naranjas y amarillos se turnan para coordinar toda una simulación de un ataque: un pase corto y uno largo; un cambio de frente y un pase al centro; un delantero que recibe e intenta definir o hacer un pasegol. Mientras tanto, los rosados tienen que intervenir en la escena final para tratar de impedir el gol, con ayuda del portero. Y así, entre el movimiento de la pelota, mientras se alterna su función, también se alternan los alaridos: “rápido, ya, tóquela, vaya”, y de pronto un chiflido, el chiflido que le pedíamos a González que hiciera a veces en el colegio, cuando veíamos a lo lejos a una pelada de uniforme de colegiala. González, el que más duro podía chiflar del curso. Con razón, pienso en broma, pero en algo sé que estoy en lo cierto: con razón ha agarrado fama de ser tan buen entrenador.

Continúan los alaridos, que al principio interpreto como una agresión innecesaria, o más bien necesaria porque los de fútbol son los que más tienen que poder aguantar mierda para ser mejores y ser ejemplares: “Ey, naranjas, se están quedando... vamos, Negro... Ortiz, céntrala... más rápido, más rápido”... un pito prolongado esta vez, en vez del chiflido, para detener la actividad, y como se presiente el regaño en el ambiente, de una vez se desquitan entre ellos o se echan culpas, acaso como un modo de sapear sin ser sapo, también, para que regañen más duro a unos y no a otros.

Dudo de mi interpretación tan básica, sospecho que quiero creer que los gritos son más agresivos de lo normal, cuando en realidad es que González tiene que hacerse escuchar dentro de un área extensa y al aire libre de cinco mil metros cuadrados.

Sin embargo, cuando están en el regaño, a pocos metros de distancia de él, el tono de voz se mantiene: “O se ponen serios o se van”, afirma mientras agita rápidamente el brazo apuntando hacia afuera de la cancha.

Están pagando con ejercicios repetitivos que ponen a prueba su estado físico. “21, 22, 23... Samper ¿qué?, ¿usted cree que estamos en la playa o qué?... 24, 25, 26”. Están pagando por no haber estado concentrados durante la actividad que se les pidió. Pagan justos por pecadores, “van a trabajar bien todos o no van a trabajar”: están todos sentados pero con las piernas levantadas, deben aguantar hasta que el entrenador diga que pueden descansar, y si alguien llega a dejar caer las piernas, pues sencillo, todos vuelven a empezar.

Otra vez, el mismo ejercicio, pero las expectativas son otras: ya no hay casi murmullos, y sí, los pases son mejores, así como las definiciones, y la defensa tampoco se deja echar tierra.

“Bien, por fin”, sentencia González poco antes de que se acabe el entrenamiento. A correr se dijo: todos con una pelota, corriendo hacia un lado de la cancha, hasta que el pitazo indique que han de correr hacia la otra.

Hay una reunión. Es tal la solemnidad de estas reuniones que jamás me he atrevido a participar en ellas: me acerco con un balón, me hago el que estoy hablando por celular, o lo que se me ocurra, para pasar cerca y escuchar mejor, pero hay algo de sacro en aquellas reuniones y me siento irrespetando a González si me meto ahí. “O le meten seriedad a la práctica, o no le vamos a ganar a nadie, señores”. Y culmina el entrenamiento.

Aprovecho para hablar un último rato con González. Me hace un gesto de complicidad y señala con los labios a lo lejos:

GONZÁLEZ: Vea, a esa profe los estudiantes se la morbosean, pero mal, a veces me toca decirles “oiga, ya, bájénle”. Es que se pasan: están al lado de ella y empiezan: (*suelta una especie de gruñido, grrrr, agita la respiración y se muerde el labio*). Y lo peor es que la vieja es una perra. Ya se ha comido como a cinco profesores.

YO: ¿Y de qué da clases?

GONZÁLEZ: De inglés.

YO: ¿A los chiquitos?

GONZÁLEZ: Sí.

YO: Oiga, pero, ¿por qué dice que son más lacras que nosotros?, ¿cómo son los chinos ahora?

GONZÁLEZ: Pues no sé, es que son como más caspas. Uy, pero si viera octavo, es un curso muy chistoso: una mitad son así como nosotros, deportistas, y la otra mitad...

YO: ¿Ñoños, o qué?

GONZÁLEZ: No: maricas. Entonces vamos a jugar cualquier deporte, y la mitad deportista les pega duro, y ellos: aaaaayyyyyyy.

(Notas de campo, octubre y noviembre del 2017).

Ahí están nuestros héroes con su guía espiritual. La sudan toda, mientras se van erigiendo hombres a seguir. Este hombre tiene que ser heterosexual, como primera condición. Luego, ha de morbosear, pero con sutileza: por eso si se va al extremo la morboseada, González los detiene. Paso seguido, llega el momento de reconocerse como distinto a las mujeres, a los maricas, o a los ñoños, cuya otredad yo mismo construí para erigirme hombre: este hombre tiene que animalizar a la mujer y juzgarla por su libertad sexual, asumirse como rebelde a través de la falta de estudio y verse masculino en el deporte, arrasando con los malos deportistas o maricas, que son la misma cosa.

El monstruo se muestra, valga la redundancia. La palabra monstruo proviene del latín (monstrum), y consistía en un modo de advertir, de una señal por parte de los dioses. Y en este contexto, el fútbol parece presentarnos esos héroes monstruosos, advertirnos sobre el habitus inscrito en todos los miembros de la comunidad gomela.

Ya empieza a llegar gente para iniciar la jornada de clase. Casi todos pasan y admiran unos minutos el entrenamiento antes de seguir su camino. Tres personas se detienen muy cerca de donde yo estoy ubicado:

—Qué jugadota, parece.

—Marica, ese man tiene muuuucho fútbol.

—Y ese Rocha es un monstruo.

(Notas de campo, febrero del 2018).

Hacerse hombre, erigirse monstruo en la banda

Todos los lunes en La Raqueta, en el centro, se honran las banderas del colegio y de la nación. Plantados ahí con uniforme de gala, corbata y todo, los estudiantes miran a las banderas mientras cantan el himno del colegio y el himno nacional. Todos están ordenados por cursos, mirando a las banderas levantadas. Es el único día de la semana en que la libertad para vestirse está restringida: es lunes de uniforme de gala porque hay izada de bandera.

Pero pareciera que el verdadero honor en la cotidianidad se rinde a la banda marcial o la banda de guerra, como suele llamarse. La banda, conformada por ciertos estudiantes, entra todos los lunes por el centro de La Raqueta, retumba con sus instrumentos y maromas, mientras el resto del colegio los observa. Allá en el fondo, cerca de las banderas, se medio ven unos estudiantes separados del resto: son algunos pocos juiciosos que han sido seleccionados por los profesores por su excelente rendimiento académico. Pero a quienes se observa de cerca y se siente admiración por ellos es a los integrantes de la banda.

Al igual que la selección de fútbol del colegio, los grandes de la banda son nuestros modelos a seguir, nuestros machos cuyo lomo se ha ido tornando plateado a punta de aguantar dolor físico. Y además de modelos, son los que deciden quiénes pueden ir y exhibir sus bellos cuerpos uniformados en colegios femeninos. Ellos los que además son portadores de trago y distribuidores para los menores. Ellos quienes podrán hacernos grandes a través del consumo de trago y de mujeres que, insisto, son casi lo mismo en este contexto. Son dos modos de nutrir al macho: entre más mujeres se coman y más trago se tome, más hombre se es.

Es la banda marcial, de marcha y de Marte, el Dios de la guerra. Hay que entrenarse para la guerra, tres veces a la semana, alrededor de ocho horas en total, pero cuando se acerca la guerra, como en el famoso concurso por la Batuta o la ida al Gimnasio Femenino, la intensidad aumenta. Y ay de que tengan otros compromisos, como el estudio, o incluso tener que asistir a un partido con la selección de fútbol: la asistencia a los entrenamientos es

incapable, sin importar el sacrificio. La exclusividad de pertenecer al ejército se obtiene a través de rendirle exclusividad.

Son los grandes de los grandes, sobre todo los jefes: tras mucho esfuerzo, horas y horas de someterse a la disciplina marcial, ejercida a través de numerosas reprimendas a punta de gritos y castigos físicos, han logrado destacarse por encima del grupo para, ahora que están en once, llegar a ser los jefes de instrumento o, el premio mayor, el jefe de banda.

Ojo, notificar tal honor, el de quedar nombrado como el jefe de banda o instrumento, no puede ser comunicado así nomás. Los posibles candidatos, en fila, están en bóxers o calzoncillos, con sus ojos vendados, a la espera de saber si fueron o no los elegidos. Los perdedores no reciben el líquido dorado, se lamentan, mientras que los ganadores y futuros jefes son bienvenidos con el baldado lleno de orines de los otros miembros.

Tanto González como Álvarez, ahora que son profesores y no alumnos, detestan a la banda. González, porque no entiende la magnitud del poder que se le otorga a esa institución en donde mandan los estudiantes y no el profesorado, pero sobre todo porque es la otra cara de la moneda para erigir héroes: es su competencia, una que además restringe la posibilidad de que algunos jugadores estén en la selección, porque si lo están se les prohíbe asistir a cualquier práctica futbolística.

Y para Álvarez, de manera semejante, la banda es una entidad poderosa de formación. Es quien forja un *habitus gomelo* de manera incisiva sobre los que apenas cursan los primeros años en el colegio. Por eso, ha sido uno de los críticos de la banda y consiguió que desde el 2016 les prohibieran el ingreso a los estudiantes de primaria, luego de que varias personas llegaran borrachas al Gimnasio Femenino, porque siempre en el bus llevan trago, porque siempre en los instrumentos llevan trago escondido.

Se planteó a las directivas, tocó exponer las razones, hablar con los dirigentes de banda, y dijimos que además de los episodios disciplinarios que eran muy graves, sencillamente la banda no era un espacio para los niños. Ellos [la banda] tenían unas inquietudes e intereses propios de un adolescente que no comulga con lo que requiere un niño para su cuidado. No esperábamos que dejaran de hablar de sus fiestas, de alcohol, en fin, de su vida cotidiana, pero que por eso un niño no va acorde con eso, y eso fue lo que argumentamos en ese momento. Pero eso ha generado ruido en el colegio, entre padres de familia, profesores, la

banda y primaria, y eso se sigue discutiendo hoy en día en el colegio (entrevista personal, 10 de abril, 2018).

Álvarez tiene su propia historia con el colegio, como mostraré más adelante. Recuerdo que cuando me contó que para él fue difícil encajar dentro de la masculinidad tan definida en el colegio, cuando entró en sexto, quise retarlo, cuestionarlo, y más sabiendo que su tesis de maestría en literatura es sobre masculinidades. Le dije que estaba asumiendo eso de los roles masculinos, y que simplemente a esa edad cualquier nuevo lleva del bulto, se la montan.

Le hablé de Serrano, que se la montaban por ñoño, porque le iba bien en todas las clases y no hablaba; de González por guiso, porque era el paisa hinchado de Nacional a quien le encantaba ir al estadio; o de Jaramillo porque su piel era color charco, no negra como la de Perea o Pérez, y porque su atuendo denotaba cierta “pobreza” en comparación con la del resto. Jaramillo era el “pupiñé”: pura pinta de ñero. Ahí hay temas que sobrepasan la masculinidad, le digo yo: hay regionalismo en juego, clasismo, ñoñofobia. Estoy por continuar, pero de repente me pregunta: “¿sabe con quién entré yo?”. “No, ni idea”, respondí. “Con Padilla”, culminó, porque ya no había nada más que decir: él tenía toda la razón y el corazón.

Felipe Padilla fue sujeto de admiración inmediato. En ese entonces, porque luego no creció mucho más, era de los más altos del curso y quizás el más espaldón. Le llevaba una cabeza a González, y mientras que González venía de un colegio de hombres, Padilla venía del Andino, un colegio mixto. Rápidamente, Padilla se convirtió en los pocos hombres que ya habían tenido novias, cuentos sexuales y, mejor todavía, tenía amigas para presentar y rumbear y rumbearse con ellas. Súmele a esto que ya había rumbeado, no con nosotros, sino con gente de cursos mayores que lo conocía y lo quería. En palabras más precisas, eran su respaldo, en caso de que llegara a necesitarlos para alguna pelea.

“Ese Padilla es un bacán”, dijimos siempre. Nunca nadie se la montó, y nunca nadie se la iba a montar. Terminó siendo, por supuesto, el jefe de banda de nuestra promoción, en el año 2007. Observo su perfil de féisbuk, por pura curiosidad, y me encuentro con publicaciones e imágenes de un Padilla fuerte y robusto, que con toda razón obtuvo la

batuta de mando. He aquí una imagen, pero se pueden ver incluso videos de él, el guerrero de guerreros, en combate:



(Foto de acceso público, tomada del perfil de féisbuc de Alejandro Padilla).

¿No adivinan quién es? Acá va otra pista, con otra foto de su perfil, aunque intuyo que antes de mirar la pista ya saben quién es:



(Foto de acceso público, tomada del perfil de féisbuc de Alejandro Padilla).

La cultura gimnasiana en todo su esplendor

Existe acaso una suerte de síntesis, un recinto sagrado en el que podían reconciliarse los gomelos de la banda y del fútbol: “El Comité”. Llegado el momento de posicionarse como los grandes de grandes, en el grado once, ciertas personas, hombres como los que ya he ido mencionando, pueden adquirir el estatus de ingresar al Comité, si además de haberse ido consolidando como hombres gomelos se dedican a lo largo de décimo a lambonear, ayudándoles a los de once durante todo el año con cualquier clase de tarea, pero sobre todo con tareas físicas, como por ejemplo cargar cajas de los eventos. Aunque en la teoría hay tres comités: el que se encarga de la revista *El Aguilucho*, el comité Cultural y el Deportivo, el perímetro del Comité le pertenece meramente a los del Cultural y el Deportivo.

Lo anterior, porque el comité del aguilucho es el patito feo. *El Aguilucho* consiste en una suerte de personas que no cumplen con los requisitos suficientes para erigirse gomelos, y contrastan por ser casi siempre buenos académicamente, juiciosos, y bautizados por la

gomelería como unos otros bajo el designio de “ñoños”. Además, su labor se remite a simplemente producir una revista que nadie lee, en la cual los estudiantes tienen un espacio para publicar toda clase de textos. Esta labor no produce entonces una gran resonancia en el alumnado como para pertenecer al ámbito del prestigio y recibir su cupo en el recinto sagrado.

Por el contrario, los otros dos comités son encargados de organizar los dos eventos culturales más importantes del año: la Copa Tradición, que mencionaré posteriormente, y el Concurso de Porras María Helena Amador. Y digo eventos culturales porque justamente se dan durante la semana de mayor alcoholismo en el colegio: “La semana cultural”.

En esta semana no hay ninguna clase, sino que surgen una serie de actividades que definen lo que vendría siendo el concepto de lo cultural en el colegio. Observemos la programación del año pasado:

SEMANA CULTURAL

GIMNASIO MODERNO
2017

DÍA MIXTO:	LUNES	MARTES	MIÉRCOLES	JUEVES	VIERNES
8:00 - 8:30 AM	ENCUENTRO MATINAL	ENSAMBLES	DIRECCIÓN DE GRUPO		DIRECCIÓN DE GRUPO
8:30 - 9:15 AM	HABLA EL BALÓN		MARKETING	MAÑANA DE TALENTO	
9:15 - 10:00 AM	Hablaelbalón Un Cambio de Frente. MARTÍN LIEFAS / JOSEEN	TRIBUTOS A THE BEATLES	SAMSUNG RESPONSABILIDAD SOCIAL		
DESCANSO					
10:30 - 11:15 AM	EXTRANA CORRESPONDENCIA ROSSINI ROSSO	POLÍTICA	Magia Juan Pablo Bayona	TRANSFORMANDO EL FÚTBOL EN UNA TRADICIÓN DE PAZ	Lo importante de emprender
11:15 - 12:00 PM	WIKIMEDIA LAB WIKIMEDIA FUNDACIÓN	NÉSTOR HUMBERTO MARTÍNEZ		TIEMPO DE JUEGO	GIMNASIO MODERNO
12:00 - 12:45 PM	RENOVISMO DEPORTIVO CARLOS MORALES	IVÁN DUQUE	INTERCURSOS		LUGAR: GIMNASIO MODERNO HORA: 2:30 p.m.
12:45 - 1:30	FELICIDAD ANDRÉS RAMÍREZ	CENTRO DEMOCRÁTICO		COPA TRADICIÓN OCTUBRE 1 DE 2017	FINAL CATEGORÍA #2
ALMUERZO					
2:30 - 3:15 PM	CINE CLUB CONCURSO DE PORRISTAS MARÍA HELENA AMADOR 2017	CINE CLUB CONCURSO DE PORRISTAS MARÍA HELENA AMADOR GIMNASIO MODERNO	LUGAR: GIMNASIO MODERNO HORA: 2:30 p.m.		FINAL CATEGORÍA #3
3:15 - 4:00 PM					

CP CC

(Imagen tomada de la página del colegio: <https://gimnasiomoderno.edu.co/semana-cultural-2017/>)

Abajo del programa, dos logos de distinción gomela: el del comité deportivo y el del cultural, que se portan también en las chaquetas que mandan a hacer los respectivos miembros, una vez entran a once. Y el programa, edicto cultural: la tradicional “mañana del talento” en la que Miguel Rueda, como veremos más adelante, fue chiflado y tildado de marica durante quince minutos cuando se disponía a cantar; “intercursos”, en donde se miden representantes de cada curso en juegos como el de ver quién es capaz de tomarse primero una gaseosa de dos litros; “la política”, un espacio en el que suelen ir a hablar reconocidos políticos de la élite colombiana para publicitarse, como me tocó a mí en algún momento escuchar a Enrique Peñalosa y a Antanas Mockus o, como les tocó a estos pobres, escuchar al candidato presidencial actual, Iván Duque. De resto, la cultura consiste en diversas actividades que varían según las entidades o personas que estén interesadas en participar o acaso también en publicitarse como empresa.

Sobresalto, es el concurso de porrismo el que arrecia con casi una fila en el programa, interrumpida únicamente por, claro está, la copa de fútbol. Este concurso, cuyo nombre, María Helena Amador, se generó en honor a quien fue durante muchos años la secretaria del fundador, es un evento tan anhelado y esperado como la Copa Tradición, con la diferencia de que para asistir a ver porristas se tiene que pagar para ingresar.

Entre otras diferencias: mientras que la copa de fútbol es el momento decisivo en el que observamos si nuestros héroes triunfan o son derrotados, observar a las porristas es meramente el placer de desear sexualmente a otra y de regocijarse en ello para quedar bien con el nosotros. Es el momento crucial para hacerse hombre desde el deseo heterosexual, de ponerse exigente y decir que uno desea a tal pero a otra no porque está fea, porque baila mal, por lo que sea. Y de ser un poquito más afortunado, es la oportunidad de exhibirse demostrando que se tienen amigas, o más bien promesas de mujeres a ser consumidas o, de ser afortunadísimo, es la oportunidad de exhibir a la novia de uno como el máximo trofeo, puesto que las porristas vienen siendo, por bailar bien y ser bonitas, entre otros requisitos, el premio mayor, y al mismo tiempo la evidencia mayor de la heterosexualidad.

Quisiera uno pensar que no, que hay cierta contemplación hacia una estética de la danza, una admiración hacia una práctica artística y cultural, dado que a fin de cuentas se trata de la semana cultural del colegio. Quisiera uno pensarlo, sobre todo después de hablar con Ana

Ponce, excapitana de porrismo del Gimnasio Femenino, y saber el inmenso esfuerzo que hay detrás de cada presentación:

Era muy duro, en el Femenino, que es el colegio en el que yo me gradué, sobre todo porque mi generación era un grupo de niñas que venían desde pequeñas comprometidas con el deporte. Se entrena un montón: durante todo el año, se entrena al menos tres días a la semana, por las tardes, y cuando se aproxima un concurso, como el Moderno, como el Campestre, como ese tipo de concursos, entrena uno todos los días [de lunes a viernes] por la tarde y los sábados en la mañana, de 8 a 12. Entonces, digamos que es bien demandante (entrevista personal, 23 de abril, 2018).

Adicionalmente a esa exigencia, Ana me cuenta que también tocaba estar muy atenta de que no sucedieran problemas alimenticios, puesto que esto les solía pasar con frecuencia a quienes iban en la parte de arriba de las pirámides, o a quienes querían ingresar al equipo: preocupadas por ser ligeras, entraban a dietas extremas. O de igual manera, por los nervios antes de la competencia, en muchos casos las niñas no comían, así que ella y las otras capitanas las obligaban a comerse un banano o cosas que les dieran energía. Así, Ana se inventó que los jueces quitaban puntos si alguien se llegaba a desmayar durante o al final de la competencia, puesto que solía pasar esto, sobre todo al final del concurso.

Sin embargo, tras todo ese esfuerzo, con excepción acaso de unos cuatro o cinco jueces, el único modo de contemplar el baile es el morboseo: así lo vemos transmitido de generación en generación, viendo a los de once, que están sentados en el suelo, celebrar con aplausos y chiflidos cada vez que las porristas van al suelo y se les sube la falda, o cada vez que se agachan y, nuevamente, se les sube la falda. Ana me cuenta en general lo que solía sentir respecto a estas prácticas de morboseo de parte de los hombres en los colegios:

En cuanto al acoso, personalmente a mí no me pasó nada, pero ahora más grande sí me doy cuenta de que pasaban cosas que hoy en día entiendo más y dimensiono más. Por ejemplo, a uno la dejaban ir a los espacios para entrenar y adecuarse, e iban los niños y a veces lograban como colarse. Y el juego era sentarse en el piso para poder ver debajo de las faldas de las niñas, que así tuvieran bikers pues es agresivo. Ese tipo de cosas están mal y uno siente cierto nivel de agresión.

Ahora, hay un juego, un piropo no malsano detrás de eso, que los niños lo vean a uno bailar y o vean en esa exposición y reconozcan el talento, pero yo creo que hay un tinte

machista ahí que de cierta manera permitía que los niños morbosearan a las niñas. No sé cómo explicarlo.

A mí directamente no me pasó, siempre conté con un entorno muy respetuoso frente a eso y éramos muy conscientes de proteger a las niñas de eso, pero se sabía que eso pasaba y eso era maluco: que los niños no estuvieran ahí por verte a ti bailar y disfrutar del arte, entre comillas, que se representaba, sino tratar de verte la cola. Eso era especialmente en el Moderno y eso sí lo debo decir, por dos cosas. Uno: el escenario era súper pequeño, entonces donde se sentaban los niños era muy cerquita a donde estaba uno bailando; en los otros colegios no pasaba eso porque era mucho más espaciado y mucho más organizado. Y lo segundo es eso: el orden. Aunque era más emocionante y más concurrido era mucho más caótico. Todo era organizado por los niños, y aunque ellos sentían que lo hacían de forma perfecta en su momento, en los otros colegios sí había intervenciones de padres y de profesores que ayudaban a controlar y organizar. Entonces eso daba pie para que los niños hicieran ese tipo de cosas (entrevista personal, 23 de abril, 2018).

Ana, por lo que la conozco, siempre siento que está indispuesta para victimizarse, y por lo mismo se rehúsa a reconocer estas prácticas como violentas. A lo sumo las califica de malucas, de agresivas o de poseer cierto nivel de agresión, pero en lo que sí coincidimos las dos en definitiva es en que hay un tufo de algo que avala esa mirada cazadora en busca de ver a la otra como un paciente sexual más que un agente danzante. Y además de que las dos reconocemos que en el colegio este tufo machista, o más bien gomelo, se ve exponencializado. Y cómo no, cuando se entra en una supuesta libertad estudiantil de hagan lo que se les dé la gana, y ese hacer y deshacer viene permeado de un habitus en el cual la hombría va de la mano de sexualizar o maternalizar a la mujer.

Ahí en ese recinto sagrado llamado Comité, por los tiempos en que Ana se esmeraba porque su equipo bailará mágicamente, alguien acababa de descubrir un video porno llamado *El volcán*. Sin entrar mucho en detalles, porque autoetnografiarse tiene sus límites, las personas del comité empezaron a mostrar ese video en el que un hombre triunfaba, como todo video porno, a través de la riega de semen en una mujer, y cuando digo mostraban es que agarraban a cualquier persona que pasaba por ahí y lo metían al recinto para forzarlo a ver el video.

Y así, de chiste interno, este mismo grupo de personas decidió formar su propio equipo de porristas para presentarse en el concurso e imitar, con oceánico desdén, los movimientos de las porristas, llamándose, con gran originalidad, *Los volcanes*.

“Es un canto de vida a nuestro canto”

Así empieza el himno oficial del colegio: “es un canto de vida a nuestro canto”. Confuso, medio tautológico: pareciera tratarse de una estrategia metaliteraria en la cual se está hablando de la función misma del himno, por lo que sigue a continuación: “es un ferviente anhelo de las almas, es un grito de fe y de juventud”. Pero como la oficialidad únicamente está para proporcionar falsos órdenes (recordemos a Michel mirando la ilusión del control neoyorquino desde el *World Trade Center*), los cantos que realmente dan vida al propio canto, y acaso a la vida misma, son otros. Esta sí es la verdadera y material metaliteratura sobre el modo en que los cantos conmueven y afectan para encarnar prácticas gomelas.

Por ejemplo, están los cantos que se gritan a todo pulmón durante el gran acontecimiento del año: la Copa Tradición. Aunque siempre han existido otros torneos en los que participa el colegio, parecieran simples torneos amistosos, modos de entrenarse, para aquella gran competencia contra el Gimnasio Campestre. Dos partidos definen quién se lleva la copa ese año: uno en casa, en nuestro colegio, y otro allá, allá lejos, como dice uno de los cantos de la barra brava que más escandaliza a los profesores y más de una vez han intentado censurar:

El Moderno queda en la 74 con novena,

con novena.

Y El Campestre queda en la puta mierda,

la puta mierda.

Retumban las tribunas, y empiezan las putas a florecer al otro lado. Los de allá son putas en la mayoría de las canciones, además de guisos: el guiso que le llamaban a González en el colegio, hoy en día el entrenador de fútbol. Y además de guisos, el otro es “campesina”, “gallina”, pero asombrosamente, crean un híbrido insuperable, es también “el hijo”:

Todos los del rojo son unos putos (PUTOS)

Que al Moderno no quieren venir

Nosotros vamos a ir a la gallinera (SUCIA)

Y otra gallina puta se va a morir.

El partido avanza con trompetas y tambores, bajo amenaza de muerte, saturada de naranjas y verdes, por los colores de la bandera que simbolizan fe y esperanza, y de negros y blancos, por los colores del uniforme de los jugadores de fútbol. Y suena el canto:

Cuca, calzón, pezón: Moderno campeón.

Whisky, ron, sangría: Moderno la putería.

Tigre, león, pantera: Moderno la verraquera.

El nosotros es guerrero, una fiera que desea ávidamente devorar alcohol o mujeres, y pareciera que esto se decide a través de este partido. Ojo: hay gol del Moderno, pues entonces se les canta:

Mirá, mirá, mirá, tómales una foto,

que están todos cagados con el culo roto.

La victoria futbolística, el gol, sumado con un poco de alcohol, representa el triunfo del máximo deseo: la penetración y violación sexual del otro y su posible muerte. En este callejón sin salida, en el que el otro imaginado es devastado, lo mejor es saltar y unirse a los demás, porque:

Mandarina (x3) el que no salte es una puta campesina

Es en estas narrativas cantadas, recargadas de afecto, en donde mejor se escucha esa transmisión del *habitus gomelo*: por supuesto, esto sucede a través de numerosas prácticas corporales que involucran gestos, risas, patadas, caras rojas, como se observa con el fútbol y la banda, principalmente, pero es en la transmisión oral cantada donde mejor se escucha al monstruo. Los llamados grandes cantan y los pequeños memorizan, pero no con el aburrimiento y la obligación de memorizar el himno cada ocho días, en una tediosa izada de bandera, sino con el furor de un enemigo al que se derrotará a partir de la pelota con la que todos han tenido contacto desde el primer día en que ingresaron.

Para echarle más leña al fuego, la jovialidad musical sigue y sigue entrando por un oído, en otros escenarios, pero no sale por el otro, sino que se queda bien adentro. Canciones

adaptadas e inventadas brincan por aquí y por allá en los buses, mientras nos dirigimos a alguna excursión por fuera de Bogotá, y siguen educando más que cualquier otra clase:

*Chofer, chofer, más velocidad
apriete la chancleta y verá cómo le va.*

*Acelérele chofer
que lo viene persiguiendo la mamá de su mujer.*

Así bien culicagaditos, ya sabemos por un lado, que quien manda a un chofer somos nosotros, por nuestra marca de clase, y que la suegra, sabia que siempre sospecha, por sus experiencias, que el marido de su hija puede ser un peligro, es nuestra eterna enemiga, por nuestra marca de género. Como si no fuera suficiente, qué mejor clase de educación sexual se puede recibir, o qué clase podría competir a cambiar un sentir heterosexual después de escuchar una y otra vez esta breve estrofa:

*El toro a la vaca
se lo mete y se lo saca.
Y la vaca agradecida
se lo chupa y se lo estira.*

O, ¿cómo transformar las canciones que con cuidado y meticulosidad se les ha ido adaptando la letra, aquellas canciones que se cantaban en la clase de coro con risas, porque el profesor no se daba cuenta que estábamos cantando algo distinto? Veamos el ejemplo más brusco de todos.

Una canción nos hablaba de un vaquero llamado Pecos Bill, un hombre violento y capaz de arrasar con todo, matador de búfalos desde los siete años, y luego matador de 2500 indios, o en suma el hombre blanco europeo héroe en su máxima representación. Inmortal, tanto que:

*Pecos Bill perdió la huella en el desierto,
se moría de sed y lo abrasaba el sol,
y cuando estaba medio muerto,
hizo un tajo en el desierto,
y allí mismo el río Bravo construyó.*

Sin embargo, a pesar de su heroísmo, teníamos nosotros mismos que superarlo, arrasar con el gran Pecos Bill, y cantar lo siguiente en aquella parte:

*Pecos Bill perdió una hueva en el desierto,
y por más que la buscó no la encontró,
y cuando estaba medio muerto,
con el culo bien abierto,
llegó un burro americano y lo violó.*

Tránsito: cuerpos llevados del putas

*No me dan pena los burgueses
vencidos. Y cuando pienso que van a darme pena,
aprieto bien los dientes y cierro bien los ojos.
Pienso en mis largos días sin zapatos ni rosas.
Pienso en mis largos días sin sombrero ni nubes.
Pienso en mis largos días sin camisa ni sueños.
Pienso en mis largos días con mi piel prohibida.
Pienso en mis largos días.*

*—No pase, por favor. Esto es un club.
—La nómina está llena.
—No hay pieza en el hotel.
—El señor ha salido.
—Se busca una muchacha.
—Fraude en las elecciones.
—Gran baile para ciegos.
—Cayó el Premio Mayor en Santa Clara.
—Tómbola para huérfanos.
—El caballero está en París.
—La señora marquesa no recibe.*

*En fin, que todo lo recuerdo.
Y como todo lo recuerdo,
¿qué carajo me pide usted que haga?*

*Pero además, pregúnteles.
Estoy seguro
de que también recuerdan ellos.*

Nicolás Guillén

“Por eso traigo cuatro rosas en mis manos: una por cada tristeza que te he causado”

Por ahora nos hemos visto interactuando entre niños para consolidarnos hombres. Pero este olor a sudor físico, este aliento de alta frecuencia expulsado con la mayor cantidad de adjetivos insultantes, debe ser guardado de inmediato al momento de interactuar con mujeres. Los chicos del Moderno estamos no entre la espada y la pared porque no se trata de una situación sin escapatoria, sin agencia, sino entre la espada y la rosa, con agencia: entre hombres, el caballero gimnasiano saca la espada, y entre mujeres, la rosa.

Benevolente en apariencia, el caballero es el antónimo del reguetonero. Él jamás incurriría en un modo escatológico de nombrar la necesidad de admiración por una mujer: con sutileza y disimulo aboga por acaparar esa admiración, muchas veces representada a través de ser deseado sexualmente, pero nunca cae en lo explícito del reguetón. Ser caballero es practicar el arte del prestigio. El prestidigitador tiende a reconocerse cotidianamente como un mago que elabora trucos de magia, puesto que mueve rápidamente (de manera “presta”) los dedos de las manos (*digitus* en latín significaba dedo). Sin embargo, el caballero supera la prestidigitación para pasar al prestigio, borrando la rapidez del engaño en los dedos para pasarla a su cuerpo entero.

En pocas palabras, la caballerosidad es el arte de ocultar un poder masculino ejercido sobre un cuerpo femenino. Pero en esta historia que voy a contar la maroma es revelada como una mera baratería.

Es la historia de Marcela, quien mencioné previamente como una de dos profesoras disidentes que duraron un par de años en el colegio recientemente, y quien nunca estuvo de acuerdo con el modo en que se trataban los temas de género en el colegio. Tanto ella como

Diana, la otra profesora, sentían que el colegio estaba estancado en ese asunto. Y cómo no, digo yo, cuando la modernidad fue erigida bajo los deseos de los hombres y el colegio se ancla, irónicamente, en una modernidad tradicional:

DIANA: yo me cuestioné ahí acerca de cómo poder meter una perspectiva de género siendo artificial, porque no se vivía desde la naturalidad. Es decir, las mujeres estábamos ahí simplemente, o en el servicio o de profesoras. Entonces, llevar una perspectiva de género de igualdad no entraba, sigue sin entrar: ¿cómo acompañas a esos chicos en una igualdad cuando es irreal, porque no hay mujeres estudiando con ellos? Tendrías que estar creando un escenario que no es real, y el respeto que se puede tener a una profesora no es una experiencia que puede servir para construir una relación con pares mujeres. Porque es diferente, viene desde el respeto de ser maestro, una autoridad (entrevista personal, 3 de enero, 2018).

¿De qué sirve el discurso, por incluyente que logre serlo, cuando de todas maneras en la práctica cotidiana las mujeres no están presentes, a menos que ejerzan un rol maternal, como lo hemos visibilizado previamente? Diana y Marcela, a pesar de la estructura misma del colegio, carente de mujeres estudiantes, tratan de crear una cierta perspectiva desde el feminismo, pero encuentran una y otra vez otro obstáculo:

DIANA: el humanismo se ha quedado en humanismo social, pero no hay feminismo, ahí el feminismo no entra. De hecho estábamos elaborando durante esa época la hoja de ruta del colegio. Qué se esperaba de un egresado del colegio cuando saliera, y yo ahí llegué a oír, aunque no sé cómo se redactaría, que tenían que salir caballeros. “Se espera que salga del Gimnasio Moderno un caballero”, pero ojo: ¿qué es ser caballero? (entrevista personal, 3 de enero, 2018).

Marcela tiene la respuesta: la caballerosidad es lo que rebosó la copa y la hizo zarpar antes de tiempo del colegio. Ella ya sabía que se quería ir por numerosos conflictos que tenía con el colegio y que por más que intentó negociar no obtuvo siquiera la posibilidad de hacerlo. Su queja sonaba a quejadera por tratarse de una mujer, pero llegó la última queja cuyo silenciamiento se produjo a través de la caballerosidad, y la renuncia fue definitiva.

Estaba Marcela, un día como cualquier otro, dictando un curso al aire libre de corporalidad y teatro. Como cualquier profesora, estaba tratando de dar ejemplo de cómo tocaba realizar la actividad, pero como una mujer no puede mover libremente su cuerpo, unos estudiantes,

los grandes, los que darán ejemplo a los pequeños sobre cómo constituirse hombres, iniciaron la bulla. Crudos, como el reguetón, retumbaban las ventanas, pum pa pum pa, pum pa pum pa, acompañados del coro, mamacita por aquí, mamacita por allá.

Escándalo, no es de caballeros esa crudeza, así que cuando Marcela se quejó por última vez, de alguna u otra manera fue más escuchada, y se reaccionó:

MARCELA: Y lo que sucede es que ellos empiezan a darle un manejo que yo no considero que sea el manejo. Hay una charla en donde a punta de gritos y amenazas reprenden a los estudiantes por la situación, y luego hay una reunión donde yo soy invitada con flores y chocolate. Como si eso fuera el acto de reparación, y yo lo que les pedía era un acto de reparación, que el colegio reconociera que eso no estaba bien, porque los estudiantes no podían ir por la vida pensando que el acoso sexual está bien. Y pedía que se hiciera de manera pública y no yo como víctima sino con el propósito de visibilizar una dinámica permanente en la institución que es la violencia sexual hacia las mujeres que hacemos parte de esa institución.

Entonces pues básicamente mi inconformidad es que nunca decidieron tomar ese camino porque les parecía que era escarnio público para los estudiantes, que yo no estaba siendo comprensiva, que entendiera que eran muchachos, que yo estaba casi que proponiendo una solución más violenta que la agresión misma, y bueno yo no podía estar ahí bajo esas condiciones. Yo pedía que se reflexionara colectivamente un acto de reparación.

YO: ¿Y esa petición acaso qué tenía de agresiva?

MARCELA: Pues que es una mujer pidiéndolo, eso es lo que lo hace fuerte, lo hace dolente y que yo pedía que se hiciera público como debe ser y entonces ellos decían que esto iba a perjudicar a los estudiantes (entrevista personal, 3 de enero, 2018).

Después del incidente, y ojo que digo incidente porque las directivas del colegio lo tomaron como un asunto aparte, ajeno a un comportamiento propio de la educación misma que imparten, se les ocurrió la idea inmediata de regañar a gritos a los individuos que acosaron sexualmente. Ante una práctica que se asume como anómala, y no propia del colegio, el castigo y la oclusión son la mejor alternativa.

Acto seguido, otro escenario privado, porque recordemos que “la ropa sucia se lava en casa” para que todo parezca ordenado e inmaculado, tras el castigo se les enseña el

proceder apropiado: la caballerosidad. Un perdón en palabras con la maroma más vieja de el universo: rosas y chocolates.

Un sabio meme deja claro este escenario:



(Como todos los memes, este recorrió las redes virtuales y no es de nada ni de nadie. Me niego a declarar su procedencia).

Que no los confunda la mala resolución de la imagen: en esta historia la mujer no está llorando, sino asombrada de la ingenuidad del hombre. Y como para retar todavía más la práctica caballeresca de la comunidad gomela, la imagen se asegura de no caer en la elegancia de la ortografía: ningún “¡Ay, no... qué habrá hecho este pendejo!”, porque no

hace falta, porque se entiende que esto es puro contenido, masa y no forma. Es el meme que dice no a la caballerosidad y que condensa la renuncia de Marcela.

Ya hace más de un siglo que a un tal Ferdinand de Saussure le dio por jugar con el lenguaje, y entonces se le ocurrió que había un signo, conformado por un binario, el significado y el significante. El significado de, por ejemplo, un árbol será una suerte de imagen o idea mental, pero para poder expresar ese árbol, resulta preciso elaborar un dibujo, escribir “á”, “r”, “b”, “o” y “l” o, simplemente, emitir el sonido /árbol/.

Más adelante, Ferdinand se empezó a pillar que el asunto era de otra manera, y que el significado podía generarse a través del significante. Por ejemplo, al escribir “la perra está comiendo concentrado”, el significante “perra” nos remitiría a una imagen de un mamífero hembra, de cuatro patas y fiel compañera del ser humano; en cambio, al escribir “mi novia es una perra”, de inmediato el significante “perra” nos remite a un ser humano hembra devaluado al ser definido como la infiel enemiga del hombre, por no comportarse acorde a unas normas heterosexuales.

Por eso Ángel Rama logró rápidamente captar que las ciudades latinoamericanas fueron fundadas desde los significantes: numerosos europeos, como los famosos Tomás Moro o Campanella, asumiendo que el continente americano no tenía una cultura civilizada, imaginaron una ciudad (significante) para que se erigiera allá (significado).

Pero seguro lo que ni Ferdinand ni Ángel pudieron imaginar, ni siquiera Roland Barthes, quien más adelante intentaría entender a la sociedad a través de los postulados de Ferdinand, es que unos gomeles iban a ser capaces de producir un significante capaz de bastarse por sí mismo, sin producir significado. Cuando el acto de caballerosidad comunica a través de rosas o chocolates, cuando evitan el piropo y en su lugar posicionan elogios, no producen nada: son mensaje vacío pero, y he aquí la maroma, de tanto comunicar significantes vacíos vacían el significado.

Y entonces, si se logra la maroma, el acoso sexual hacia Marcela se olvida y se siguen ejerciendo acosos sexuales. Y entonces, si la maroma se logra, el hombre empieza a volverse el centro de atención y de admiración y, peor aún, el sujeto deseado, sin que importe su forma de ser.

La peor entrevista, y sin embargo un gran ejemplo de esta caballerosidad, se dio cuando hablé con quien fue rector de mi colegio. Aunque yo realmente no hablé: iba con una amiga, y entonces se fueron las horas entre elogio y elogio, sumado a la cantidad de información sobre lo que él sabía de música, literatura, arte, entre otro millón de cosas. “Qué hombre tan encantador, tan interesante”, dijo mi amiga. “Sí”, titubeé yo, con envidia de no tener esas capacidades de encanto, de mago que oculta algo a través de la agilidad y la belleza.

Días más tarde mi amiga me contó que había soñado con él y todo, con el rector que nos insistía una y otra vez, y lo he dicho quién sabe cuántas veces ya en este texto y lo seguiré diciendo, que “la ropa sucia se lava en casa”, porque así nos enseñaba a ocultar toda la mierda que pasaba en el colegio y a mantener el nombre inmaculado. Ella había soñado con el caballero que entre vacío y vacío oculta prácticas aterradoras, como varias que he mencionado en este texto y otras que mencionaré más adelante.

Salir de El Cubierto a La Raqueta

Voy con González, el entrenador de fútbol, cruzando La Raqueta. Tenemos el paso firme, hablamos grueso, tenemos anécdotas que contar sobre experiencias sexuales que tuvimos con mujeres. ¿En qué momento quedamos en ese nosotros que camina tan cómodo por el centro del colegio?, ¿en qué momento quedé incluido en el grupo de los deportistas y no de los maricas, cuando él me dijo un día, hablando de los estudiantes del colegio: “uy, pero si viera octavo, es un curso muy chistoso: una mitad son así como nosotros, deportistas, y la otra mitad maricas”?

Quizá el momento decisivo, sin descuidar otro montón de requisitos que tocó cumplir sistemáticamente para sostener este momento, fue cuando en cuarto de primaria tocó definirse como hombre o pato. En un cuarto repleto de colchonetas, en el coliseo cubierto, bien lejos de La Raqueta, ha empezado una nueva actividad en los recreos: un grupo grande se mete allá y se esconde para poder manosearse, tocarse, sentir sus cuerpos. Ellos (ellas), a quienes decidimos marcar como “los patos”.

Y sí, la envidia probablemente nos pudo, o de seguro debió poderme a mí, porque mi primera traga sexual fue Juan Camilo Varón, porque me masturbaba pensando en él una y

otra vez, pero probablemente tenía culillo de ser parte de ese grupo, de ser un pato: cómo no me iba a dar envidia, cuando el rumor de las orgías sexuales que allí se daban contrastaban con mi virginidad, cuando lo único que tenía era una noche solitaria y mi imaginación de Juan Camilo, el gran Varón, y una imaginación precaria en la que no conseguía siquiera verlo desnudo.

Y entonces poco a poco fuimos los no patos regando el chisme, soltando un chiste burlón por aquí y por allá, hasta que los profesores se enteraron y llegó la vaciada.

¿Qué pasó después? Le escribo a Enrique por féisbuc, porque me tiene confianza, porque además ya vive con una mujer y sospecho que eso le dará más tranquilidad para hablarme de lo que pasó o pasaba:

—Kike, quiubo. Venga, ¿usted no se acuerda de que había un grupo que se metía al cubierto como a manosearse?

—Jajaja. Sí, Obvio.

—usted no hacía parte de ese grupo?

—Yo estaba metido ahí jajaja... experimentando con mi cuerpo

—A mí Varón me gustaba un resto, yo me acuerdo. Pero no sé por qué a mí no me invitaron al cubierto... por feo, me imagino... quiénes estaban, Kike?

—Éramos más de uno. Que yo me acuerde: Varón, Rocha, Perea, Ortiz, Chavarriga, Mallarino,

—Qué hacían?

—Nos jalabamos la tripa, jajajaja.

—Jajaja.

[...]

—Oiga, y cuando los cogieron, no citaron a los papás, o algo así? O un regaño?

—De pronto sí un regaño, pero que yo me acuerde no citaron. Sé que hay más.

—más qué?

—Más gente involucrada, fue hace tanto tiempo que no recuerdo.

—Oiga, pero no se acuerda del regaño?

—No sé, Pin.. No le dieron mucha transcendencia y a partir del regaño dejamos de hacer esas cochinadas, jajaja.

(Diálogo por féisbuc, febrero, 2018).

Risas nerviosas entre él y yo, para mantener distancia sobre un tema que todos enterramos. Y de la mano, un yo estaba ahí, pero “experimentando con mi cuerpo”, dando a entender que es que era joven e ingenuo como para realmente saber lo que su cuerpo solicitaba. Y agarrado a la otra mano un eufemismo asqueroso pero necesario para mantenerse masculino: ningún nos “consentíamos”, “acariciábamos”, ni siquiera “tocábamos”, el “pipí”, el “pene”, ni siquiera “la verga”, sino “nos jalábamos la tripa”: ¡hágame el favor!

Tras ese regaño se empezó a definir un umbral entre las placenteras colchonetas y la heterosexualidad. Tocó tomar partido, tocó suponerse como un sujeto plano sexualmente, definido única y solamente hacia otro sexo, el femenino, y asumir que la otra mitad de los humanos, masculinos, por alguna mística razón, no podían gustarnos sexualmente. Tras el regaño, el siguiente paso parecía ser la exposición, mostrar a los padres y, peor todavía, a los grandes del colegio, lo que pasaba en las colchonetas. “Varón, Perea, Rocha, Ortiz, Chavarriaga, Mallarino”, y la demás “gente involucrada”, como Rodríguez, Botero, Currea, entre otros. Todos sin falta (y me incluyo a pesar de la traga tan tenaz que tuve hacia Juan Camilo Varón y más adelante hacia Nicolás León, otro nuevo que llegó al colegio en octavo), todos hemos estado ahora repletos de novias y de narraciones heterosexuadas.

Los de las colchonetas dejaron de hacer las cochinas y yo dejé de imaginármelas, progresivamente. En una que otra borrachera mis amigos del colegio se han atrevido a confesarme, con culpa, que tuvieron deseo hacia otros hombres de pequeños. Yo no fui capaz de reconocerlo junto a ellos, a pesar de estar igual o peor de borracho.

Las otras en el encierro

En ese otro cuarto oscuro de colchonetas, pero claramente estigmatizado y asumido como un estadio de madurez hacia la heterosexualidad, se quedó González, a pesar de que él entró al colegio después. Él desea a los hombres sexualmente, siempre los ha deseado, pero no ha buscado modos retorcidos de revertir ese deseo. Ningún “nos jalábamos la tripa”. Su tesis de maestría en literatura es la exploración de masculinidades en un libro, de un tal Bernardo Arias Trujillo (2012), colombiano, quien en 1933, en su novela *Por los caminos de Sodoma: memorias íntimas de un homosexual*, retrata este pasaje tan distinto a ese “jalarse la tripa”:

Cuando David sintió que sus atributos estaban en las manos del amigo, que los acariciaba apasionadamente, su voluptuosidad estalló como un volcán, en una forma nunca sospechada. Su adolescencia se fue irguiendo con altivez y por todo su cuerpo pasó un temblor horrible. Los dientes chocaban unos contra otros y cayó sobre los brazos del apuesto mancebo, tembloroso, como una lira recién pulsada. Entonces, el compañero se echó sobre él, lo agarró fuertemente, estrujándolo y empezó a morderlo y a besarlo por toda la geografía elemental de su cuerpo novicio. Le dio un beso en la boca que lo dejó lívido, ligeramente teñido de sangre. En seguido, como un loco, recorrió golosamente con sus labios el cuerpo del chiquillo y por fin, estacionado en el sexo pequeño y firme, empezó a succionarlo desesperadamente...

—Derrámate en mi boca, derrámate en mi boca...

David no podía comprender, porque aún el velo de ese misterio no se le había descubierto. Pero definitivamente entregado, sintiendo un placer indescriptible, fue experimentando un goce supremo, que pasó como un relámpago por su cerebro, recorrió igual que una serpiente eléctrica la espina dorsal; vio luces maravillosas, de su garganta salieron gemidos y de sus labios una saliva cálida y espumosa; sintió que se iba de la tierra, de su cuerpo, y... pudo darse cuenta de que salía algo desconocido, caliente y líquido de su sexo... (pp, 106)

Pero cuando digo que se quedó en ese cuarto oscuro, me refiero a que, a pesar de que no cedió a las prácticas de exclusividad heterosexuales impuestas por el colegio, ha tenido que mantener oculto su deseo homosexual, todavía hoy en día, cuando se encuentra en ese lugar. Pero empecemos por el principio:

Yo venía del San Bartolo, también masculino, católico. El cambio pasó más por una cuestión familiar que por mi cuenta. Yo incluso era feliz en el San Bartolomé porque allá sí había entrado desde pequeño. La familia de mi papá es bartolina, él lo es, mi abuelo lo es, y él quería mantener esa tradición. Pero bueno, mi mamá vivía aburrida con el colegio, peleó con los curas mucho tiempo, también había un tema como medio clasista con el colegio. Y pues ellos se separaron y mi mamá dijo: “Me importa un culo, los voy a sacar del colegio, ¡fin! Los voy a sacar ya”, y nos sacó. Y obviamente me llevaron a este colegio (al Moderno) y entré y quedé enamorado. Es que el colegio enamora, uno entra y, visualmente el colegio es muy bonito. Además yo me acuerdo que estaban inaugurando la piscina y a mí me fascinaba nadar. Entonces dije sí, aquí es.

Y bueno, entramos, mi hermano se adaptó muy rápido porque era más chiquito. A mí me costó más trabajo adaptarme al colegio, un poco porque, y es ahí donde tiene como el gancho el tema de la masculinidad: a pesar de que yo venía de un ambiente masculino, sentía que el ambiente del colegio era muchísimo más pesado en términos de hacerse un lugar, y es algo que todavía siento como profesor y con lo que peleo todos los días (entrevista personal, 13 de diciembre, 2018).

Bajito de estatura, flaco, encantado con la música pop gringa del momento como la de Britney Spears y pésimo jugador de fútbol, González siempre fue marcado como un marica. Nunca se dio ni siquiera un beso con otro hombre en el tiempo que pasó como estudiante. Proveniente de una familia católica, o más bien proveniente de una mamá ultracatólica, pasó todo el tiempo en el colegio convencido de que su deseo sexual hacia otros hombres era una enfermedad; y si a eso le sumamos el estigma que acarrearía intentarlo, impuesto por la masculinidad gomela que ya por otras prácticas lo enmaricaba, ejercer prácticas sexuales era un riesgo muy alto que no iba a tomar.

Apenas si tuvo un descuido en la excursión de décimo, que le mereció la montada por largo y arduo rato:

Hay cuentos de chinos que, pues se rumorea todo el tiempo que son gays pero tratan de dar otra imagen. O sea, que uno sabe. La gente se emborracha y bueno, como me pasó a mí en Perú: ¿no se acuerda? Una noche estábamos en los hoteles de Ollanta y Tambo y estábamos tomando y ya al final no quedábamos sino Jaramillo grande y yo. Y yo debo decir que el único man que me gustó durante toda mi historia escolar, el único que me gustó, y durante un tiempo, fue Jaramillo.

Entonces claro, yo me emborraché, me quedé dormido sobre la mesa y él me llevó hasta el cuarto, me quitó los zapatos, me empezó a meter ahí en la cama. Y yo le lancé un comentario. Yo de eso no me acuerdo, yo lo sé fue porque me lo contaron los que estaban en mi cuarto y el man también. Yo le dije algo así como “Jaramillo, usted está muy bueno”. Y el man respondió como súper desubicado, como: “sí, sí, yo soy un man muy pinta”. Y yo le dije como: “sí, yo sé”. Y así quedó.

Entonces al otro día esto era, mejor dicho, su curso y el mío, hablando de eso (entrevista personal, 13 de diciembre, 2018).

De no creer, en un colegio que se presume de laico, o de sí creer, porque aboga por retomar los valores cristianos una y otra vez por más que presuma de laico, como insiste el fundador, como la misa a la que nos tocaba ir todos los jueves, en una capilla costosísima con materiales traídos de Europa, ya que “queríamos el milagro arquitectónico que hoy tenemos. Una religión que se inspira en la belleza y el bien, y busca el camino de una vida limpia que es camino de alegría espiritual: esto es el Gimnasio, y esto es su capilla” (Nieto, 1966, p. 251); de no creer que únicamente González pudiera dejar de sentirse enfermo por sus deseos hacia otros hombres cuando empezó a ver clases de teología en una universidad de jesuitas. Solo ahí, y no en el laico colegio, pudo empezar a tener novios y a tener actos sexuales.

Luego llegó su segundo momento en el colegio, como profesor. ¿Qué decir? Está encantado, le teme a la comodidad que tiene ahí por ser exalumno, como dijo anteriormente. Sin embargo, todavía, aunque corre por ahí el rumor de que él es como raro, González se abstiene, para mantener el privilegio, de expresar su sexualidad libremente.

Me dice que los tiempos han cambiado, pero aun así se abstiene. Me cuenta la siguiente historia, acerca de un alumno que tuvo, para hablarme de estos nuevos tiempos. “Yo he conocido unos pocos casos de gente fresca con su homosexualidad en el Moderno”, me dice. Pero luego el testimonio mismo le va soltando a él la discriminación:

Apenas entré conocí a Guerrero, un chino muy pilo y muy afeminado, y esas son dos cosas de las que yo me doy cuenta de entrada. Y el tipo lo asumía así de una manera tan fresca y yo decía, “yo estoy en el Gimnasio Moderno”... quedé impactado.

Después me enteré de la historia del man. Tengo entendido que al man lo cogieron una vez en uno de los baños del colegio. Estaba mamandósela a otro y se formó todo un escándalo así como usted sólo se pueda imaginar que puede suceder. Pero lo chistoso es que todo el mundo le caía a él, era el mamador. Al otro no, era al contrario, como que la gente lo aplaudía: “juputa eres un crack”. Además que era el cliché de un man: futbolista...

(entrevista personal, 13 de diciembre, 2018).

Las cosas por su nombre: ser gay o marica no consiste en no cometer actos sexuales con otro hombre, sino que depende de otras prácticas y del modo mismo en que se ejecuta el acto sexual. Si el hombre es un hombre por “comerse viejas”, a través de un acto unilateral

en el que la mujer, envejecida, es un ser paciente, un trozo de comida listo a ser penetrado por un pene, pues se es todavía más hombre si al que convertimos en trozo de comida es a un mismísimo hombre.

No se lo creí a Silvana Paternostro hasta que González me contó esta historia. En su libro, *En la tierra de Dios y del hombre: hablan las mujeres de América Latina*, Silvana cuenta cómo los hombres desean con ansias devorarse a los travestis, por tratarse de eso, hombres, a pesar de que se vistan como mujeres. Para el que busca travestis que se prostituyen, “los hombres que desempeñan el papel activo de la relación sexual —vale decir, los que penetran— rara vez se consideran a sí mismos homosexuales”. Todo lo contrario: encarnan y ponen en materia la frase “soy tan macho que me tiro a otro hombre” (2001, p. 67).

Paradójicamente, aunque en este caso no se trata de penetración y es uno el que ingiere el pene del otro en la boca, el hombre es quien latentemente amenaza con derramar su hombría sobre el otro. Es él quien, al parecer, es ya lo suficientemente hombre para derramar semen sobre el otro y, además, quien se asume como hombre por ser el receptor del placer.

Basta ver cualquier video porno, uno de esos que Mireya, profesora actual del colegio, ha ido notando como el único referente sexual que tienen muchos jóvenes cuando llega el momento de tener sexo por primera, segunda y tercera vez; esos videos en los que es siempre un hombre el que siente placer y siempre derramando su semen sobre alguien o incluso algo.

A partir de eso fue otra persona. El man andaba en su cuento, y además, brillante el man. Es de los mejores estudiantes que yo he tenido. Muy pilo.

Así sé que hay otro caso, de un chino que se fue del colegio por eso y es una cosa muy triste porque el matoneo ya estalla y la familia le dijo al colegio “ustedes no hicieron absolutamente nada”, y con toda la razón. El problema para ellos no era que su hijo fuera gay. Lo sabían y aceptaban, como tenía que ser. El tema era: “¿ustedes qué hicieron?” Se lo llevaron (entrevista personal, 13 de diciembre, 2018)

Y así, dando inicio a las historias tristes, pero acaso sanadoras dentro de un colegio en el que toda la modernidad violenta se exaspera y agita como un huracán, un gay es sacado del

colegio por sus padres, para que no se la monten más, y el otro, pilo, decide resguardarse en el universo de las ficciones literarias.

El precio de las colchonetas

Y es que exponerse a la luz de La Raqueta tiene su precio, literalmente. González recuerda que en uno de los salones de clase, él noto que había una especie de romance entre dos personas de su salón, por cierta “cogedera” y ciertos gestos. Él, preocupado porque se tratara de una relación de cuidado mutuo, en caso de que hubiese algún tipo de relación de tinte sexual, estuvo mirándolos con detenimiento cuando se fueron a la excursión, hacia Los Llanos. Por la carretera, hay una gran parte que tiene túneles, y entre túnel y túnel, libres, se besaban una y otra vez.

La maravilla de los túneles, o el cuarto oscuro de las colchonetas, pero cuando probablemente entraron a espacios más iluminados, tiempo después, citaron a González y a otros profesores para hablar de esa relación sentimental que ahora resultaba visible. “¿Y por qué no dijo nada?”, le preguntaron cuando él contó lo que había visto en la excursión y en otros escenarios. “Porque no había nada que decir”, respondió, con la verdad del sentir: “yo miré que se trataba de una relación cuidadosa”.

Lo que González no imaginaba, y lo que no había detallado, eran las dinámicas dañinas que sucedían por fuera de aquella pareja: el resto del curso le cobraba a uno de los dos periódicamente, bajo el pretexto de que si no pagaba iban a divulgar el secreto al resto del colegio. Y como si ya el precio no fuera suficiente, periódicamente iban apareciendo personas por fuera del salón para reclamar lo suyo, para así “no tener que decirle al resto del colegio lo que pasaba”.

Todavía peor, o acaso no, es la historia de Miguel, quien resultó desterrado. Miguel, que también fue estudiante y luego entró a trabajar al colegio, pero a diferencia de González, entró a formar parte del equipo de psicología y desde el principio quiso decirle al colegio: “¡sí, yo soy gay, y qué!”.

Churro, o “pinta”, como toca decir en el colegio para no empezar a caer en el mundo de los marginados, el de los no heteros, Miguel es todo un gimnasiano de cepa pura: su familia ha pasado casi toda por el colegio (los hombres de su familia, claro); su abuelo fue el médico

del colegio por muchos años y su papá, por más de sesenta años. Sus tíos, sus primos, por el lado del papá, y algunos por el lado de su mamá, también son exalumnos del colegio, así como sus dos hermanos. Por consiguiente, cuando perdió quinto se le ofreció, por tan impecable historial genealógico, que se quedara y repitiera año.

Yo siempre tuve una ansiedad escolar muy grande. A mí no me gustaba ir al colegio. Desde chiquito no me gustaba. Me sentía muy abandonado. He sido muy consentido toda la vida; soy el menor de cinco hermanos: dos hermanas mayores y dos por encima de mí.

Yo siempre fui muy chiquito para mi curso. Siempre me consideré muy infantil. Ridículo decirlo así, pero es verdad. Yo no... obviamente pues la cultura del fútbol, la cultura de... de... sobre todo del fútbol, yo me acuerdo mucho de chiquitos es del fútbol. Bueno, las bolitas de cristal, jugando piquis y pendejadas de esas. Eso sí me gustaba pero yo era un niño que tenía otro tipo de intereses. Jugaba mucho a partir de la imaginación.

Yo me acuerdo en el Parque de los fundadores jugando con Agustín Pizano que era mi gran amigo, que hoy en día también es gay, jugando a unas tragedias: éramos los dos hermanitos abandonados en el bosque, o los dos enanitos de Blanca Nieves que se habían perdido de los otros siete. Eran unas tragedias y unos dramas.

Y por ahí también recuerdo un poco desde muy chiquito, inclusive, explorando o empezando a tener las primeras vivencias y pinitos de mi homosexualidad. Pero en ese momento no era evidente que yo fuera el niño gay, sino infantil (entrevista personal, 30 de enero, 2018).

Miguel y yo, en algunos puntos tan semejantes: yo también era, y quizá siga siendo, consentido; yo también con íntimos amigos destapando mundos imaginarios en lugares como el Parque de los fundadores, ubicado en toda una esquina del colegio, oscuro y tupido, alejado de los juegos de poder que ocurren en La Raqueta o en las canchas de fútbol. Sin embargo, yo maduré, porque la madurez es entrar a las canchas. La infantilidad es lo que el mismo Miguel llama jugar pendejadas como piquis y esas cosas, pero patear la pelota, ¡ah, eso sí es cosa de adultos!

Continúa Miguel, quien aunque se le presentó la oportunidad de repetir el año que perdió, acabó un año en otro colegio y luego regresó, por escogencia de los papás. Y a su regreso reconoce de inmediato que la inmadurez es cualquier práctica lúdica que no sea el fútbol:

Puedo decir que esa experiencia del Gimnasio Niza me maduró un poquito. Ya dejé de ser un niño infantil para convertirme en un chino de doce años un poquito menos infantil. Sin embargo, entré a un curso que era de niños infantiles, que jugaban guerra de caballos y avioncitos de papel por todo el colegio. Entonces, claro, los de bachillerato los miraban como unos imbéciles, la cosa más brutal del mundo.

Pasó el tiempo y yo empecé a tener fama de marica en el colegio de una forma muy fuerte, muy muy fuerte, y yo se lo atribuía más a cosas como que a mí nunca me gustó el fútbol pero me gustaba más el volibol. Y el volibol, aunque había un equipo de volibol que era muy bueno, el volibol era el deporte que jugaban en la semana cultural el Femenino y el Clara Casas. Eran los equipos de las niñas, de los colegios de las niñas. Y a mí me encantaba el volibol (entrevista personal, 30 de enero, 2018).

Irremediable, aunque Miguel haya dejado las piquis, ese juego infantil, ahora pasa al volibol, un juego de maricas. No hay quien le quite esa fama, porque si un hermano es marica el otro probablemente también, y como el mayor tuvo que salir pitado del colegio, porque “una profesora de primaria se lo tiró cuando le dijo a los demás del curso: ‘no se metan con Rueda porque él es marica’”. De nada le sirve que presente novias, porque aparte del volibol, que es la cara afeminada del fútbol, canta en el coro, la cara afeminada de la banda.

Yo me acuerdo en estas famosas “mañanas del talento gimnasiano”, yo debía estar en noveno. Me inscribí para cantar y me tocó esperarme diez minutos a que el auditorio entero me parara de chiflar, antes de empezar. Y me gritaban “maricaaaaaa, maricaaaaaaaa”. Jueputa, yo no podía tocar guitarra, se me durmieron las manos de la angustia de todo el colegio gritándome marica. Me acuerdo de los profesores, de Don Guillermo gritándoles que se callen, pero ante 400 desgraciados gritando... (entrevista personal, 30 de enero, 2018).

Vaya y venga la montada o, ¡ay, pero fue una vez!, diría cualquiera de nosotros cuando justamente estamos en el nosotros. Pero basta vernos en ese otro instante en que uno está siendo parte de un ellas, marginada del grupo, para saber que hay un operador que va más allá de la montada, uno que suma y quita puntos conforme a si se está en el “nosotros” o en el “ellas”. Y Miguel perdió.

¿Cómo, siendo un perdedor, se le ocurrió a otro amigo de él, Jaime, insistirle en que fuera a reunirse con todos los de su promoción, poco tiempo después de graduados, a la tradición del Moderno (pílese la contradicción) del “chocolate santafereño”? ¿para qué iba a tomarse un chocolate con un montón de “nosotros” que acababan de enterarse de que él se había librado de ir a prestar el servicio militar por declararse abiertamente gay? Como su hermano tiempo atrás, Miguel salió pitado del colegio antes de que empezara la famosa tomada de chocolate.

Sin embargo, Miguel sólo pudo salir pitado material y físicamente. Intentando no tener que volver a saber ni tener nada que ver con el colegio, en su sentir, en sus arterias, habitaba el colegio y lo carcomía. Y ojalá solo en sus arterias: el monstruo invadía hasta sus sueños.

Me gradué de la universidad y me fui a hacer una especialización en Inglaterra, y yo tenía una relación con un hombre mayor que yo, piloto, y mientras yo estaba en Londres él me visitó un par de veces. La primera vez que fue, fuimos a Edimburgo y estando en Edimburgo, nueve años después de graduarme, me desperté con una pesadilla del Moderno, de taquicardia, sudando, de grito, como de película. Entonces este man, que sabía toda mi historia con el Moderno, me dijo: “güevón, usted tiene que resolver esto de verdad, si no le han servido todos estos años de terapia” (entrevista personal, 30 de enero, 2018).

Nueve años después del colegio, trató de sacar a este parásito, investigando en sus estudios de posgrado “sobre el efecto que tiene crecer en una sociedad homofóbica y el desarrollo de un trastorno de estrés postraumático”. Trató una vez más, como trató con numerosas terapias. Y siguió tratando, esta vez de una manera no tan personal y psicológica, sino más social y política.

Regresó a Bogotá, y a eso de los cuatro días ya estaba golpeando la puerta de la oficina del rector del colegio. ¿De quién?, no el mismo que canta y baila, sino el mismo de “la ropa sucia se lava en casa”, el mismo que me dijo que siempre iba a tener un hogar en el colegio y que regresara a buscar trabajo, el caballero.

“Usted es Rueda”, me dijo. Y yo, “sí”. “Claro, usted es el hijo del doctor Eduardo”. Y nos sentamos, me mostró la rectoría... después de media hora de Camilo, de hablar, porque él siempre acaba hablando de él, me dice: “usted tiene una materia pendiente con el Moderno, ¿cierto?”. Y yo: “sí, yo le vengo usted a acá a decir dos cosas: la primera es que yo no le

vengo a pedir trabajo, porque me imagino que usted subiendo a la rectoría esto fue una lluvia de gimnasianos viniéndole a pedir trabajo. Y segundo, yo le vengo a contar mi historia como gimnasiano, le voy a contar lo que me pasó a mí, y muy probablemente me vengo a robar la voz de muchos hombres gay del colegio”.

Y le conté más o menos lo que te acabo de contar pero un poco más detallado, porque lo tenía más fresco. Hablamos más o menos como tres horas. Y me dijo que me pedía perdón en nombre del colegio, y que, porque yo le había dicho que a mí me había tocado odiar el colegio... Yo cuando oigo a alguien hablar del colegio, el Moderno es lo mejor que le pudo pasar, para mí fue lo peor que me pudo pasar, lo peor. Entonces me dijo: “mire, a partir de hoy, las puertas, las ventanas, el techo, del Gimnasio Moderno, están abiertos para usted, porque yo quiero que empiece a querer al colegio”. Lloramos, nos abrazamos, salí yo pues como un pavo real del colegio. ¡Ah!, antes de eso, me dice: “usted es el psicólogo que yo necesito para el departamento de psicología” y le dije: “güevon, ¿qué parte de no vengo a pedirle trabajo no me entendió? No quiero trabajar en el colegio”.

Pasaron un par de años, y me llamaron para ser psicólogo en el colegio (entrevista personal, 30 de enero, 2018).

¿Pueden haber verdades tan disímiles sobre un acto material tan similar? Camilo me dijo, en las pocas preguntas que le pude pronunciar, que Miguel había llegado a pedirle trabajo, pero que le tenía que advertir que era gay. Y que él le dijo que sí, que claro que le daba trabajo sin importar que fuera gay. Camilo, el mismo que le dijo a una bibliotecaria que iba por buen camino porque le gustaba a alguien de alto rango del colegio, el mismo que echó a otra bibliotecaria cuando le denunció a él y a otros de arriba que los estudiantes la habían acosado sexualmente. Camilo, me queda imposible creerle: me quedo con la historia de Miguel.

Y no le creo porque a pesar de ser el típico hombre de “mente abierta”, de una posición política “de centro izquierda”, como me explicó a mí en esa misma oficina alguna vez, es una figura pública que encanta, busca el deslumbre y sobre todo lucha, a diario, por que no salga a relucir la ropa sucia de la oficina. Así, sospecho que cuando sabía que lo entrevistaba para mi tesis rápidamente intuyó que esta historia de Miguel no era sino una prenda cochina por esconder.

La tenía que esconder porque en menos de un mes la comunidad gomela, nuestra comunidad, le iba a gritar a Miguel mientras iba por La Raqueta (sí, por La Raqueta, el centro del centro, el altar gomelo): “¡marica!”. Y ya el señalamiento estaba dado, y ya Miguel estaba otra vez condenado a salir pitado. Aunque logró parar a los estudiantes, esta vez por su autoridad, no pudo parar a los padres de familia, quienes insistían en que Miguel no podía continuar.

Yo le decía a Camilo, déjeme hablar con los papás, es que yo entiendo la ansiedad de los papás. Para ellos debe ser muy verraco que haya un psicólogo abiertamente gay en el colegio. Déjeme, yo les desbarato el mito: “venga, yo no me le voy a comer al niño, a mí no me interesan los pelados, esto no es un sinónimo de pedofilia, venga yo lo instruyo sobre qué significa la orientación sexual y la diversidad sexual” (entrevista personal, 30 de enero, 2018).

Así, de tanto joder y joder, sumado a su poder, Miguel decidió escribir una carta de renuncia, pero Camilo le dijo que no. Dijo, en palabras de Miguel: “yo no le acepto la carta de renuncia porque yo la pelea la doy con usted desde adentro del colegio, yo la pelea no la puedo dar con usted por fuera del colegio; piénselo, váyase para su casa” (entrevista personal, 30 de enero, 2018).

Finalmente, cuando Miguel decidió no renunciar, porque por qué tenía que renunciar, la situación había cambiado: “le toca”, dijo Camilo, “porque los papás y el consejo directivo pidieron su cabeza, o la mía”. Así, otro paréntesis sobre el caballero Camilo: por un lado, quien decide llevar la pelea desde sus ideales políticos, pero, ¿dónde está la práctica, cuando es su prestigio el que está puesto en juego? Y, si era una lucha conjunta, ¿por qué Camilo nunca le permitió a Miguel ese pedido que tenía, de hablar con los papás? Una sola respuesta, resumida y requeterrepetida: “la ropa sucia se lava en casa”.

En ese momento yo le dije no, yo no le renuncio. Usted me bota con una carta, diciendo los motivos por los cuales me bota. “No, yo no puedo hacer eso porque el día de mañana yo no sé usted qué pueda hacer con esa carta”, dijo. “Entonces, ¿qué hacemos?”. Me fui, lloré, lloré, lloré, pero lloré, lloré. Me sentí echado por la homofobia, horrible. El peor de los escenarios de la homofobia que yo había vivido fue uno de los escenarios que nuevamente me tocó volver a vivir: el Gimnasio Moderno, sin ser estudiante, siendo psicólogo y siendo

exalumno, y con toda esta historia y trayectoria de mi familia en el colegio (entrevista personal, 30 de enero, 2018).

Por fortuna para Miguel, encontró una solución. El colegio tiene un supuesto colegio hermano, llamado Gimnasio Sabio Caldas. Lo anterior, en la oficialidad, porque en el año 1999 se inició un trabajo por mejorar la calidad de colegios en zonas marginales de Bogotá a través del modelo de colegios por concesión. En este modelo, básicamente, el Gimnasio Moderno ha de contribuir a mejorar la calidad de educación del Gimnasio Sabio Caldas de diversas maneras.

Pero en la cotidianidad, más que tratarse de un colegio hermano, es el recicladero del Moderno. Allá van los residuos, lo indeseado, siempre bajo la premisa de la caridad, razón por la que Miguel pudo pasar unos de sus mejores años de vida cuando le propuso a Camilo, que parecía estar en un callejón sin salida, la siguiente solución:

Yo había tenido la oportunidad de ir al Sabio Caldas y quedé enamorado en ese año que estuve de psicólogo en el colegio. Yo sabía que allí no había psicólogo, y se me prendió el bombillo, y le dije a Juan Carlos: “no me bote, no le renuncio, pero le abro el departamento de psicología en el Sabio Caldas. Me voy con tres condiciones: me mantiene el sueldo del Moderno, me voy hasta mediodía, y me da para el carro” (entrevista personal, 30 de enero, 2018).

Había otra solución, y era entutelar, y más cuando Miguel ya había hablado de esta injusticia con el exmagistrado de la Corte Constitucional Carlos Gaviria, quien más adelante fue candidato presidencial, pero su imagen y la de su familia se veía amenazada, si no destrozada.

La tutela lo único que hace es que te restituye el derecho... ¿Quién quería seguir trabajando en el Moderno, en este nudo de hijueputas y de arpías? Y yo no quería hacer un escándalo, sobre todo por mi papá, pero, ¿dónde queda el estatus mío como psicólogo que le tocó demandar al colegio para que no lo botaran por marica? Quedo como una loca entaconada, en la mitad de La Raqueta, gritando a los alaridos. Y es que estamos en el Moderno... imagínate dónde hubiera quedado yo.

Los tres años más felices de mi vida laboral los viví en el Gimnasio Sabio Caldas (entrevista personal, 30 de enero, 2018).

Reciclar es ayudar

La caridad es el pilar que sostiene al Gimnasio Moderno. Si le creemos al fundador, desde su fundación misma, en 1914, su sostén económico principal fue la donación. Primero, a través de una sociedad anónima de accionistas que apenas reunió unos veinte mil dólares; luego, una asociación renovada recolectó unos ochenta mil y consolidó al colegio bajo el modelo de fundación, negando la posibilidad de que alguien pudiese ser accionista. Como la plata se iba a toda mecha, las donaciones tuvieron que seguir y seguir, desde sumas montañosas como los cien mil dólares que donó “Don José María Samper”, con nombre y título, hasta las donaciones anónimas de benefactoras y madres, que incluso enviaron sus joyas para salvar a la escuela (Nieto, 1966).

Pero hay más: el cuento de la caridad como pilar o sostén del colegio funciona todavía mejor a la inversa: cuando es este quien da. Dar para recibir, la caridad es acá el disfraz de cordero para el lobo, es la limpieza de culpas y la perpetuación del pan para nosotros y las migajas para ellos. La riqueza económica del colegio se matiza porque, bueno, no dan migajas porque aquello sería muy obvio: dan rodajas para que haya suficiente nutrición, suficiente para que nosotros quedemos como el menos peor de los ricos.

Miremos la vida de Jhon Forja en el colegio para entender esto. Jhon entró a reciclar, y lo sigue haciendo, con su hermana. Le dieron un carro pintado de anaranjado y verde, los colores del colegio, con la máxima “reciclar es ayudar”. Había pasado por una vida muy distinta, y por supuesto exótica, para los estudiantes: la calle fue su primer amor, y acaso lo sigue siendo. Al lado de su madre, que era vendedora ambulante, recuerda con nostalgia ese primer momento a los tres años en que decidió recoger esa colilla que alguien arrojó al suelo: la probó y desde ahí se enamoró de la calle. Miembro de numerosas pandillas, y consumidor de numerosas drogas, a quien el abuso de poder policial le resultó insoportable y se decidió, finalmente, por un oficio menos emocionante que el robo: el reciclaje. Ahí fue donde lo encontró Juan Carlos, el rector, cuando decidió convertirlo en el reciclador oficial del colegio a él y a su hermana. “Se había reformado y había que ayudarlo”, afirmaba él.

Y sí, claro que se le ayudó: recibía la basura gratis de más o menos 1200 personas, pero era eso para nosotros: basura, basura que además el colegio necesitaba reciclar, dentro de ciertas obligaciones sociales que así lo empezaban a demandar. Toda una maroma

cabalresca, porque la maroma no se utiliza para tratar de engañar solamente a las mujeres, el regalo de las basuras a Jhon Forja permitía mejorar la imagen del colegio porque ahora sí se reciclaba, mientras se ayudaba a un supuesto ser miserable, por drogadicto y ladrón de calle, pero ahora enfocado en el camino del bien, y todo por el precio de nuestra basura.

Por supuesto, la maroma no duró por siempre, así que tuvieron que ir haciendo cambios progresivos para seguir apareciendo como el buen pastor: primero tuvieron que contratar y pagarle a Jhon por su trabajo, y hoy en día, siendo el año 2018, se le paga también a su hermana por su trabajo.

Ejemplos de esta índole, en la que hay un supuesto amor al prójimo con tan solo regalar desperdicios, abundan. Recuerdo uno de los más gratos, en el cual el curso que más donara papeles periódicos viejos recibía de premio pizza y gaseosa. Aquella competencia, siempre auspiciada por la fundación Monseñor Emilio de Brigard, “la gestora filantrópica de la comunidad gimnasiana articulando programas de apoyo a la educación, creando bienestar y oportunidades para nuestros grupos de interés”⁶.

Sin embargo, aquellas emprendedoras y diversas actividades que la fundación buscaba se fueron desvaneciendo desde que llegó el Gimnasio Sabio Caldas. Desde este momento, la caridad, que acaso tiene una raíz desconocida que no viene del latín y que probablemente remite al embellecimiento de la cara, se empezó a producir a través del reciclaje de desperdicios, ya no solo entregados a Jhon, sino también a este colegio por concesión, ubicado en la periferia bogotana.

Y es que imagínense la posibilidad de mejorar la imagen con un colegio presentado como el colegio hermano, a través de encuentros ocasionales y culturales que los dos colegios pueden compartir, para que parezca que el colegio ha desvanecido la división de clases y estratos en Bogotá, y acaso también los signos cardinales: sur o norte, no importa: el Moderno ha decidido brindar la misma educación.

¿Que el Gimnasio Moderno va a cumplir 104 años este 18 de marzo del 2018? Perfecto, que haya un partido de integración entre los dos colegios, y de paso metamos a los

⁶ Tomado de: <https://fundacionemilio.com/quienes-somos/>

empleados, profesores y estudiantes en un mismo caldo. ¡Cuál caldo! En una actividad bien novedosa, bien particular, que represente bien lo que es el colegio:

A esta conmemoración asistió toda la comunidad gimnasiana: padres de familia, estudiantes, exalumnos, directivos, personal administrativo, directivos y estudiantes del Gimnasio Sabio Caldas, y los maestros, quienes reunidos como una gran familia, celebraron la creación del colegio [...].

Luego de las presentaciones, se realizó un partido de fútbol entre los Maestros y colaboradores del Gimnasio Moderno y del Gimnasio Sabio Caldas, y los estudiantes de ambos colegios (Gimnasio Moderno, 2018).⁷

Bella ceremonia, sublime humanidad gimnasiana en lo ceremonial, pero permítaseme la intensidad mamona con este tema: ¿qué pasa en el andar cotidiano? Básicamente, que ahora el Moderno ya tiene un lugar en el que puede hasta reciclar sus desechos humanos mientras se vuelve todavía más caribonito a través de este acto.

Así pasó con Miguel Rueda: encartados con un marica en el colegio, un psicólogo que probablemente iba a torcer las sexualidades gomelas, ahí tenían su recicladero al cual mandarlo. O incluso, el Sabio Caldas ha sido la cárcel en la cual se rehabilitan las malas almas del Moderno. Cuando nos encontrábamos en la semestral prueba física, en la cual teníamos que trotar alrededor del colegio, Gonzalo Mallarino (cuyo papá era exalumno y procurador del colegio, y cuyo abuelo era el compositor del himno) quiso hacer fácil lo difícil: entró por la portería de la carrera 11 con calle 76, y cuando estaba por cortar mitad de camino, para salir por la carrera novena, Pedro, el portero, opuso resistencia y se negó a dejarlo salir. No le importó a Gonzalo y salió utilizando la fuerza física. En la siguiente vuelta, Pedro simplemente lo dejó pasar, una y otra vez. Tiempo después, Pedro habló con Jaime, el profesor de educación física, y le contó el suceso: Gonzalo había cortado camino, lo había empujado para salirse.

Qué embarrada, me dijo Jaime:

Ahora yo qué iba a hacer. Tenía que haber sido Gonzalo y no usted, o cualquier otro del curso. Tenía que haber sido preciso el hijo del procurador del colegio. Ni modo. Yo cité a

⁷ Tomado de: <https://gimnasiomoderno.edu.co/feliz-cumpleanos-moderno/>

los papás y Gonzalo fue un caballero conmigo. Me pidió disculpas, dijo que iba a regañar a Gonzalo y explicarle por qué se había portado mal (entrevista personal, noviembre 17 de 2017).

Y se hizo justicia, pero pagaran también justos por pecadores: Pedro fue citado poco tiempo después a la oficina del procurador, quien simple y sencillamente le impartió su condena por haber denunciado la colada y el empujón de su hijo: un año para el Gimnasio Sabio Caldas. Cumplió, fue rehabilitado, y ahí sí reingreso al colegio.

Marcela y Diana sienten que la diferencia entre el Sabio Caldas y el Moderno es evidente en cualquier esfera, menos en la esfera de la carreta. Para ella, por ningún lado se notaba que hubiese un trato igual entre quienes habitan el Sabio Caldas y quienes habitan el Moderno, porque la brecha de estratos económicos sigue articulada en la práctica.

MARCELA: A mí siempre me inquietaba la relación que tenían con el colegio hermano, el Sabio Caldas. La relación con el Sabio Caldas me parecía de caridad. Es como somos hermanos, somos los mismos, pero no son los mismos. Ahí en el día del maestro nos mezclábamos, pero no éramos los mismos.

Hubo una experiencia, creo que en la clase de Segundo, que fue una excursión o una convivencia en la que los del colegio no quisieron darle las manos a los niños de otro colegio. Pero no hubo mayor recorrido a ese tema. Parecía que era un tema únicamente de esos niños, cuando a mí me parecía un tema, lo mismo que el acoso, para hacer una reflexión muy profunda: por qué cuatro niños, o tres, se niegan a darle la mano a unos niños pobres.

DIANA: Esos comportamientos se corrigen desde la sanción, desde la disciplina. ¿Qué le hicieron a los chicos que estuvieron involucrados en la situación [de acoso sexual] conmigo? Los suspendieron tres días del colegio. ¿Qué le hicieron a los chicos que no quisieron dar la mano? Citación a los papás, bajarles en disciplina, no sé qué. Ahí no se está solucionando nada, porque esto no es un tema disciplinar: si tú estás teniendo problemas para relacionarte con alguien de una clase social diferente, hay que ver es la estructura. Pero no, dicen: “Ah, no, es que son las familias, ahí no nos podemos meter”. Me parece que es la de Poncio Pilatos (entrevista personal, 3 de enero, 2018).

El colegio no logra incorporar prácticas en las que realmente se fracture la discriminación clasial. Como en tantos otros escenarios, se lava las manos, o no lava nada asumiendo que

la cara y la ropa sucia provienen es de otra casa. Si hay algo bueno que mostrar, es producto de la educación gimnasiana. Para todo lo demás, existe otro hogar con una familia nuclear, una que produce malhechores irremediables, clasistas.

Pero no es solo clasista, porque como afirma Diana, además de la distinción de clase que evidentemente desarma la supuesta hermandad entre los dos colegios, el color de las pieles es también una marca para lo mismo. Es también racismo.

Excepciones a la regla

Más obvia que la exclusión de las mujeres en el colegio es la desaparición de los negros.

De entrada, podría parecer que no, porque todo el mundo le dice negro a Perea, mi gran amigo con quien compartimos apartamento hoy en día, porque en él confío ciegamente. A fin de cuentas, nos graduamos juntos, somos gimnasianos. Pero entonces: ¿cómo entró el negro, el antimono?

Aquí está en su primera comunión que hicimos juntos en la capilla misma del colegio, supuestamente laico, el 17 de octubre de 1998:



(Foto cortesía de Gabriel Perea, álbum fotográfico)

“La foto no le favorece”, dice un amigo en chiste y con ironía: “él es más negro”. Yo pienso es en que tiene los ojos más claros y que las pupilas dilatadas no permiten que se note eso. “Gabriel”, le escribo casi veinte años después de aquella foto, “mándeme una foto de su ojo por guasap, por favor”. Y entonces me resulta inevitable compararme con él,

mientras miro esta foto que me tomé no hace mucho tampoco, para registrar un percance que tuve:



(Foto digitales, archivo personal. Montaje cortesía de Ginna Ortega)

Ojiverdes los dos, cejas semejantes, y la piel: ¿es acaso posible, realmente, identificar alguna piel como negra y otra como blanca? Lo dudo, y más cuando reviso una foto en féisbuc de otro compañero que se graduó con nosotros, el negro Pérez; la foto es en su cumpleaños de hace dos años, y está celebrando con sus papás:



(Foto de acceso público, tomada del perfil de Pérez)

El Gimnasio Moderno se asegura de prohibir el ingreso de mujeres, explícitamente, pero en el tema racial es simplemente políticamente correcto, y excluye en silencio. Catorce años pasé en mi colegio sin ver un negro en el colegio, al igual que tantas otras personas que pasaron por ahí tiempo atrás. Así, En un mundo de blancos, la racialización del negro sucede a medida que la lupa gomela va encontrando pequeñas distinciones o leves marcas que lo alejan de la blancura.

En el caso personal de Perea, intuyo que su apellido compartido con figuras públicas, pero sobre todo con futbolistas colombianos de quienes se tenía conocimiento, fueron una condición determinante para apartarlo de lo blanco. Y una vez en lo negro, comenzó todo el proceso de estereotipación que desglosa Stuart Hall (2010) en su texto *el espectáculo del otro* (*The Spectacle of the 'Other'*). Según Stuart, estos modos de representar desde el estereotipo a lo negro se produjeron sobre todo en tres momentos:

Hay tres componentes principales en el encuentro de “Occidente” con la gente negra, dando origen a una avalancha de representaciones populares basadas en la marcación de diferencia racial. El primero empezó con el contacto en el siglo XVI entre los comerciantes europeos y los reinos de África occidental que fue una fuente de esclavos negros durante tres siglos. Sus efectos iban a ser encontrados en la esclavitud y en las sociedades post-esclavistas del

Nuevo Mundo. El segundo fue la colonización europea de África y la “rapiña” entre las potencias europeas por el control del territorio colonial, los mercados y las materias primas en el período de “alto imperialismo”. El tercero fue la migración, después de la segunda guerra mundial, a partir del “Tercer Mundo” hacia Europa y Norte América. Las ideas occidentales acerca de “raza” y las imágenes de diferencia racial fueron profundamente formadas por aquellos tres fatídicos encuentros. (p. 424)

Como toda estereotipada de un otro, Stuart considera que la estereotipación de lo negro acarrea la negativización de este para la positividad del que estereotipa. Así, hay un negro asociado a lo natural, al salvajismo, para que lo blanco de inmediato remita a la civilización y la cultura. Y esto se consigue, precisamente, a través del estereotipo: un modo de reducir las características que componen un algo o un alguien y, para colmo de males, chantarlas como características innatas e imposibles de cambiar.

Cuando por primera vez tuvimos que enfrentarnos a la creación de un producto audiovisual, estando en sexto, se nos ocurrió la idea de filmar un cortometraje de acción y, por supuesto, el malo del paseo tenía que ser Perea. Y, con toda la originalidad colonizante, se nos ocurrió la jocosa idea de que él interpretara no solo a un negro malvado, sino que además adjudicáramos su maldad al hecho de que fuera un negro violador sexual.

Dimos en el clavo. Hicimos la máxima del estereotipo: el negro reflejado como el salvaje incontrolable sexualmente, puro impulso natural y nada de cultura. Y es que este mito del negro violador, como si acaso quisiera hace ya mucho tiempo frenar este mito del habitus gomelo del Gimnasio Moderno, lo denunció Angela Davis (2005) en su capítulo *Violación, racismo y el mito del violador negro*. Aquí, Angela muestra todas las repercusiones que este mito produce en los Estados Unidos, y la utilidad de este para mantener el privilegio de los blancos y las clases altas, acaso como sucede en el habitus gomelo.

Sin embargo, se podría pensar en esa expresión que pareciera quitarle cualquier posibilidad de impacto al acto, esa de que “sólo están jugando”, pero, ¿qué hay más serio que el juego, en el cual se sale uno de sí para adentrarse en todo un juego de roles? El juego es acaso un escenario en el que se es posible encarnar prácticas, y acaso irlas habituando al cuerpo.

Curiosamente, a pesar de la intimidad que compartimos, no resultó fácil dialogar con Perea al respecto del tema. En principio, caí también en la suposición de que “era solo un juego”.

Hasta que en uno de esos días de tantos, en los que andamos emputados con el mundo, salió el grito:

Lo de negro... pucha, pues de chiquito sí era una mierda, marica. Yo sí me acuerdo, en tercero, cuarto... era una puta mierda. Yo sufría bastante, porque eso sí lo marginaba a uno un poquito. Yo siempre los veía a todos, todos blanquitos y monitos, y yo como por ser más trigüeño era EL NEGRO. No importaba que hiciera o cómo fuera pero siempre era un pretexto para que cualquiera se pusiera por encima de mí. Al que se la montaban, como por ejemplo Concha, que se la tenían hasta el ano, me miraba a mí como el negro.[...]

Uno se sentía feo todo el tiempo. Yo nunca me sentí bonito ni atractivo ni nada de esas cosas. Siempre crecí sintiendo que los bonitos eran ellos y que eso no era para mí. Me sentía menos, pordebajado y feo, marica. Y son vainas de las que uno no se recupera completamente. La gente me dice que churro, que tan guapo, pero uno no se lo termina de creer (conversación informal, 5 de mayo, 2018).

El más bajo en la escala, el último en la cadena alimenticia, y para rematarlo, el feo:

Igual pienso que fui creciendo, y entonces jugaba fútbol, estaba en el equipo, en el comité, en la banda...Entonces la gente me empezaba a respetar más. Ya el bullying era como con más respeto e igual los más pequeños, aunque saben que uno es el negro Perea, no lo decían con sentido ofensivo. Sí hubo un cambio, entre comillas, de volverse más popular por estar en mierdas del colegio.

Por eso como yo le he contado, ya al final que Mallarino y Botero me la montaban pero con cariño, y eso estaba todo bien para mí. Pero es que mi raye con Martín en parte era que todavía lo seguía haciendo con el ánimo de herir y pordebajearme. Y eso es una cosa que a mí a la fecha me reemputa. Yo creo que por eso no me lo fumé más (conversación informal, 5 de mayo, 2018).

Redención a medias, Perea logra suplir su color de piel adentrándose en tres prácticas decisivas para institucionalizarse como el hombre soñado del colegio: pertenece a un comité, a la banda de guerra y a la selección de fútbol, y acaso es uno de los pocos que logra estar en esos tres roles que lo erigen gomelo. Debería ser el jefe de jefes, pero su piel negra ya le impide toda posibilidad de ascenso.

Pero Perea y yo nos graduamos en el 2007 y ya estamos a 2018; tiene que ser distinto ahora. Interrumpo a Marcela, como buen hombre, porque quiero que me cuente si hay negros o no hoy día en el colegio: nos alejamos del tema y me está diciendo que no sabe dónde están los negros en Bogotá. La interrumpo, le digo que están en San Victorino, que llevan siglos ahí, desde la colonia, mientras los gomelos y extranjeros habitan arriba, en el barrio de La Candelaria, por el chorro de Quevedo, desde hace siglos también, y le pregunto. Le pido disculpas por la interrupción, y responde:

Un colegio racista, claramente. Solamente había un niño negro en el colegio, un niño de segundo. Él era un niño que en el lenguaje pedagógico del Gimnasio Moderno, tenía dificultades con el seguimiento de instrucciones, indisciplina, no sé qué... pero para mí además había un señalamiento particular por ser negro. Yo creo que era un niño igual de indisciplinado a cualquier niño.

YO: ¿Tú crees entonces que a él se le señalaba como niño difícil por ser negro?

MARCELA: Yo creo que sí. Es que yo considero que cuando tú eres negro en un escenario en el que convives con dos mil blancos, no hay posibilidad de que ningún señalamiento que te hagan sea aislado de tu condición de negro. Ningún profesor te lo iba a decir, pero es así de sencillo.

Yo siento que está aún más naturalizado el racismo que el machismo en el colegio. Eventualmente, una reflexión sobre cómo se constituyen las relaciones entre hombres y mujeres, puede darse, pero ningún profesor está preguntándose: ¿qué hace este niño acá y cómo lo estamos entendiendo?

Mi lectura era que era un niño que tenía ciertas dificultades para relacionarse por su disciplina, supuestamente, Pero claro, es que si tú eres un niño criado en ese entorno, inmediatamente tú entiendes que no está normal relacionarse con el niño negro, y por eso pues él tiene dificultades para relacionarse con la gente (entrevista personal, 3 de enero, 2018).

Conecto. El chiste que no se cansaba de contar Martín, sí, el que menciona Perea, un amigo con quien estudiamos y quien recientemente fue nombrado miembro de la Sala Plena para el período de 2018 a 2021, encaja perfecto con la mirada de Marcela. Un negro llega a la universidad a estudiar derecho, y entonces le preguntan: “¿qué rama le gustaría?”. A lo que él responde: “No señor, yo quiero pupitre, como cualquier otro”.

En palabras menos chistosas, todos éramos estúpidos, pero el negro se le adjudicaba una estupidez mayor y permanente por negro. Éramos también lacras en el colegio, porque se nos ha enseñado a comernos el mundo, a que no nos mande nadie porque nosotros mandaremos, y pelietas, porque tocaba hacerse respetar entre hombres, matar o morir. Pero si el negro tiene problemas de disciplina, si le cuesta entender lo que se dice en clase, es por negro, porque él viene de las ramas, de la ardiente selva negra: su entorno no es un aula citadina de la fría Bogotá.

O en palabras de Diana, la amiga de Marcela, estas frías aulas del colegio, con sus ínfulas europeas, reniegan del negro y lo estigmatizan:

A mí me cuesta este tema, porque para mí, viniendo de fuera, era un niño como los demás. Para mí todos representaban otra raza a la mía, entonces, yo creo que puedo compartir el análisis. Lo único que yo aportaría en esto es que yo creo que yo me llegué a sentir privilegiada por ser española.

Entonces, sí había un privilegio hacia Europa. El Gimnasio Moderno siempre mira hacia Europa, es como “somos europeos”, y si somos europeos terminamos rechazando otras cosas que no somos (entrevista personal, 3 de enero, 2018).

Habitar las entrañas del monstruo

El 4 de diciembre de 2016 fue violada y asesinada Yuliana Samboni, a sus siete años de edad, en Bogotá. Tan sólo días después de esa fecha, los medios de comunicación de mayor difusión estallaron y la noticia se divulgó a nivel nacional. Basta utilizar cualquier buscador virtual, escribir el nombre Rafael Uribe, para encontrar no decenas ni centenas, sino incluso mil o cientos de miles de noticias sobre él y por qué lo hizo.

Los antecedentes no podían ser de otra manera, y no lo fueron. Hay tanto por decir y al mismo tiempo tan poco al respecto de él, porque todas las noticias lo van describiendo exactamente como el ideal de hombre de mi colegio. Era exalumno, por supuesto, del Gimnasio Moderno. ¿Futbolista? Claro. Quizá no era el mejor, pero futbolista a fin de cuentas, y qué falta le hacía ser el mejor cuando es (no era, porque el título dura toda la vida) el jefe de la banda de guerra.

El encantador, jovial, el alma de la fiesta, como suelen decir las personas cercanas que lo rodean. De varias novias, porque cómo no enamorarse de ese buen humor, de ese espíritu aventurero reflejado en el amor por la naturaleza. El perfecto caballero que probablemente no escucha reguetón porque es indecente: no por nada le prohibía a sus obreros echar piropos u orinar en otro lugar que no fuera el baño, como señaló una exnovia. El chacho del grupo, que la monta pero que no es pesado, que no se la pasa estudiando pero pasa las materias.

De una familia perfecta, con hermanos, madre y padre: una madre dueña de una constructora, un padre reconocido en el mundo académico de la arquitectura y él, generoso con sus padres, se gradúa de la universidad en la que trabaja su padre para salir a trabajar en la empresa de su madre. ¡Ah! Sin dejar de dar un cursito de arquitectura en la universidad de su papá, ni más faltaba: hay que ayudarles por igual a quienes lo gestaron.

Freno. Este es el lindo de la historia, o el divino, el Tutti Frutti o El Muñeco como lo nombra la escritora Laura Restrepo en su novela más reciente, *Los divinos* (2018). Laura trata de retratar un panorama semejante al contexto socionatural de Rafael Uribe Noguera en esta novela porque no la dejaba dormir el suceso, porque tenía que narrarse un modo de explicar esta situación, una en la que se observaba que: “En un país como el nuestro, donde hemos crecido con la muerte, con la criminalidad, donde conocemos todo eso tan bien, se habían transgredido nuestros propios límites”.⁸

Pero, ¿en realidad se habían “transgredido los límites”, o más bien se había cumplido a cabalidad la doctrina impuesta por el Gimnasio Moderno? Laura describe, como yo nunca lo lograré, las prácticas de este colegio. Si se quiere vivir en carne profunda la forma en que un hombre se hace un hombre y se erige como héroe (publicidad no pagada) hay que leer *Los divinos* (2018). Sientan, en este fragmento, el poder y admiración frente al Muñeco siendo el jefe de banda:

La batuta remolineaba en sus manos en un despliegue de habilidad extraordinaria. Y luego volvía a salir disparada hacia arriba, un poquito más alto. Entre tanto, la bandera patria

⁸ Tomado de: www.eltiempo.com/lecturas-dominicales/entrevista-a-la-escritora-colombiana-laura-restrepo-por-su-novela-los-divinos-205190

pretendía cumplir con su protocolo, buscando presencia, pero nada lograba al lado de la batuta del Muñeco, lanzada al aire contra un fondo de árboles y subiendo más alto que la propia bandera, desluciéndola, empequeñeciéndola, restándole significado.

Va para arriba esa batuta, erguida como un falo y restallando al sol por encima de los tejados, por encima incluso de los cerros orientales que espejean detrás.

Mientras tanto en el balcón, ensombrecidos, el rector y el exalumno esperan una expresión de reconocimiento. Pero nada puede competir contra la batuta absoluta del gran Chuky [apodo del Muñeco], que vuelve a lanzarla más alto, y más todavía, y otro poco, ya rascando el cielo, ya rozando el infarto (p. 39).

Es el gomelo por excelencia: por encima de la nación, de los profesores, el modelo a seguir está en quien porta esa batuta, esa misma que portó Rafael Uribe Noguera, esa que portó Padilla y no González. La batuta dice que arrasemos con el mundo, dice que no nos dejemos de ninguna autoridad, dice, en última instancia, que la libertad que debemos buscar es la de hacer lo que se nos dé la gana sin importar lo que los demás piensen, sientan y o quieran.

Pero insisto: Laura fracasa en dar con la causa de este monstruo. El monstruo es el sano, el normal y quien sigue el paso a paso de la masculinidad ideal en el Gimnasio Moderno. Laura dice en su entrevista que la gente como Rafael “es gente que no crece, no quiere crecer. Parte de la monstruosidad radica en esa decisión de no asumir una vida adulta. Se queda todo en esa etapa de conseguir placer y de aplastar, pasar por encima”. Por el contrario, afirmo yo, crecer en el colegio es justamente llegar a ese monstruo: dejar las piquis y entrar al fútbol, y luego dejar el fútbol para entrar al consumo de mujeres y trago.

Laura dice que no investigó tanto para su novela, pero es que tiene ciertos conocimientos de primera mano que no puede evitar tener presentes al momento de imaginar: conoce ese mundote, su cuñado estudió y trabajó en el gimnasio moderno en un cargo importante, su sobrino se graduó conmigo. Y así, su novela permite ver esos conventículos de élite en los que se forjan estos, no niños, Laura, sino hombres bien hechos y muy derechos.

Y el asunto es que tampoco se trata de conventículos: el monstruo salta a la vista, al menos para quienes habitamos un tiempo en el colegio, pero como es tan normal no logramos verlo, porque creemos que el monstruo es el raro, el anómalo, el que tiene que tener un

defecto mental, un trauma. Y suele ser así en muchos escenarios, pero en este teatro el que esconde traumas, el que lleva del bulto, es el que se salva de la constitución monstruosa que se intenta cincelar en nuestros cuerpos. Ahí están las canciones, el porrismo, la semana cultural, el fútbol, la banda, las rosas y los chocolates que siempre son dulcísimos y nunca amargos; está el profe nuevo chévere de matemáticas que cada vez que la respuesta es ocho él dice, tan chistoso, “agáchese y se lo enclocho”; está el cuidado que hay que tener al momento de pedir la hora para que no le vuelvan a responder, cuando uno pregunte “¿qué horas son?”, “las horas de mamarme el cabezón”, y luego tener cuidado al corregir la pregunta para saber la pinche hora, porque si uno dice “¿qué hora es?”, se viene el “las horas de mamármelo otra vez”, y acaba uno llegando tarde a clase, pero eso es lo de menos: acaba uno acercándose cada vez más al Rafael Uribe Noguera que llevamos dentro.

Recorre obsesivamente en la novela de Laura la pregunta de por qué El Muñeco hizo lo que hizo y el resto no. Laura sabe, por las razones que he mencionado, que todo el contexto está promoviendo esa práctica, pero quiere encontrar esa pequeña diferencia que produjo el acto culminante, el extremo cruento en el que se mezclan todo tipo de poderes y privilegios por raza, clase, género y edad, y es precisamente esa la respuesta: Rafael Uribe Noguera logró adecuarse a todos los parámetros que lo posicionan como el sujeto más capaz de ejercer dominación, como el hombre más hombre entre los hombres.

Los medios buscan y buscan lo raro que tuvo aquel personaje. Se pueden resumir miles de noticias como noticias que buscan resolver la siguiente pregunta: ¿por qué un hombre que lo tenía todo acabó cometiendo semejante acto? Pero la pregunta está mal formulada, porque desconocen que lo que implica llegar a tener todo en el Gimnasio Moderno es justamente lo que produce semejante acto.

Los medios siempre hablan del bueno, el doctor Jekyll, ese que mencioné al principio, para luego encontrar el malo, el señor Hyde, quien tuvo que desatar la violación sexual y el asesinato de una niña. Tenía problemas con “las drogas y el alcohol”⁹, y además ese día “consumió cocaína y opiáceos, que es una familia de medicamentos en las que hay

⁹ Tomado de: <https://www.elespectador.com/noticias/bogota/quien-rafael-uribe-noguera-senalado-el-feminicidio-de-y-articulo-669402>

incluidas otra serie de moléculas"¹⁰. Además, “desde chiquito mostraba conductas anómalas, irregulares, que era una “casha”, que tenía unas tendencias delincuenciales manifiestas”¹¹; desde chiquito, suponen varias noticias, seguramente pasó por traumas psicológicos en los que lo maltrataron, ya que lo que hizo él suelen hacerlo cuando han pasado por “una infancia triste (...) con padres abusivos, negligentes, no comprometidos y ausentes”¹².

El subtítulo de una noticia condensa esta fórmula del bueno y el malo: “Se conocen más detalles sobre la vida del arquitecto señalado de abusar y asesinar a Yuliana Samboní. Lo describen como encantador, de un fantástico sentido del humor, pero impulsivo y hasta grosero.” Y también este fragmento pronunciado por una exnovia de Rafael, acerca de cómo era: “una persona encantadora, con un sentido del humor fantástico y una pasión por la vida que inspiraba a salir corriendo a vivirla al máximo”, sin embargo, “había algo en él que no encajaba. Era como si una parte de su ser se desincronizara del resto”.¹³

Desconfiemos: ¿cuánta gente no puede consumir drogas y alcohol, sufrir de abuso familiar durante su infancia, y sin embargo no comete el mismo acto que Rafael?, ¿de verdad se imaginan, por ejemplo, a una mujer cuarentona con cuatro hijos, bibliotecaria, violando a una niña de siete años, solamente porque actualmente consume trago y cocaína, y anteriormente la golpeaban cuando era una niña?

Monstruos en potencia

Escuchemos, en cambio, estos diálogos durante un almuerzo entre cuatro amigos exalumnos del Gimnasio Moderno. A pesar de que yo le había simplemente pedido a un amigo que utilizara la grabadora para registrar las canciones que vinieran a la memoria de ellos, canciones que hubiésemos cantado durante el colegio, como las que mencioné

¹⁰ Tomado de: <https://www.elheraldo.co/colombia/que-pudo-pasar-por-la-mente-de-rafael-uribe-noguera-309918>

¹¹ Tomado de: <http://www.aldia.co/historias/quien-es-rafael-uribe-noguera-y-por-que-es-importante-saberlo>

¹² Tomado de: <https://www.colombia.com/actualidad/nacionales/sdi/147683/rafael-uribe-noguera-perfil-psicologico>

¹³ Tomado de: <https://www.elspectador.com/noticias/bogota/rafael-uribe-retratado-articulo-669944-0>

anteriormente, mi amigo decidió dejar la grabadora durante todo el almuerzo, y por accidente llegó este diálogo. Casi que sobre decir que, luego de transcribir este diálogo y de mostrárselo a ellos, simplemente les pareció chistosísimo, por decir lo menos, y lo aprobaron dentro de este texto.

Todos pispos, heterosexuales, relativamente buenos para el consumo de trago, de mujeres, y medianamente futbolistas, pues se aseguran una vez al año de reunirse para simular su propia copa Tradición, la que se juega en el colegio contra el Gimnasio Campestre. ¿No les cuaja más que su normalidad y sus faltas de trauma dentro de lo que se entiende como trauma y anormalidad en ese colegio los acerque más a ellos a cometer un acto similar al de Rafael?

(Pedro se va para Barcelona: le salió la maestría en “Marketing”. Se encuentra con Enrique, Jaime y Lucas, para darse un almuerzo de despedida. Están en un restaurante, ubicado en Bogotá, en el Parque de la 93).

PEDRO: Hagan de cuenta que eso no está ahí (la grabadora). Es sólo para la tesis de Pin, para que digan las canciones que se acuerden que cantábamos de chiquitos.

LUCAS: ¡Ah!, ¿y de qué es la tesis?

PEDRO: La tesis es de discriminación e igualdad de género, creo. Sobre dinámicas masculinas vs. dinámicas femeninas.

LUCAS: (ve a alguien en el restaurante) Oiga, ese man era la verga. Es man era contador de *Jerónimo Martins*, era la verga.

PEDRO: ¿Quién?, ¿ese gordito?

JAIME: ¿Gordito, huevón? ¡Ese man es una ballena!

LUCAS: Oiga Jaime, y está juicioso con el ejercicio, lo felicito.

PEDRO: ¿Cuál ejercicio?

JAIME: Estoy haciendo ejercicio, ¿no me ve más flaquito?

ENRIQUE: No, yo lo veo igual, jajaja: ¿A qué gimnasio está yendo, para no ir?

JAIME: (inaudible)... de su puta mamá, cada vez que le voy a dar verga se va.

TODOS: Jajaja.

(Siguen hablando un rato sobre el extraño gimnasio al que está yendo).

ENRIQUE: ¿Y viejitas buenas van?

JAIME: ¡Van unas hembras!

(Empiezan a hablar de la fiesta de despedida y sus detalles).

PEDRO: Bueno, vengan les cuento: a Lucas le presenté a la esposa del man, del futuro, una vieja, una hembra, caleña, una dura, baila buenísimo.

ENRIQUE: ¿No era la cucuteña?

JAIME: ¿Cuál cucuteña?

ENRIQUE: ¿Cómo así que cuál cucuteña, a la que usted le echó los perros?

LUCAS: (en voz baja) Está grabando.

PEDRO: ¡Qué importa, qué importa! Olvídense que está grabando. Es para fines educativos.

JAIME: Marica, qué mamasita esa hembra, güevón.

ENRIQUE: Divina.

JAIME: ¿Qué le dijo?, ¿no le dijo nada de nosotros?

PEDRO: No, nada, ¿qué iba a decir?

ENRIQUE: ¿Dayana?, ¿cómo se llamaba?

JAIME: Xiomara, es que tiene nombre de ñera.

ENRIQUE: Oiga, ¿usted siguió trabajando?

PEDRO: No, renuncié, estoy más feliz que... ¿no se saben esos dichos? No es para la tesis, es para mí. Más feliz que qué... Más feliz que marica con dos culos...

JAIME: Más feliz que dedo que no huela a cuca me lo corto.

TODOS: Jajaja.

(Les están llegando los platos, hablan de lo que suelen pedir en el restaurante).

LUCAS: ¿Oiga, vieron a la nueva novia de Mallarino, o con la que está saliendo?

JAIME: Yo la vi en el matrimonio de Botero, es un cero a la izquierda, cualquier cosa.

LUCAS: Marica pues en la foto salía deli.

JAIME: Venga, ¿y que Rodríguez ya tiene un hijo?

PEDRO: El man embarazó a la vieja, se fue, y volvió.

JAIME: Mucho crack, se ahorró todo ese pedo: “tengo vómito, tengo náuseas”, “vamos juntos a la ecografía”.

JAIME: Estuvo muy bueno, el matrimonio de Harker, en la Hacienda Fagua.

LUCAS: Marica, ¿cómo le dio hasta las dos de la tarde del día siguiente?

JAIME: No sé cómo hice. Nos tomamos, marica, con Beto, una botella de vodka, una botella de ginebra, una botella de vino blanco. De ocho de la mañana a doce del día.

PEDRO: Mire, me voy a ir a vivir con estas dos roommates que me contactaron por el grupo de guasap de la universidad.

LUCAS: Muestre.

PEDRO: Qué voy a mostrar estos dos gurrees.

JAIME: Es bueno que sean feas. Son más limpias más organizadas, son más decentes...

LUCAS: Lo cuidan...

(Empiezan a hablar de un paseo al que fueron hace no mucho tiempo).

JAIME: ¿Quiénes picharon en ese paseo? Picharon hartos, ¿no?

PEDRO: Todos.

LUCAS: Fonseca pichó con esta vieja.

JAIME: Fonseca pichó con un gájaro! ¿Y usted con quién pichó (refiriéndose a Pedro)?
¡Ah! Pues con Coste.

ENRIQUE: Estaba bonita, esa está bonita.

PEDRO: Aguanta.

JAIME: Esa es la más costeña. Es capaz de decir en cinco sílabas “hombre, tú por qué te vas a quitar la camiseta?”, “hombe tú qué te va quitá camisa, ¿vé?”. Oiga, yo no lo supero.

Es mi contraseña de féisbuc. Estábamos con Pedro fumando vareta... Sale llena de sacos y camisas y dice eso.

(Empiezan a hablar de futuros paseos que podrían organizar para más adelante, teniendo en cuenta si deben ir con o sin novia. Luego vuelven al tema del peso y la gordura).

JAIME: ¿Usted cuánto mide? Es que usted es más alto y de pronto por eso no se nota.

ENRIQUE: 1,80. ¿Usted cuándo mide? ¿Usted es más alto?

JAIME: 1,78. Dos centímetros menos pero lo que usted tiene de altura yo lo tengo en el pipí y ahí se compensa. ¡Perdón! (cae en cuenta que la mesera está presente). Jajajajaja. Pensé que estaba sólo. Era un chiste de hombres, tú sabes Nelly, no nos vemos hace años...

ENRIQUE: Oiga, el sábado no puedo llegar temprano porque tengo un asado del cumpleaños de mi hermano y de Lina.

JAIME: ¿Su hermano?, ¿cuál hermano? ¡Ah, su hermano!, ¡el nuevo!

(Hace poco el papá de Enrique tuvo una enfermedad grave, y entonces se descubrió que tenía más hijos de los que Enrique conocía).

JAIME: Es que su papá es un crack. Puta pichón. El gallo del gallinero.

(Se empiezan a despedir. Alguien para la grabadora).

(Conversación, 22 de febrero, 2018).

Hay toda una red que incita a enaltecer unas prácticas y sentires sanos y normales que corresponden con el abaratamiento de ciertos seres. Primero, una gran división de género, en el cual un cuerpo sexuado como mujer pasa a ser un objeto paciente en consideración, una especie de herramienta, para satisfacer el acto sexual. Una vez definido esto, hay que pensar en el componente geopolítico y de clase de este cuerpo femenino, sumado al aspecto físico del cuerpo, para definir su posibilidad de convertirse en algo más allá de un acto sexual de una noche o de un paseo, o si puede llegar a adquirir cierto estatus como pareja sexual.

Presumiéndose tigre contra burro amarrado, toche contra guayaba madura, el hombre sano de la comunidad gomela está listo a dominar a unas más que a otras, pero tratará siempre de dominar. Medirá y devaluará, o devaluará todavía más, el cuerpo del otro: ¿hombre?, sí,

pero ¿realmente hombre: cachaco, blanco, toma trago y come mujeres, pinta, caballero, futbolista, chistoso, con finca, bravo, pilo pero rumbero?; ¿mujer?, uy, y además: ¿costeña o cucuteña, ñera y perra, fea, bocona, vieja, linda pero subida de peso, lesbiana?

El discurso de la dominación así lo legítima, como se observa en este almuerzo, hasta el extremo de que no ofende que uno de ellos se erija como el violador de una de las madres del otro. Y han pasado más de diez años desde que se graduaron del colegio. Les pregunto: ¿de verdad creen que es el trauma y el consumo de drogas y alcohol lo que pudo producir el acto de Rafael?

Algún avispa podría encontrar una excepción a la regla, me podría, por ejemplo, objetar que no he hablado del etarismo, de la discriminación por edad, y que tampoco se ve en los ejemplos enunciados. Y le diría que en algo tiene razón: no pareciera haber un hombre ideal gomelo producido en torno a su deseo sexual hacia niñas como fue el caso de Rafael. El asunto es que esto tiene que ser matizado, ser asunto de caballeros, y sí: mi intuición es que el acto sexual a través de niñas es considerado anómalo. Pero confunde, producen ambigüedad numerosas percepciones: ver la sexualización de las profesoras jóvenes en contraposición de la maternalización de las más viejas, escuchar la chifladera del colegio entero cuando entran mujeres con su uniforme escolar, o escuchar dichos como “si hay pelito no hay delito”, cuando uno duda si quiere meterse sexualmente con alguien más joven, o “si pesa 40 le entra; si pesa 30, se le intenta”.

La piel política elástica, la que pica y repica

Cicatrices

*Un cuerpo es un conjunto de ásperas cicatrices,
una cartografía de líneas que recuerdan
que uno ha vivido tanto como le ha permitido
la vida hasta el momento.*

*Un cuerpo es un estar siempre exhibido,
siempre a merced de todas las miradas,
siempre a juicios, a gustos y a distancias.*

Demasiada presión;

Un cuerpo solo no resiste tanto.

*Un cuerpo solo sólo junta heridas
del tiempo y del espacio que se habita.*

Un cuerpo dice más de lo que calla

*y calla siempre más de lo que dice,
y hay que ponerlo siempre en todas partes,
al cuerpo, acarrearlo como a un muerto
a veces, y otras veces
como a un vivo artefacto en resistencia.
Un cuerpo sabe todo.
Memoriza el pasado de su especie,
lucha por su futuro
y es desde luego el único presente.
Un cuerpo es una herida plural e indivisible,
es una meta, un puente y un abismo,
es lo que hay,
lo que toca.
Lo demás no se sabe.*

Rocío Muñoz

El trauma no es como lo pintan: hay una cierta resonancia en ellos, una suerte de vulnerabilidad que nos invita al eros y por ende puede producir la lucha vinculativa. En mi caso, la dicha que me incorporaba en la comunidad gomela, lograda a través del fútbol, de ser el chico rebelde, me duró más o menos hasta que de mi piel emergió pus para combatir esa gomelería.

Piel afectiva áspera y contaminada, la principal productora de estas páginas: envoltorio de 29 años de recuerdos, sale en busca de los dedos que han sido puestos sobre sus llagas y se niega a la adhesión gomela: habla, hablo, porque soy cuerpo y piel, pero mi piel ama y mi cuerpo no.

Que hable la piel, si acaso no es quien ha hablado a través del contacto amoroso con otras pieles: me interesa ver las posibles resonancias que pueda tener en el sujeto masculino una piel granosa. En el mundo-imagen contemporáneo que habito parece ser que los hombres deseados podemos ser sapos, mientras que las mujeres han de ser princesas; las actrices famosas deben tener cuerpos esbeltos y los hombres pueden ser gordos, pero lo que no está permitido para el hombre es ser un sapo gordo con granos en la piel. De ahí mi interés por reconocer qué articula una piel áspera bajo una estética dominante que la estigmatiza, cobijada por el discurso de la medicina alopática noratlántica.

El estudio de la piel ya es un tema trillado en las ciencias sociales y humanas. Se sigue, con toda la razón y el sentir, explorando las racializaciones que se forjan a través de las pieles. Sin embargo, este estudio parece estar monopolizando la posibilidad epistemológica de la

piel al momento de entender su complejidad social, tendiendo a subsumir sus cualidades, o acaso sus potenciales, al esencializarla como pigmento. Quizá la reciente oleada de feminismos, enfocados en el estudio de lo gordo, ha comenzado a reconocer otras cualidades de la piel, como lo pueden ser las articulaciones que puede generar una piel abundante o suelta al momento de devenir un cuerpo mujer.

Por consiguiente, quisiera aliarme al feminismo, al feminismo gordo, en este caso, dando mi perspectiva sobre una piel granosa. La revolución masculinista, como lo he dicho anteriormente, debe abogar por aliarse al feminismo, y ser esa otra cara de la moneda en la que se visibiliza lo que implica constituirse y ser definido bajo una identidad corporal masculina, enfocándose, sobre todo, en las ventajas de aquello.

Estirar y arrugar la piel

Siendo así el asunto, creo que vale la pena abordar esas otras posibilidades políticas de la piel. Aquella, hoy en día, no puede ser un mero órgano inepto, coloreado: se fija y se estira, se exhibe a los ojos para ser vista pero también se aproxima a lo ajeno para mirar, con su tacto. Es acaso una frontera, un espacio liminal, intersticio entre el sujeto y el mundo, y mapa en constante trazo, como lo articula David Le Breton (2010):

A pesar de no ser más que la superficie, la piel es la profundidad figurada de sí mismo, ya que encarna la interioridad. Al tocarla, tocamos al sujeto en sentido estricto y figurado. La piel es el eterno campo de batalla entre el sí mismo y el otro, y sobre todo del otro en sí mismo: la relación del mundo de cualquier hombre es una cuestión de piel, y de la solidez o no de su función contenedora. [...] La piel conserva, como si se tratara de archivos, las huellas de la historia individual, como un palimpsesto del cual sólo el individuo posee la clave: cicatrices de quemadas, de heridas, de operaciones, de vacunas, de signos gravados, etc. [...] Las marcas corporales son contrafuertes de la identidad, maneras de marcar límites sobre la piel. O a la inversa, encierra al sujeto en una identidad insostenible, de la cual desearía liberarse (p. 72).

Cuando por primera vez fui concienzudo con la piel, fue cuando la mía empezó a sobresalir. De repente, su aparente cualidad neutra, de piel blanca, impermeable y portadora de un cuerpo común y corriente, empezó a liberar numerosas, casi infinitas, protuberancias, granos con puntas blancas y negras, o granos sin puntas, de distinto grosor y altura.

Curiosamente, un texto literario, la novela autobiográfica *La senda del perdedor* (2001), escrita por Charles Bukowski, puede quizá resultar el mejor reflejo para expresar ese momento de hacerme concienzudo con la piel. Esto dice Charles (2001) en el capítulo 28 de su biografía:

La adolescencia me sobrevino repentinamente. En el 8° grado, a punto de alcanzar el 9°, estalló el acné. La mayoría de los chicos lo padecían, pero no tanto como yo. El mío fue realmente terrible. Era el peor caso de la ciudad. Tenía granos y erupciones en toda mi cara, espalda, cuello e incluso en mi pecho. Me aconteció justo cuando empezaba a ser aceptado como líder y chico duro. Yo todavía era un duro pero ya no era lo mismo. Tuve que retirarme y mirar a la gente desde lejos, como si estuvieran en un escenario. Sólo que ellos estaban en un escenario y yo era el único espectador. Siempre tuve problemas con las chicas, y con el acné se convirtieron en imposibles. Las chicas eran más inaccesibles que nunca (p. 119).

Curioso, insisto. Charles, lejos de mí en tiempo y en espacio, y sin embargo él y yo, tan parecidos. En el año 2004, me encuentro cursando el grado 8° en un colegio bogotano, de clase alta, exclusivo para cuerpos hombres, y aunque desde los doce ya mi piel está siendo sometida a tratamientos dermatológicos, es en octavo, a los quince, cuando pum, mi piel emerge y pierde su apariencia neutral. Al igual que Charles, grano a grano, me convierto en la persona más purulenta de mi universo, y así empiezo a perder mi privilegio como macho alfa, adquirido por ser el chistosito, el matón y un buen jugador de fútbol.

Y es que octavo exige otras prácticas para articularse hombre. La masculinidad dominante ya no se erige únicamente con el fútbol, el humor y el matoneo; exige salir del aislamiento del colegio para hacernos hombres con la práctica, y el éxito, claro está, del cortejo de mujeres. Así lo visibiliza Mara Viveros (2002), al estudiar la masculinidad por distintas regiones de Colombia: “desde temprana edad, los jóvenes aprenden de sus pares que el más hombre es el que puede jactarse y demostrar ante su grupo de pares su poder de conquista sexual y el que está siempre listo para participar en fiestas, tomando, bailando y demostrando sus habilidades físicas, principalmente” (p. 22).

Pero en ese entonces, mi piel se rehúsa a dar ese paso. Lleva ya cuatro años paseando por distintos consultorios, y en cada consultorio le sucede lo mismo una y otra vez: un esquema que la ensucia, enferma y abyectiza, progresivamente.

Miro mis historiales clínicos, aquellos que, como los define Gilma Ríos Peñalosa, son “un documento que consigna el curso de la enfermedad y por ende del estado de salud en la vida de un individuo. Luego las personas que aparecen en sus relatos son en principio enfermos, reales o imaginarios, poco importa” (2016, p. 139). Y así soy. Afuera de esa historia, me recuerdo afuera de mi casa todo el tiempo, trotando y practicando numerosos deportes, bajo sol y lluvia sin la menor molestia: cada vez soy más fuerte, troto más tiempo y más rápido (nunca volví a correr la media maratón de Bogotá, 21 kilómetros, tan bien como en esa época granosa), mejoro en baloncesto, voleibol, fútbol y hasta en pinpón. Cuál gripa ni qué nada. Pero en esa otra historia, devengo enfermedad, emerjo pus, me meto el dedo en mi casa para vomitar y decirle a mi familia que no puedo ir al colegio, pero la realidad es que ese día mi piel amaneció peor, porque siempre amanece peor.

Recuerdo que de uno a otro dermatólogo, el proceso de abyección de la piel siempre fue el mismo. Primero el jaboncito, el que le advierte a mi piel leves impurezas, contaminaciones listas a ser curadas bajo el ideal de la limpieza. Luego sigue la crema no tan fuerte, porque mi piel ya no está simplemente sucia, sino enferma. Pero no está enferma, sino severamente enferma, por lo que sigue la crema fuerte, que sí arde, que quema y pone rojo, mezclada con pepas. Y por último, porque sé que no será suficiente, se me receta una fórmula magistral: sin dejar las pepas, entro ahora a un extraño ungüento que tarda días preparándose en un laboratorio, llega luego a mi apartamento con una etiqueta en la que aparece mi nombre: es la loción elaborada a imagen y semejanza de mi piel, porque no hay piel tan enferma, tan abyecta, como esta.

Se trata de cuatro años de mi vida en un círculo enfermizo que enferma y abyectiza, y de la mano, la bondad de la familia y los amigos inventando la enfermedad cada vez que me ofrece curas adicionales a las que ya el médico me ha recetado. Una noche es panela triturada y remojada sobre la cara, la siguiente es crema dental encima de cada grano, otra noche que nunca llegó debieron ser mis propios orines, y otras veladas fueron menjurjes que ya probablemente no quiero recordar.

Cuatro años en los que lo médico, familiar y amistoso se melcocha, unas veces para aliarse y otras para disputar, al respecto de las prácticas que debo llevar a cabo para “el cuidado” de mi piel. Primero, toda una teoría del color en la cual nunca hay que espichar los granos, o sí, pero solo los negros, las espinillas, o los blancos, pero eso sí espichando hasta el fondo, hasta que salga líquido transparente, pero los rojos grandes, los barros, dejarlos quieticos. Segundo, la teoría de la práctica deportiva, ya que es mejor que no haga tanto deporte porque sudar irrita la piel y produce más granos, o sudar mucho porque abre los poros y se disminuyen los granos, pero, y esta es la tercera, limpiarse siempre, porque la mayoría de los granos que tengo es por mis hábitos de higiene, por no lavarme la cara con jabón, ¡ah!, pero no cualquier jabón, porque la piel se reseca y eso también se ve feo (pero, ¿cómo así?, ¿es un tema de enfermedad o de fealdad lo de mis granos?). Y por último, la culpa de mi boca, glotona, heliogábala: comer no tiene nada que ver con la epidermis, pero puede que ciertas grasas promuevan la erupción, o no, las grasas no están relacionadas con el acné, si acaso el alcohol y el picante. ¿Al fin, qué?

Cuatro años en los que mis oídos se aburren mientras oyen lo que dicen los profesores, pero mi piel, mientras tanto, se estremece ante el sonido de los estudiantes, que repiten y repiten que parece una “mazorca”. Y por fuera del aula, en un paseo, o en un partido de fútbol, resuena en mi piel un “Freddy Krueger”, un “Granola”, o el sonido más sórdido: el silencio que guardan mis amigos más cercanos, porque el comentario se pasa, estuvo pesado, puesto que sí, tener esa cantidad de pus es un estigma social.

En el cuento “La noche de los feos”, el narrador, feo, afirma que posee unas antenas que están “particularmente adiestradas para captar esa curiosidad enfermiza, ese inconsciente sadismo de los que tienen un rostro corriente, milagrosamente simétrico” (Benedetti, 1970, p. 262). Las mismas antenas sentí que adquirí yo por ese tiempo, pero no me hizo falta tenerlas cuando surgió el acontecimiento que todavía hoy, mientras escribo estas palabras, sobrevive, intacto y puro: ¿cómo olvidar la mirada, en apariencia inocente, pero realmente juzgante por estar todavía en ese momento sin filtro en el que no se sabe ser políticamente correcto; esa mirada atenta y prolongada de una niña que le pregunta a su madre: “¿por qué tiene él eso en la cara?”?

Por eso mi piel se niega a apostarle a la masculinidad gomela. Por todo lado está enferma, es rara y yo me ayudo a perpetuar esa rareza: me hago el enfermo para no tener que ir al colegio cuando siento que tengo muchos más granos, busco el amparo de la oscuridad y la distancia de ojos ajenos, pero ya no hay salida; aunque mi alrededor pase a veces días enteros sin dar importancia a mi purulencia, mis ojos son los que más condenan a mi piel.

En el mundo-imagen contemporáneo, globalizado, con su expansión tecnológica y audiovisual, el cuerpo se articula crucial como objeto de consumo y deseo: en constante imperfección, feo y envejecido, pide consumir, en aras de alcanzar un inexistente cuerpo cuyo supuesto origen es la región noratlántica del mundo. Y la piel, que exterioriza potencialmente nuestra corporalidad, e incluso nuestra alma, si es que todavía aquello existe, está más expuesta que el resto de las partes del cuerpo a ser juzgada y tratada.

Y como afirma José Jorge de Carvalho, ya el agudo análisis de Frantz Fanon sobre el deseo de la piel negra, la colonizada, por portar una máscara blanca ideal que simule la piel del colonizador, es ahora tan compleja que hasta las pieles blancas anhelan esa máscara:

Actualmente, sin embargo, se incrementa una cierta patología de incomodidad generalizada en la propia piel, no solo entre los no-blancos sino también entre los blancos, en la medida en que el patrón fenotípico hegemónico es altamente excluyente. [...] es esa incomodidad que induce a las personas —prácticamente en el mundo entero— a promover intervenciones cada día más radicales, dolorosas y agonísticas —dada su incapacidad, *a priori*, de resolver el autorrechazo corporal que pasaron a sufrir— en el propio cuerpo (2008, p. 86).

En esta puesta en escena es que, como he dicho antes, mi piel se abyectiza, se llena de asperezas, con espinillas, granos y barros. En la actualidad, Julia Kristeva (1998) señala como elementos abyectos del cuerpo los orificios, aquellos que menstrúan o producen excremento, o los que se asemejan al excremento, como la infección. Así, aunque Julia no lo tenga en cuenta: ¿qué más abyecto, entonces, que la infección en la piel, capaz de amenazar al conjunto social con numerosas emergencias listas a liberar material infecto, en todo momento y a todas horas?

La pepa bendita para poder dar la cara

Todavía hoy tengo la posibilidad de emerger pus en cualquier instante, pero hubo un momento en que se acabó el ciclo jarto de pasar de una medicina a otra y finalmente empezó a disminuir la cantidad de granos que caracterizaban mi piel. Ya llevaba alrededor de un año con un reconocido dermatólogo bogotano, Juan Guillermo Chalela, cuando entre él, mi papá y mi mamá, pero sobre todo mi mamá, tomamos la decisión de que yo tomaría la pepa con la sustancia de la isotretinoína, llamada Roacután.

La pastilla siempre la habían ofrecido los dermatólogos como la mejor cura: “el Roacután es tan efectivo para el acné como lo es la insulina con la diabetes; solo se han inventado dos remedios así de efectivos contra una enfermedad”, dijo Juan Guillermo alguna vez, y menos idílica no fue la versión que dieron otros. Sin embargo, mi mamá y mi papá siempre se abstuvieron, hasta que pasamos casi un año intentando otras medicinas que recetaba Juan Guillermo.

Para mi papá el acné no era propiamente una enfermedad, o de serlo, no merecía la toma de una pastilla como el Roacután, por motivos que explicaré más adelante. En su adolescencia, según me cuenta, él llegó a tener los mismos granos que yo, pero su masculinidad nunca se vio afectada por el acné: su caso no era exagerado para él, a diferencia mía que sentía que únicamente una persona en el colegio poseía esa cantidad de granos, y tuvo que enfrentar otros problemas más serios, como ser bueno bailando y jugando deportes, así como ser capaz de aguantar trago. Recuerdo que cuando llegó el momento de la decisión, mi papá se mantuvo reacio a que yo ingiriera esas pastas. Confundido porque yo estuviera interesado en tomarlas, me preguntó, con bastante rigidez: “¿es que acaso te sientes repugnante por los granos?” Le respondí que sí, y dijo: “Okei, entonces toma las pastillas”.

Anacrónico, mi papá no podía reconocer el modo en que el acné se ha ido constituyendo como una enfermedad en la actualidad, la cual cada vez más incorpora el concepto de estética y de belleza como un determinante de lo que es considerado un cuerpo sano. Para mi mamá, en cambio, más allá de si el acné se tratara o no de una enfermedad, definitivamente estaba afectando mi calidad de vida:

Con Chalela tratamos muchas cremas, antibióticos, etc... pero no funcionó. Finalmente, él me dijo que usáramos el Roacutan porque era un acné severo que podría dejarte huellas. De hecho, ya te había dejado unas y que **era más peligroso una depresión por verse feo, cuando los demás no eran así, que una posibilidad de algo que no le ocurre a todas las personas y que no está comprobado**. Tal vez lo que me impulsó a seguir el consejo del doctor es que como tu espalda se brotaba terriblemente, **ya no te quitabas la camiseta para los paseos de piscina porque no quería que te vieran así** (entrevistas personales, septiembre, 2016. La negrilla es mía).

Así, por un lado, la prevención de todas nosotras, mamá, papá y yo, porque como dice una canción de salsa, “la cura resulta más cara que la enfermedad”. El roacután, encontraba en gúgol mi mamá, podía producir pérdida de crecimiento, malformaciones congénitas en futuros hijos, graves daños hepáticos y un montón de cosas que ya no recuerda. Pero basta echar hoy una mirada a gúgol, nuevamente, o revisar los efectos secundarios del medicamento, para encontrar ese otro montón de cosas, pero intento aquí resumirlas, partiendo tan solo de unas pocas de las muchas “reacciones adversas” que ofrece la caja y el manual de instrucciones del medicamento mismo¹⁴, en los siguientes diez numerales:

- 1) las mismas que producen quienes toman dosis muy altas de vitamina A: resequedad en la piel, los labios, fosas nasales, faringes y ojos.
- 2) Trastornos de la piel, como hipersudación, dermatitis facial, alopecia, fotosensibilidad, reacciones fotoalérgicas y fragilidad cutánea.
- 3) Trastornos del aparato locomotor, como dolores musculares y articulares, así como alteraciones óseas, como la calcificación de huesos y tendones y la disminución de la densidad ósea.
- 4) Trastornos psiquiátricos y del sistema nervioso, como depresión, intento de suicidio, convulsiones.
- 5) Trastornos de los órganos de los sentidos, como dificultad de los ojos para ver de noche, una visión borrosa en general, cataratas, queratitis, conjuntivitis.

¹⁴ En el siguiente enlace se puede apreciar el manual mencionado:
https://www.ministeriodesalud.go.cr/empresas/bioequivalencia/prescripcion_productos/ROACCUTANE/DRP_IS_INS_Roaccutane_20mg_CAPS_VENE2013.pdf

- 6) Trastornos gastrointestinales, como diarrea grave, náuseas, colitis, ileítis y hemorragias.
- 7) Trastornos del hígado, como hepatitis.
- 8) Trastornos respiratorios, como broncoespasmo.
- 9) Trastornos hemáticos, como trombocitosis o anemia.
- 10) Otras reacciones varias, como vasculitis, reacciones alérgicas, hipersensibilidad general, y, para terminar: “Particularmente entre personas que llevan a cabo una actividad física intensa se han notificado casos graves de rhabdomiólisis que con frecuencia requirieron hospitalización y algunos con desenlace fatal”.

Como venía diciendo, por un lado este chorro de enfermedades, de posibles daños físicos, emocionales y corporales que la pepa puede producir, pero por el otro, la enfermedad social si sigo teniendo granos, la que va a condenar a futuro: como dice mi mamá, una serie de huellas, de huecos que el acné me va a dejar, la que ya desde los doce años me reprime de exhibir mi espalda en público. Pero en realidad no se trata de mi espalda únicamente, ya que esta al menos puedo cubrirla con una camiseta, y vivo en Bogotá, una ciudad en la que solemos estar cubiertos con camisetas la mayoría del tiempo; el gran estigma es mi cara, la que Juan Carlos Martínez, otro dermatólogo reconocido en Bogotá, me definió de la siguiente manera: “hay que cuidar la cara porque es todo lo que tenemos. Para todo tenemos que mostrarla: para enamorar a una vieja, para una entrevista de trabajo... para todo hay que dar la cara”. La cara que todavía hoy prefiero no mirar en el espejo, a menos que haya poca luz en el recinto, la que todavía hoy no quiero que nadie vea de cerca y mucho menos con luz blanca, la última parte de mi cuerpo que dejo que otra persona toque.

He ahí el Roacután, la droga más explícita para visibilizar que mi enfermedad no era corporal sino social. Puede haber una depresión por la composición química de la isotretinoína, pero mayor es la depresión por feo, por no poder incorporarme al trayecto de la normalidad. Con Roacután no hay salud, pero sí dinero porque me irá bien en una entrevista de trabajo, y sí hay amor, porque podré enamorar a una “vieja”, no a una joven, pero por lo menos sí a una mujer vieja. Sin Roacután, en cambio, no hay dinero ni amor, y aunque hay salud, me veo enfermo.

Y aunque lo anterior lo he dicho con ironía, por la rabia que me produjo en aquel entonces el comentario de Juan Carlos, algo de cierto había en su enunciado, tristemente. Mi primer beso en la boca con una mujer, y mi primera relación de pareja con una mujer, que duró cinco años, sucedió únicamente después de que “se me limpió la cara”. Y todavía hoy sospecho del privilegio que tengo cuando en una entrevista de trabajo la gente se enfoca en mis ojos verdes y ya no en mi piel granosa.

Dentro de los argumentos, racionales y sentimentales, que Juan Guillermo brindó para que decidiéramos que yo tomara la pasta, el que más nos empujó fue el siguiente, que en este momento no puedo reproducir literalmente, pero iba algo así: “Yo les di a mis hijos Roacután, y a ellos no les pasó nada... eso sí, tocaba estar haciéndoles exámenes de sangre regularmente, para revisar sus niveles de colesterol. Y nunca se pusieron tristes, ni se deprimieron. Deprimidos estaban antes, cuando tenían muchos granos”. De esta manera, Juan Guillermo nos proporcionaba la confianza de que él mismo había optado por la salud de sus hijos, a quienes asumimos que amaba, dándoles la pastilla, y brindaba tranquilidad a mis papás de que estaban tomando la decisión correcta sobre el cuidado de mi cuerpo. Además, Juan Guillermo, de manera semejante a como lo dijo Juan Carlos, denunciaba nuevamente que tener granos produce una depresión por lo que implica socialmente tener granos, lo cual también motivó la decisión.

Una y otra vez, mi doctor afirmaba que mi cuerpo se enfermaba más por el estigma social que por el efecto químico. A diferencia de las personas (que han sido muchas) con quienes he tomado una cerveza o un café y he aprovechado para preguntarles por el Roacután, a ellos la retórica médica les prohibió por completo que tomaran alcohol durante el tratamiento, mientras que Juan Guillermo me decía que podía tomarme mis traguitos, porque era peor para mi hígado el estrés de no poder tomar en una fiesta con los amigos, y que me la montaran, que el efecto del alcohol sobre mi hígado. Mientras que a estas personas se les advirtió que tenían que tomar una pastilla con cada comida, yo me zampaba las tres al desayuno porque, otra vez, mi médico decía que era peor el estrés de ir cargando con las pastillas todo el día que el efecto químico de ingerir las tres de una vez.

Y así empezó el tratamiento. Luego de un año largo de pasar por el proceso de abyección previamente mencionado, por el que pasaba con cada nuevo dermatólogo, el

29 de octubre de 2004, a las 6:47 pm, arrancamos con la bendita pepa, hasta que terminamos el tratamiento el 1 de junio de 2006, casi dos años más tarde. Tuve suerte, porque del listado que puse tan solo conservo unos pocos efectos adversos: la piel reseca, la pérdida del crecimiento (no crecí ni un centímetro desde aquel 29 de octubre) y, quizá, la alopecia. Claro: hasta ahora tengo 29 años, y es difícil determinar la posible afectación de este medicamento a más largo plazo.

Otra es ya la historia que han padecido otros hombres. Por ejemplo, tal cual como lo vaticinó mi médico, yo sentí más la depresión antes que después de tomar el medicamento, pero varias personas me han indicado acerca de la tristeza que sintieron mientras tomaban pastillas y, una vez más, basta una rápida búsqueda en internet para encontrar numerosos testimonios. Pero quizá uno de los casos más dicientes y que han causado más controversia frente a los efectos psicológicos de la isotretinoína ha sido la denuncia efectuada por Piedad Bonnet, una escritora bogotana quien sufrió la muerte de su hijo que decidió suicidarse en el año 2011.

Piedad publicó en el periódico bogotano *El Espectador*, en el año 2012, un artículo de opinión en el cual argumentaba que, aunque no podía afirmar rotundamente que el Roacután fuera la causa principal del suicidio de su hijo (por miedo a ser demandada por las multinacionales encargadas de comercializar el fármaco), le resultaba muy sospechoso el hecho de que justamente un mes después de tomarlo él hubiese entrado en una depresión grave que luego pasó a producir otras complicaciones mentales en su hijo y un episodio psicótico.¹⁵

Y mientras me rasco la cabeza a ver si la fricción de mi mano con ella produce el final de este subcapítulo, suena en otra canción de salsa la siguiente frase: “no te dejes confundir, busca el fondo y su razón. Recuerda: se ven las caras, pero nunca el corazón”¹⁶, y parece hablarme. Lo que he venido intentando entender y expresar con lo de la bendita pepa es eso, que hay algo muy podrido, y no nos deben confundir las caras lindas que producen las pepas: hay todo un entramado social, una construcción profunda de una fealdad que

¹⁵ En este enlace se puede leer el artículo completo: <https://www.elespectador.com/opinion/dudas-que-matan-columna-390182>

¹⁶ Frase de la canción “Plástico”, incluido en la producción *Siembra* del 1978.

abyectiza, produciendo asco sobre lo granoso. Y de la mano, va una industria médica que perpetúa y reproduce esa fealdad, enfermando la piel para luego brindar un cura sin importar el precio que pague el cuerpo, incluso si el precio mismo es que el corazón deje de latir.

Espejarse

*Ay, dicen que los hombres no lloran
y eso es una pura mentira.
Lo que pasa es que los hombres
lloramos por dentro.*

“Nostalgia”, Ángel Canales

He pasado la mayoría de mi vida sin mirarme en los espejos, sobre todo en los de cristal porque siempre me refleja, granoso, arrugado, escarapelado, rojo, y de la mano me viene mi propia estigmatización, miradas juzgantes o miradas desviadas de fantasmas que me constituyen feo, repulsivo y finalmente abyecto. Pero también me he asegurado de evitar otros espejos, de seres humanos, acaso porque comparto, para no caer en dramatismos, la frase que aparece en el famoso principio de *Annie Hall*: “Yo no quiero pertenecer a ningún club que me tenga como miembro”.¹⁷

Pero cuando entonces me aventuré a espejarme con otros cuerpos masculinos y granosos, a buscar reconocermes en ellos, descubrí que ninguno de nosotros queríamos ver nuestro reflejo. Como lo dice el fragmento de Virginie citado en la introducción, parece ser que los hombres hablan un jurgo, pero entre más hablan menos contenido producen sobre sí mismos. Pero en el caso de las personas con un caso de acné severo en su adolescencia, me encontré con espíritus todavía más reacios: que sí, que hablábamos, pero otro día, que mañana, que pasado, que esto y que lo otro, y cuando finalmente concretábamos unos breves momentos para charlar, era poca o ninguna la introspección que se generaba.

Por fortuna, ya que un cierto vínculo afectivo nos acercaba, tuve la oportunidad de reflejarme con Mateo y Diego. Y digo por fortuna porque Mateo siempre fue la persona con la que más quise hablar sobre el tema de los granos desde que empezó esta suerte de

¹⁷ Frase de la película de Woody Allen estrenada en 1977.

autoetnografía. Él era el único del colegio que tenía un cuerpo, y sobre todo un rostro, repleto de granos como yo. Siempre lo imaginaba como un posible amigo, un aliado con quien pudiéramos, por cursi que suene, soportar las penas juntos. Por esta razón, me alegré en secreto cuando entró a nuestro curso. Había perdido el año y ahora tenía que repetir grado noveno con nosotros. Lo vi sentarse en una esquina y quedarse callado. Pensé que necesitaba alguien que entendiera su molestia con los granos y que yo era la persona indicada.

Pero nada sucedió así. Primero, porque para los dos nunca fue cómodo hablar del tema. Lo malo de sentirse anormal es que otro anormal tan parecido refleje nuestra imagen, y con este reflejo tiende a potenciar nuestra anormalidad. Así que nos limitamos a una conversación funcional: saludo y despedida, pedir un esfero, lápiz o borrador, preguntar qué había de tarea y, si alguno la había hecho, prestarla para que el otro la copiara.

Sin embargo, la presencia más cercana con Mateo me empezó a cuestionar qué tan grave era tener granos. Al poco tiempo me di cuenta que él socializaba mucho más que yo: varios compañeros de mi curso lo conocían porque se habían encontrado con él en fiestas a las que yo nunca iba. Además, mientras yo le tenía pavor al encuentro con mujeres porque sentía que ellas iban a sentirse más asqueadas por mi piel que mis amigos, y jamás me había siquiera besado con una, él ya había tenido novia, actos heterosexuales y, mejor todavía, amigas.

Luego de ver a un Mateo muy distinto al que yo me imaginaba, empecé a notar que de donde más provenía la discriminación y la exclusión era desde mi cuerpo. Creí racionalizar que mis granos no afectaban. Sin embargo, el cuerpo no pudo evitar moverse hacia el baño más cercano para llorar de la rabia, por envidia, por impotencia, cuando después de unas vacaciones Mateo había llegado con la piel sin un solo grano. La vi suave, limpia. “La piel le quedó perfecta”, le solían repetir quienes lo conocían de antes, como también me lo empezaron a decir a mí un año más tarde, aproximadamente.

Cuando empecé a retomar el contacto con Mateo a través de féisbuc el año pasado la conversación fluía: hace ya más de diez años que nos habíamos graduado y nuestras vivencias posteriores eran numerosas. Sin embargo, entre más le contaba sobre mi tesis de maestría, sobre mi interés en hablar de los granos, el silencio empezó a reinar y la sed de

tomar cerveza juntos se fue disolviendo. Tan triste fue la cosa que cada vez que nos reunimos la bebida fue el café y durante instantes diuturnos, más agradecido le estoy por su confianza y su esfuerzo de rememorarse en la epidermis durante esas dosis de cafeína. Ahí van unas pocas palabras desde mis manos, agarradas a mi interés y conmoción (lo que va en comillas son palabras tal cual las dijo, sin el tono, lastimosamente):

Pin, quiubo, qué más qué cuenta... Sí, yo me acuerdo que me contó por féisbuc lo de los granos y su tesis, en la Javeriana, ¿cierto?... Sabe que le he echado cabeza y a mí no me afectó tanto. Lo de las pepas, pues no pude tomar trago por año y medio, lo que duró el tratamiento, porque afectaba el hígado. No sé si sea directamente por eso, pero a mí me dan a veces unas gastritis, y yo no sé, yo creo que sí es por las pepas que me jodieron el hígado. Pero de resto nada más. Eso que usted me dijo de la depresión yo ni sabía que era un efecto de esa vaina. De pronto a mis papás sí leS dijeron pero, para que yo no me sugestionara, nunca me dijeron. Y a mí nunca me dio depresión ni tristeza ni nada.

Lo que sí me acuerdo es que era carísimo, eso sí era doloroso. Las pepas, yo no me acuerdo cuánto costaban, pero eran caras. Y las consultas sí me acuerdo. Yo iba a donde Juan Carlos Martínez, y no teníamos prepagada, y el man nos cobraba, por una consulta de él que dura máximo veinte minutos, “100 o 150 mil pesos, y eso hace 13 o 14 años”. Ah, y también eran caras las limpiezas que me hacía, porque a mí me salían muchas espinillas, entonces me mandaba a hacer unas limpiezas que me dolían un resto. Yo me acuerdo que siempre salía con rabia de esas limpiezas porque eran muy dolorosas.

Pero como le decía, a mí no me afectó tanto lo de los granos. Yo creo que para una vieja debe ser tenaz. A una china le dan granos, se queda calva, y se vuelve mierda. Pero uno sabe que los granos son una vaina natural y ya. Físicamente “yo he sido como tal cual he sido, no he, bue... y no he hecho nada para contrarrestar como naturalmente soy, a excepción del acné pues que era para contrarrestarlo, pero por ejemplo: la calvicie. A mí desde los 17 años a mí me dicen calvo, de cariño, y a mí no me ha importado. Y si a mí me preguntan: ‘oiga, ¿y usted nunca tomó nada para la calvicie?, ¿es que a usted no le importa?’ Digo no, tal cual soy.” No me ha afectado en nada. Yo creo que los hombres lo superan con egocentrismo, yo digo que esto de ser calvo es sabiduría y conocimiento. Yo mamo gallo con eso. Uno como hombre se pone una pinta y ya, sale.

Yo no sé, Pin, puede que así como usted dice que se volvió punkero por los granos, yo también me haya vuelto como más rebelde, o importaculista. Por esa época fue que perdí el

año y por eso entré al curso de ustedes, y sí, sabe que sí, seguro el acné tuvo que ver.

También hay personalidades, pero el acné en algo debió influir esa rebeldía.

Lo del matoneo, claro que sí, pero pues a quién no le hacían búling en el colegio... yo me acuerdo que me decían “tostaco”, “luna”, por lo de los cráteres que tenía, pero uno mama gallo y ya y no le para bolas. Aunque sí era un poco jarto. Yo me acuerdo que me preguntaban que qué me había pasado ahí (se señala la mejilla), porque a mí me salían unos granos grandísimos, y yo decía: no, es que me picó un bicho.

“Sin embargo a mí cuando me dicen... Vea, ¿sabe que algo sí? ahora que yo caigo en cuenta, le voy a ser sincero, no lo había pensado... a mí cuando me dicen: ¿y tú por qué tienes tantas cicatrices? Yo no reconozco muchas veces que tuve un acné, o sí reconozco que tuve acné, pero no tan fuerte, y muchas veces digo que fue un acc... pues, tuve un accidente, yo tuve un accidente, me quedaron cicatrices, eeh... cuando yo era muy chiquito con mis papás tuve un accidente nos fuimos a un abismo, pero, me quedaron cicatrices. Pero las visibles visibles de mi cara, son por el acné. Y ahora que me pongo a pensar... sí, digo, yo tuve acné pero tengo tantas cicatrices por el accidente que tuve. Le echo la culpa al accidente, que no es mentira, pero estoy dándole más importancia al accidente en cuanto a la cicatriz, que al acné.

Quién sabe si de pronto el cómo le sea más atractivo a la mujer. No sé. En ese caso como contextualizándolo cuando una mujer oye y pues, digamos, en el contexto que usted estaba diciendo, una mujer, en cuanto si es un sexapil la cicatriz en el hombre o no. Es diferente, de pronto, que usted le diga: no, es que cuando estuve en el ejército y me secuestró la guerrilla una semana y, sí, me escapé, mira todas mis cicatrices, es distinto a que usted diga: es que tuve acné y fui una mazorca la hijueputa, jajajajaja.”

De su reflexión, que no era más que el reflejo conmigo, y viceversa, salen sentires nuevos y se confirman sospechas que intento esbozar en este texto. Me sorprendió lo mucho que le enorgullecía su calvicie y lo complejo que le resulta el tema de haber tenido granos, contrario a lo que yo percibí en el colegio. Su silencio ya lo decía todo, y lo sigue diciendo actualmente: no volvimos a hablar con Mateo desde el último café.

Repetitivamente, en su diálogo él intenta afirmar en primera instancia la normalidad del acné, pero su discurso no puede entrar a la profundidad de la memoria, de lo práctico, porque de inmediato denuncia la abyectización que sus granos producían y el esfuerzo

necesario que estaba dispuesto a realizar por entrar al trayecto: tratamientos médicos costosos, dolores fuertes, constantes, y probablemente mentiras a seres queridos frente a las causas del aspecto de su piel. (Aunque no lo transcribí, Mateo no dudaría en utilizar el Roacután, o alguna medicina con el mismo componente, para quitarle a su hijo el acné lo más pronto posible). Y por otro lado, la búsqueda de otros caminos, al no ser capaz de encajar en el trayecto: buscar caminos abyectos en los que se normalice la piel granosa, como el camino de la rebeldía, del importaculismo, o como el camino que yo tomé, que presentaré más adelante: el del punk.

La conjunción de Mateo y yo produce un espejo que me habla. Me dice, desde mi imposición inevitable acá, la de mis palabras y mi ejercicio de traducción, la siguiente fórmula, casi matemática, para entender quién es churro, quién levanta, quién se puede sentir cómodo con su aspecto físico: privilegiados como en las películas de Disney, o como cualquier actor de Hollywood, un hombre no tiene que cumplir tantos estándares físicos, así que puede ser como un sapo o una bestia, y aun así llegar a ser príncipe: gordo o flaco, calvo o peludo a morir, quizás hasta verde, pero eso sí, tiene que tener la piel lisa.

Echemos carreta ahora con Diego, a quien le debo otros sentires y despertares, acaso un poco más nocturnos y empáticos.

De entrada el recuerdo de un papá que no logra comprender ni mucho menos ponerse en su lugar. El acné, producto de los genes, según la medicina alópatica occidental, también lo tuvo su papá, así como el mío. Los dos padres, acaso de una generación en que la estética y la medicina no estaban relacionadas, como mencioné anteriormente, no logran entender la posibilidad de dolor, y mucho menos de abyección de una piel granosa:

me decía: “deje de ser tan llorón, cómo se le ocurre llorar porque tiene acné, ¡no!”, pero al mismo tiempo: “papito, pero fresco que eso es normal, se le va a pasar. A mí me pasó, a mí me salían peor que usted porque me salían granos sobre granos”. Mi papá me decía esas cosas: “pero pues yo casual, su mamá me quiso así y así usted mismo encontrará a una persona que lo quiera” (entrevista personal, 11 de mayo, 2017).

Yo Freddy Krueger, mazorca, granola; Mateo tostaco, luna y mazorca también; Diego seguro recuerda que lo llamaban de muchas formas, recuerda lo hiriente que fueron los

jóvenes hombres con quienes socializaba, pero le quedó latente el chistesito “¡uy, marica!, ya le salió barba, pero de grano”.

La piel granosa produce en Diego sentimientos de impotencia muy parecidos a los míos. La impotencia de vincularse en una relación amorosa heterosexual estereotipada, con besitos, actos sexuales, ida a cine y demás; la de hablar en público, por ponernos a temblar la voz y producir una timidez extrema en esta clase de escenarios; por último, la de vernos al espejo:

A mí el acné empieza desde séptimo. Y mi acné fue muy agresivo. O sea terriblemente agresivo. Si te digo, era una cosa, yo... era tan traumática la situación que yo llegaba al espejo, en las mañanas, y el vaho del espejo lo quitaba de la cara hacia abajo. Es decir: yo no quería ver mi rostro.

Era una cosa recerda porque yo era como... yo tenía una autoestima de mierda. O sea digamos que, todavía tengo fases de esa vaina porque digamos que emocionalmente soy muy inseguro. Sobre todo cuando voy a interactuar con alguien”. He cambiado bastante, y he intentado mejorarlo, pero antes, aunque yo era muy sociable, me costaba mucho interactuar, sobre todo con las mujeres (entrevista personal, 18 de octubre, 2017).

¿Cómo podrá olvidar Diego ese momento en que su primo le contó que la mujer con quien estaba saliendo, quien prometía ser su primer y gran amor, le dijo, cuando estaba borracha, que Diego era muy buena persona y todo, pero que le daba asco?

Y al igual que yo, o que Mateo o el hijo de Piedad Bonnett, se adentra en el tratamiento del Roacután para encontrar la piel lisa. Pero acaso el enfoque de la retórica médica en él lo induce hacia el lado depresivo-suicida, de manera semejante a Daniel, entre otros efectos que tranquilamente podríamos llamar unilaterales:

A mí, ¿qué me pasaba? Se me reseaban los ojos, la boca la tenía vuelta mierda. Yo me acababa un chapstik en tres días porque se me despellejaba, literal, la boca. Eee... perdí peso al punto de que parecía, literal, una varilla. Porque según decían eso quemaba la grasa. Y sobre todo la cara, se me desprendía.

Me empiezan a dar unas depresiones refuertes, a los dos meses de tomar el Roacután. Por los efectos de eso me llevaron a un psiquiatra, y primero a un psicólogo... el tratamiento me tenía muy sensible, agresivo, como ensimismado... entonces hubo momentos en que abría a

todo el mundo. Entonces yo mandé a volar a mucha gente, me hacía daño, me quería morir, quería suicidarme, tuve actitudes suicidas.

Yo sí le echo la culpa al Roacután de mis actitudes, porque hubo momentos en que, de hecho, un día un amigo me cogió y si no me agarra yo me boto. Casi me tiro de un puente. Eeeh... siempre me daba un impulso de salir corriendo a estrella... O sea si hubiera tenido un carro voy y me estrello con lo primero que encuentro. Y muchas veces mis amigos me corretearon pensando que yo me iba a matar...

A Diego no lo conocí sino cuando comencé a buscar a hombres que hubiesen pasado por una piel granosa significativa, en aras de encontrar reflejos que me dijeran algo más interesante que la trivialidad material que suele mostrar el reflejo de espejo de baño. Una amiga me lo presentó, y fue la primera vez que habló con alguien sobre lo que esto implicaba. De cierta manera, creo que también fue mi primera vez.

Con Diego seguimos hablando. Creo que quedó una amistad en potencia, pues a los pocos días estábamos hablando sobre un cuento que le compartí y que cito en este texto: “La noche de los feos”. Con el reflejo que me brindó reafirmé mi timidez como el producto del miedo que me producen las miradas sobre mi piel, y otra vez volvió a oler mal el manejo medicinal del acné. Se levantó la intuición de que puede haber otras formas de reconocer lo saludable y lo sano bastante apartadas de lo que nos ofrece hoy en día el sistema médico alopático. Simple y llanamente porque no encuentro ningún malestar que permita calificar mi pus y mis granos como algo enfermo, y menos encuentro por eso la necesidad de embutirse pastillas para transformar la piel. El problema no está en la piel, sino en toda la exterioridad mirona.

Y aunque tampoco me pareció relevante transcribirlo, el mayor bienestar que me brindó Diego fue alentar la sospecha de que, con todo y la abyectización, con todo y el deseo que tenemos de ocultar esas cicatrices granosas de nuestro pasado, él y yo sentimos que los granos nos hicieron mejores personas, más empáticas, sensibles, receptivas, o en términos más académicos, percibimos que esas emergencias disidentes produjeron unas derivas capaces de impulsar el eros y constituir unas subjetividades alternas.

Cicatrices eróticas

Y entre más sigo esa relación entre Charles, Mateo, Diego y su piel, entre sus pieles y la mía, noto que nos pesa. Charles muere con el achaque de sus cicatrices, como víctima, Mateo niega y reniega que le afecta, pero no quiere hablar más del asunto, no quiere volver a tener granos nunca más y haría lo necesario para evitar que su hijo se llenará de pus. Diego ni hablar: semejante a mí, nos pesa el miedo de las miradas y por eso nos da pavor hablar en público, recordamos los ojos crudos que nos miraban con asco y los que evitaban mirar nuestra cara por el mismo asco. Y no, hasta acá llegan estos reflejos. Hablo, o acaso hablamos, desde el privilegio. Mi piel no ha sido únicamente la abyecta, sino también la rígida, blanca, que recubre con orgullo a un hombre cisgénero, heterosexual. A mis 29 años, me siento afortunado de los beneficios que este cuerpo me ha proporcionado.

Un día cualquiera, me levanto casi una hora más tarde que mi pareja aunque tengamos que salir a trabajar a la misma hora, ya que a mí no me hace falta peinarme y jamás me he maquillado. Salgo. Camino por Bogotá, confiado. Me monto al bus, tomo un asiento y me pongo cómodo, mientras a mi lado es una mujer quien recoge las piernas para evitar el contacto físico. Entro al aula de clase, como estudiante o como profesor, y no me hace falta esforzar la voz para ser escuchado. Oscurece, y se me antoja tomarme unas cervezas: no temo a estar en una posición vulnerable, sin miedo a padecer cualquier tipo de acoso o violación sexual, tomo con quien sea y donde sea, y la cantidad que me dé la gana. Y si acaso hay un conflicto ese día con mi pareja, la conclusión tiende a ser la misma: ella siempre la responsable de los problemas que han ocurrido entre nosotros, la loca, celosa, insegura; ella la culpable, que me hace loco, inseguro, celoso.

Un día cualquiera, en cualquier lugar de Colombia, tengo más oportunidades de conseguir empleo que una mujer, de poseer un mayor ingreso económico que una mujer, así como de conseguir un puesto en la alta política. Y si acaso no existiese ninguna de estas ventajas masculinas, bastaría observar los índices de violencia intrafamiliar y lo que aquello implica, como bien lo desmantela Mara (2006), otra vez:

El alto porcentaje de mujeres que ha vivido en unión y ha sido violada por su esposo o compañero señalan que la violencia sigue siendo el lenguaje común al que muchos hombres acuden en primer lugar para imponer y proclamar su supremacía. Estas

cifras manifiestan también que los derechos humanos de las mujeres, particularmente sus derechos sexuales y reproductivos, siguen siendo poco respetados. Otra de las expresiones de esta violencia de género es la inasistencia alimentaria del padre, infracción que ocupa el segundo lugar entre los delitos más frecuentes a nivel nacional. [...] La situación es aún más dramática si se tiene en cuenta, además, que un gran porcentaje de los casos de violencia intrafamiliar y sexual y de inasistencia alimentaria no es reportado por las mujeres víctimas por causa del miedo, la dependencia económica o afectiva y la naturalización social de la violencia masculina (p. 123).

¡Tran! Atravieso el espejo. Mis granos son la esperanza amorosa de mi vida.

Llevo ya más de un año y medio interesado en hablar de mi privilegio masculino. Mi piel granosa, abyectizada bajo la práctica dermatológica, empujó una deriva en mi masculinidad. La purulencia me hizo tímido, inseguro al hablar en público o al momento de conversar con una mujer que me gusta, entre otros escenarios, y quizá tampoco me sienta tan cómodo con mi aspecto físico como otros hombres, pero la deriva en mi masculinidad ha venido articulando una lenta y acogedora resiliencia que me invita a la lucha conjunta, una lucha que acaso empezó con la oportunidad de practicar una masculinidad alternativa: la punkera.

Mientras en la televisión corren repetidas publicidades ofreciendo jabones que lijan asperezas y quitan la grasa de las pieles masculinas jóvenes, y mi universo gomelo reproduce ese tipo de anhelos enjabonados, de ser un lienzo en blanco, sin orificios purulentos, un pequeño grupo de hombres, en reposo, mayores que yo, se reúnen en la sombra de los árboles del colegio, en las esquinas del amplio comedor o en cualquier otro rincón, con numerosas emergencias: brotes de taches y parches, de manchas y huecos, perforaciones y aretes, tatuajes y tatuajes, y los distintivos pelos de colores en forma de cresta, un estilo de pelo. Como lo señala también Carvalho, “no clásico, no ario, no blanco: el mohicano, inspirado en el modelo de belleza de los indios norteamericanos, grupos étnicos no-blancos que fueron masacrados durante los últimos siglos de la modernidad por los anglosajones blancos” (2008, p. 112).

Nueva oportunidad de empoderarme, empiezo a buscar canciones de punk, a escucharlas infinitas veces más que las propagandas de televisión, convencido, al menos por un instante, de que en el mundo punkero no importan las apariencias del cuerpo, por lo tanto mi piel ya no será señalada. La oscuridad, que antes me acogía en la intimidad del baño, es ahora la norma: el punkero es criatura de la noche. En noches de desorientación y decadencia, de vómito, en un ritual convencido de que la salud importa un culo, grito canciones, profiero punk, con el corazón, perdón, no con el corazón, sino con la piel, las siguientes frases: “grito a una luna, ilumíname, asesina el sol, ni luz ni calor”¹⁸; “todo pruebo con tal de alargar mis noches, y por más que quiera, siempre llega el alba, y amanece que no es poco: vuelta al infierno”¹⁹.

Pero, para equivocación y fortuna mía, a pesar de la apuesta nocturna, en el punk sí importa lo superficial. No se trata de un mundo, limpio, sino de un in-mundo, sucio pero incluyente. La estética noratlántica se revierte, entre más feo más pertenezco. Así, en esta masculinidad alterna, mi piel ya es un ingrediente primordial para empoderarme. Si de verse feo se trata, a través de emergencias que desafíen la estética del lienzo blanco, mi piel ya es transgresora y no necesita de tanto artificio o encubrimiento. Con solo mi piel, ya soy asco, suciedad y enfermedad.

Poco tiempo antes de entrar al inmundo incluyente, mi supuesto refugio fue la ficción letrada. De alguna u otra manera acabé en ese desnutrido símil que asemeja el ascetismo y la soledad con la libertad. Leía novelas, cuentos, poemas y hasta ensayos para mí y sólo para mí, mientras otros compañeros de colegio seguían jugando estúpidamente fútbol, o al menos eso me decía yo, ensimismado, intentando amigarme con el literato Jorge Luis Borges. Lobo estepario: ¿qué ganaba leyendo callado, para luego ir a encerrarme a en la oscuridad de un baño de mi colegio porque no quiero que me vean la cara?

El dolor que se siente por la soledad es una depresión de tanto mirarse a sí mismo. Toda depresión implica un exceso de auto-contemplación. Mi depresión, claro, tenía que ver con miradas abyectizantes, pero principalmente se relacionaba con mi propia mirada que, dirigida a mí, deseaba cambiar a toda costa esa piel purulenta. Por eso, como me dijo

¹⁸ Canción *Una noche más*, de Konsumo Respeto.

¹⁹ Canción *Vuelta al infierno*, de El Último Ke Zierre.

alguna vez una profesora, lo mejor era no ir nunca a un psicólogo porque todos tenemos alguna mierda y lo mejor es no enterarnos. O como lo afirma Han en *La agonía del eros*, en el cual intenta explicar los síntomas que en la sociedad global contemporánea están acabando con el eros:

La depresión es una enfermedad narcisista. Conduce a ella una relación consigo mismo exagerada y patológicamente recargada. El sujeto narcisista-depresivo está agotado y fatigado de sí mismo. Carece de mundo y está abandonado por el *otro*. Eros y depresión son opuestos entre sí. El Eros arranca al sujeto de sí mismo y lo conduce fuera, hacia el otro. En cambio, la depresión hace que se derrumbe en sí mismo. El actual sujeto narcisista del rendimiento está abocado, sobre todo, al éxito. Los éxitos llevan consigo una confirmación del uno por el otro. Ahora bien, el otro, despojado de su alteridad, queda degradado a la condición de espejo del uno, al que confirma en su ego. Esta lógica del reconocimiento atrapa en su ego, aún más profundamente, al sujeto narcisista del rendimiento. Con ello se desarrolla una *depresión del éxito*. El sujeto depresivo del rendimiento se hunde y ahoga en sí mismo. En cambio, el Eros hace posible una experiencia del otro en su *alteridad*, que saca al uno de su infierno narcisista. El Eros pone en marcha un voluntario *desreconocimiento* de sí mismo, un voluntario *vaciamiento de sí mismo*. Una especial debilidad se apodera del sujeto del amor, acompañada, a la vez, por un sentimiento de fortaleza que de todos modos no es la *realización propia* del uno, sino el *don del otro* (2014, p. 6).

Yo con yo, supuestamente libre por buscar un desarrollo de mi intelectualidad, mi éxito académico. Yo, cuando fui el sujeto depresivo, únicamente tenía en mi espíritu la voluntad de querer cambiar yo, egocentrado: dejar de tener esa piel, ser capaz de interactuar con mujeres, besarnos, aprender a bailar, entre otras muchas cosas.

Contrario a lo que se suele pensar, no es un asunto de adversidades del ambiente aquello de la depresión, sino casi que todo lo contrario: quien desde un ambiente privilegiado posee el tiempo y la comodidad para darse palo a sí mismo, mientras ve series de Netflix y pide pizza a domicilio, su mirada se torna miope y no puede sino observar lo que tiene al alcance de la mano, o sus manos, o su cuerpo.

De ahí que la famosa activista boliviana Domitlia Barrios de Chungara no nos describa ningún episodio depresivo, tan solo erotismo, en su historia de vida. Domitlia, nos cuenta,

se levanta a las cuatro de la mañana, prepara alrededor de unas 100 empanadas, ayuda a que todos los jóvenes estén listos para ir a la escuela, lava la ropa que dejó enjuagada de la noche anterior, y a las ocho de la mañana ya está vendiendo empanadas; mientras vende empanadas, debe organizar su tiempo para ir al mercado, y de pronto ya es la 1: debe tener listo el almuerzo, mientras al tiempo alista a los otros jóvenes para que vayan al colegio (a los que estudian en la tarde); durante la tarde, hay que seguir cocinando, lavando, a veces hay que coser; y en la noche, hay que ayudarles con las tareas del colegio a todos los jóvenes, preparar comida, ir alistando lo de las empanadas del día siguiente y, dentro de todo este boleo, hay que sacar tiempo, a lo largo del día, para dedicar por lo menos dos horas del día al voluntariado en distintos comités, para así mejorar la calidad de vida de la comunidad. A la medianoche se acuesta, pero nada tiene que ver con Cenicienta. Esto, sobra decir pero igual lo diré, dentro de una precariedad económica absoluta, con escasez de comida, ropa, agua, luz, espacio y edad para vivir con los seres amados, ya que su esposo es un minero cuyo promedio de vida está estimado en 35 años.

Y como dije, no hay indicios de depresión. Únicamente nos narra erotismo, salirse de sí, matar el ego en aras de una comunidad mejor. Aquí un ejemplo que poco esfuerzo me exigió encontrar (basta casi que con abrir una página al azar del libro de Domitlia (2005)):

Y cuando un dirigente está preso, es bien importante que sienta nuestra solidaridad, no solamente para con su persona, sino también para con su familia. Bueno, cualquier compañero que sea puesto en la cárcel debe poder contar con esta actitud por parte de nosotros, ¿no? Uno se olvida del sufrimiento personal que ha tenido en la cárcel, de las palizas que le han dado, de que su rostro ha sido desfigurado, cuando llega a la casa y los hijos le dicen: “Papá, mamá, el sindicato, los compañeros, nos han dado pancito”. Entonces sí, si uno es honrado y honesto, se compromete para siempre con su pueblo y no hay fuerza capaz de separarlo de su pueblo que le mostró esa confianza y esa solidaridad (p. 27).

En mi caso, la depresión fue mejorando con los pogos de punk. Mientras el aislamiento se aumentaba en las aulas de clase o en el hogar, para mí y muchos amigos punkeros, fue en conciertos repletos de gente, en los que nos restregábamos el sudor, donde se sintió el empuje erótico.

Y así la libertad también fue llegando, y ojalá siga, no la estereotipada, simplificada al acto individual del “yo hago lo que se me dé la gana”: una imagen de la modernidad occidental, atrofiada todavía más por el neoliberalismo, de un hombre que ha de ser libre en la medida en que pueda moverse independientemente, sin ataduras. Este hombre, forrado de plata, viaja por el mundo, comprando todo lo que desee, moldeando su cuerpo a complacencia y teniendo relaciones afectivas itinerantes, mientras se desplaza sin centro y sin pasado.

La libertad que inicié es semejante a un grupo de personas que peregrinan, en vez turistar, por una peligrosa cordillera, atados entre sí, no para obstaculizarse entre sí, sino para apoyarse y evitar la caída, para facilitar el desplazamiento hacia la llegada de un hogar. Una libertad semejante a la expresada también por Han en otro libro. Para él, apoyado en Zigmunt Bauman, la libertad no puede ser simplemente la que se vive en el encierro de una casa, con la pantalla y la libre escogencia de canales para ver en la televisión (zapping), sino que:

El concepto de libertad resulta muy problemático. Ser libre no significa tan solo ser independiente o no tener compromisos. La ausencia de lazos y la falta de radicación no nos hacen libres, sino los vínculos y la integración. La carencia absoluta de relaciones genera miedo e inquietud. La raíz indogermánica *fri*, de la que derivan las formas libre, paz y amigo (*frei, Friede, Freund*) significa “amar” (*lieben*). Así pues, originariamente, libre significaba “perteneciente a los amigos o los amantes”. Uno se siente libre en una relación de amor y amistad. El compromiso, y no la ausencia de este, es lo que hace libre. La libertad es una palabra relacional *par excellance*. La libertad no es posible sin un *sostén* (2015, p. 53).

Mientras en mi habitación parecía soberano, así como cuando salía de vacaciones, cuando sacaba buenas notas en el colegio sin ningún esfuerzo o trotaba por la ciudad la distancia que se me antojara, la realidad era que me encontraba esclavo de mi propia rutina, carente de la expansión de un ser, de superar el ego o de enfrentar adversidades, por miedo a no tener “sostén”, por no tener un retorno firme como el que empecé a tener cuando entré a la ola sudorosa de punk. Y así fue creciendo entre borracheras y alaridos que entre más a menudo se daban, más forjaban dichas compartidas, así como proyectos a los que ya no teníamos tanto que temer, por una solidaridad que se empezaba, y sigue empezando, a parecerse a la solidaridad que siente Domitlia.

Mientras más bulla hacíamos a las tres de la mañana, más firme eran las cuerdas y más surgían lecturas por escuchar, canciones por leer, protestas por marchar, antiespecismo, anarquía, punk.

En su libro *Sister Outsider*, Audre Lorde (2007) narra en un capítulo los usos y potenciales del erotismo. Convencida de tratarse de un recurso femenino, Audre define al erotismo como un recurso poderoso y dotado de energía para el cambio. No puede el erotismo, como ha sucedido, ligarse con la pornografía, pues mientras lo pornográfico es el placer sin sentimiento, el erotismo es el sentir en sí mismo, combinado con la fuerza, el caos, de nuestros más fuertes sentimientos. No puede tampoco materializarse una dicotomía entre lo político y lo espiritual, porque lo erótico es el vínculo entre estos, forjando el actuar político siempre bajo el consenso con lo espiritual.

En cambio, la función del eros sí puede visibilizarse en el lenguaje con la frase “esto se siente bien”, cuya expresión representa el empuje de la búsqueda hacia un conocimiento verdadero, pues la plenitud y satisfacción propia está dentro de este conocer. Además, el eros también funciona como “proveedor del poder que se obtiene de compartir profundamente cualquier meta con alguien”, del poder que se obtiene con el compartimiento de la dicha.

Pero, por más de acuerdo que estoy con Audre, no entiendo por qué, y no da ninguna explicación al respecto, limita el erotismo como una energía propia de los cuerpos femeninos. Si el eros es todo lo que he dicho anteriormente, y además se puede ejemplificar “en la forma en que mi cuerpo se estira hacia la música y se abre en respuesta, escuchando sus más profundos ritmos”, a pesar de la arritmia del punk, ahí fue donde mi piel blanca, abyecta y masculina, pudo generar empatía a través del eros.²⁰

La masculinidad alternativa que el punk revertió del cuerpo granoso médico produjo el erotismo que me tiene deseando visibilizar mi privilegio. Por supuesto, sigo siendo el macho opresor. La sigo cagando, sacando provecho de mi condición de ser hombre, con

²⁰ Las frases en comillas son traducciones propias del texto. Para leer el original en inglés, léase el capítulo “Uses of the Erotic: The Erotic as Power”.

desconocidas, incluso con mis amigas y mi madre. Pero con mi piel, que habitó el punk, sigo intentando mapear a través de las cicatrices que me produjeron y producen mis granos. Luego de haber sido herida con una violación sexual, Virginie no supo cómo lidiar con esto, acaso hasta que se encontró con un artículo de una controvertida feminista:

Una tal Camille Paglia publica ahí [en una revista] un artículo que me llama la atención y empieza por causarme gracia, en el que describe el efecto que le producen los jugadores en la cancha, fascinantes bestias de sexo llenas de agresividad. Empezaba su nota con toda esta rabia guerrera y cuánto le gustaba, este alarde de sudor y de muslos musculosos en acción. Lo cual, de una cosa a la otra, la llevaba al tema de la violación. Olvidé sus palabras exactas pero en sustancia decía: “es un riesgo inevitable, es un riesgo que las mujeres tienen que tomar en cuenta y aceptar correr si quieren salir de sus casas y circular libremente. Si te pasa, párate, *dust yourself* y supéralo. Y si te da demasiado miedo, quédate en lo de mamá y ocúpate de hacerte la manicura” (2012, p. 19).

Al principio Virginie no supo muy bien cómo tomarlo, pero luego empezó a notar una cierta tranquilidad: Camille invitaba a reconocerse ya no como la víctima, sino como una guerrera que necesariamente tiene que recibir heridas. Si ella se había atrevido a habitar el espacio público, a moverse sola a través de este espacio, a echar dedo a los carros para desplazarse, la violación sexual en uno de esos carros consistía una herida por su lucha frente al machismo, nada más. Que la culpa la cargue otro: quien ha padecido una violación sexual no tiene razones para avergonzarse sino sentires para enorgullecerse.

Desde aquel día, nunca más nada fue compartimentado, cerrado con cerrojo, como antes. Pensar por primera vez la violación de una manera nueva. Hasta ahí, el tema había sido tabú, tan minado que no nos permitíamos decir otra cosa que “qué horror” y “pobres chicas”.

Por primera vez, alguien valoraba la facultad de superarlo antes que hablar extensamente y con complacencia del repertorio de los traumas. Desvalorización de la violación, de su alcance, de su resonancia. No anulaba nada de lo que había pasado, no borraba nada de lo que habíamos aprendido aquella noche (2012, p. 19).

Sublime, así como un militar o combatiente armado, o un preso, exhibiría con orgullo heridas físicas como puñaladas, balazos o electrocutazos, en un lugar público, ¿por qué no

declarar con orgullo como mujer que ella fue una sobreviviente de una violación sexual? Y así como la gente siente cada día que por una experiencia dolorosa ahora aprendió a T, Q o Z: ¿por qué meterle el cuento a uno de que es que el trauma por una violación sexual acarrea un montón de comportamientos posteriores negativos en la persona?

Así en mi caso, desde una posición afortunada y menos violenta que la que puede padecer quien padece una violación sexual, he reconocido que mi experiencia con la piel granosa no produce esos traumas psicológicos de los que tanto se hablan, sino que permite emerger resiliencias que invitan al amor y a la lucha vinculativa. Harto de ocultar esas cicatrices granosas y de exhibir las otras que he recibido por practicar deportes, las que exhibía con orgullo porque me invitaban a suplir con requisitos gomelos, como el requisito de saber bailar y ser rumbero, por ejemplo, a través de otra narrativa exitosa, la de un hombre disciplinado y sano con su cuerpo, acá quise y quiero seguir mostrando con el paso de los años mis otras cicatrices, las que me han invitado, “poquito a poquito”, “despacito”²¹ a, y esto nada de cursi tiene, amar liberando.

Lo que viene

Sin el perdón de los punkeros, y por mucho que insistan en que “qué va”, ellos llevan reflujo amoroso en sus venas. En su filosofía de la dejadez, entre vomitada y vomitada cada vez van más matando al ego, y con su valeculismo van de paso vaciando de sentido los egos de los demás. Los más aclarados, gomelizados, tratan de mirarlos por encima, con supuesto asco de sus vómitos, pero en realidad la envidia los corroe: quisieran sacarse la camisa, no tener que bañarse todos los días y además repetir baño el viernes para ir a la rumba de Santi o Mape. Si a mí me envidiaban en el colegio por poder repetir la misma pinta del día anterior o por estar en manga sisa un día caluroso, ¿cómo no produce envidia ese punkero podrido, podros, como suelen llamarse, cuya dejadez ya reniega incluso del deseo anhelado de otros por tener una buena imagen, no solo en la rumba, sino en el

²¹ “Despacito” de Luis Fonsi, claro...

trabajo, en la academia o en cualquier otra actividad de tantas en las que nos preocupa el “qué dirán”?

Yo sé que todos como gomelos diremos que no, porque así somos: hay un montón de verdades a las que nos toca decir que no, para sentirnos un poco mejor. Ya es suficiente con tener que aguantarse esa mierda de vivir con tantas preocupaciones sobre uno mismo como para además decir que envidiamos a otros. Pero, ¿cómo no envidiar a ese grupo de punkeros revolcándose por el piso del Chorro, cagados de la risa, bailando a brincos “si te gusta el punk, vomita en las esquinas, si te gusta el punk, vive la anarquía”²², mientras uno va pisando con cuidado para evitar los charcos, camino a un restaurante con música alternativa, porque es que tenemos incluso que negar entre gomelos que nos gusta el reguetón, por ñero?

Mi piel trata de liberar el pus gomelo por sus poros, busca la lucha vinculativa y la sitúa como sinónimo de amor; crítica y criticona, mi piel denuncia al feminismo neoliberal de una persona mediática como Carolina Sanín. Ella, profesora por mucho tiempo de una prestigiosa universidad colombiana, con doctorado en el extranjero, blanca, ni joven ni vieja, flaca, proveniente de una familia privilegiada, no para de asumirse como oprimida y nunca como opresor, siempre como juzgada y nunca como aventajada porque lo único que parece condicionar sus prácticas es el hecho de ser mujer.

En la invisibilización de su privilegio juega a inventarse un mundo de hombres y mujeres sin etnia ni raza. Publica en féisbuc, con ironía y grandes dotes literarios, un llamado para que los hombres nos pongamos en los zapatos de las mujeres:

Imagina a Fulano. Imagina que desde muy niño sintió que, por su sexo, era superior a la mitad de la población, y que creció confiando en que la inferioridad incontestada de esa mitad era la garantía de su superioridad. Imagina que Fulano creció beneficiándose del orden establecido, tranquilo en su papel, sin que nadie le dijera que su papel era solo un papel y que la obra de teatro iba a acabarse pronto. Imagina que un día llega alguien de la otra mitad de la población y dice que esa mitad de la población, la inferior, no es inferior y que, por tanto, la superioridad en la que Fulano confió desde que nació no tiene ningún fundamento. Imagina que Fulano ve que cada vez hay más personas de la "mitad inferior"

²² Canción Anarkia del grupo Piperrak.

que hacen mejor que él lo que él hace, y lo hacen con mayor alegría, pasión, originalidad y libertad; que hacen lo que él no alcanza a hacer, y son lo que él quisiera ser. Imagina la angustia, el vacío existencial de Fulano. Imagina que además Fulano se hace consciente de que las personas de la "mitad inferior", sobre cuya inferioridad basó su sensación de bienestar y poder, y que ahora lo hacen sentir tan débil, son del mismo sexo que su madre, quien le hizo sentir y pensar que él había nacido en la mitad superior; quien lo convenció de su superioridad y lo protegió. Imagina que Fulano no puede negar que desea e íntimamente admira a esas personas de la antigua "mitad inferior", que son la causa misma de su malestar. Imagina la confusión, el miedo, la frustración, la rabia, el desamparo de Fulano. Es duro, es duro. Apíadate. Haz tu donación ya a SOS Víctimas del Feminismo.

#PonteentozapatosdeFulanovíctimadelfeminismo #TodosconFulano (publicación de féisbuk, 24 de octubre, 2016).

Mi piel se permea a Franz, a su libro *Piel negra, máscaras blancas* (2009), todo un trabajo sobre las implicaciones afectivas que implica ser una piel negra. Los traumas que se poseen desde que se llega al mundo. Fácilmente me puedo imaginar con este libro como hombre blanco dentro del contexto en el que vivo, lo que sería habitar un mundo en el que la piel normalizada fuera la negra. También me puedo imaginar hombre en un mundo hecho para mujeres, gracias a Carolina. Pero lo apropiado sería, acaso, ser capaz de imaginarme como mujer negra, entre muchos otros imaginativos.

Porque como bien lo afirma Yuderlys Espinosa (2012) en su conferencia *¿Por qué es necesario un feminismo descolonial? Diferenciación, dominación co-constitutiva de la modernidad occidental y fin de la política de identidad*, la lucha descolonial ha de involucrar a todos los actores que han sido oprimidos, porque no se trata de un sistema heteropatriarcal que se sustenta por sí sólo, sino a través de una gama, un sancocho colonialista, que categoriza y binariza para beneficio de un sujeto blanco, hombre, europeo, heterosexual, entre muchos otros falsos binarios para que haya unos pocos que, naturalizados, adquieran la dominancia sacionatural.

O de igual manera, como sentencia Ochy Curiel (2007) en el breve análisis genealógico que elabora en su texto titulado *La Crítica Poscolonial desde las Prácticas Políticas del Feminismo Antirracista*: “Descolonizar entonces supone entender la complejidad de relaciones y subordinaciones que se ejercen sobre aquellos considerados ‘otro’” (p. 12).

Entonces, si se aspira por un cambio radical por una sociedad más equitativa, no se trata de enfocarse en lo que es estar en los tacones de una mujer oprimida, porque a fin de cuentas Carolina simplemente está abogando porque sus condiciones de oprimida se diluyan, pero sus privilegios, como blanca, flaca, letrada, de una clase económica media-alta y de un linaje que ha pertenecido a importantes cargos políticos, se mantenga.

Pongo dos ejemplos que considero, nuevamente, sintomáticos, publicados por Carolina en su féisbuc:

El piropo más ofensivo no es "Rico ese culo para partírtelo, mami". Es peor: "Bonita e inteligente" (publicación, 26 de agosto, 2016).

Con todo mi feminismo por detrás y toda mi feminidad por delante, digo que antes muerta que forzada a llamarme "mujer cis", como si mi género fuera una excepción o un subconjunto de lo que algunas personas trans creen que mi género debe ser. Transfórmense en mujeres, en hombres, en lo que quieran, encuentren libremente quiénes son y cómo quieren verse, pero no pretendan decirnos a las mujeres quiénes somos, como todos han querido decirnos siempre (publicación, 26 de julio, 2016).

Primero, el relativismo absoluto: asumir que lo que pasa en su cotidianidad, en la cual siente la opresión masculina porque a través de su cuerpo bonito se le posiciona su inteligencia a un segundo plano (¡pero aun así se le dice inteligente!), se puede comparar con una sentencia que puede llegar a ser una amenaza de violación sexual (¡le van a partir el culo!), no es una lucha feminista. Por el contrario, es una lucha individualista. Por supuesto, el piropo es ofensivo (es sabido que las mujeres han sido juzgadas más por su cuerpo que por lo que dicen o piensan), pero sólo una posición privilegiada le permite equipararlo, e incluso denominarlo como un peor piropo, que quien afirma partirle el culo a uno.

Y segundo, conservar a toda costa su privilegio como cisgénero. No importa cuántas personas transgénero hayan sido amenazadas a muerte en redes sociales como Feisbuc; no importa cuán aterrorizadas estén: a Carolina que nadie le vaya a obligar a perder el privilegio de un cuerpo aparentemente natural. Su argumento, en el cual está cansada de que le digan quién es, porque en la historia de la mujer siempre ha sido así, descuida que a otros también les han obligado decir quiénes son, como a las personas transgénero. Lo

descuida tanto, que tiene la osadía de decir que “primero muerta” antes que llamarse mujer-cis.

Pero mientras mi piel denuncia y contesta, mi cuerpo gomelo se levanta alegre después de haber soñado con Carolina el 13 de marzo: tenemos un acto sexual en el que lo que importa es que ella me admira por mi práctica. Soy todo un hombre del Moderno al condicionar mi subjetividad a la calidad de un acto sexual con una mujer, y ella es pasiva: yo la crítico y la crítico, mientras ella me da la razón en todo. Ella, quien siempre lleva la contraria en redes sociales, desestabilizando a los hombres, es de repente en la mayor de mis fantasías gomelas una fiera domada.

Sueños oníricos en disputa

Si no nos dejan soñar, no los dejaremos dormir.

Graffiti en la Distri, adaptado.

Sueño y sueño con parejas y exparejas. Como mencionamos al principio, la modernidad constituye unas subjetividades definidas por una supuesta razón, una mente que parece ubicarse en la cabeza. Recordemos el “atrévete a pensar” kantiano o el “yo pienso, luego existo” cartesiano. Luego Sigismund iba a salir, sin decirlo, con el “yo sueño, luego existo”. Y pareciera que mi modernidad gimnasiana, además de los ya mencionados parámetros que reconocen una existencia limitada por la mente de un cuerpo y sus actividades, dice: “yo soy admirado por las mujeres, luego existo”.

Los sueños dicen mucho más que los intentos de Sigismund por encasillarlos en sus traumas personales. Marco Tobón (2015) lo resume agudamente en su artículo en el cual afirma que los considera como un instrumento etnográfico:

Los sueños se parecen a las lenguas en el hecho de que todos estamos dotados de la capacidad humana para producirlos, y a su vez nombran y viven de diferentes formas la realidad, diversifican las maneras de leer y habitar el mundo, comunican experiencias culturales compuestas por inimaginables contenidos simbólicos. Los sueños, para dejarlo claro, no son fenómenos incognoscibles, son experiencias vitales utilizadas por cada cultura bajo prácticas y conceptos propios (p. 3).

Y así, entre más me dedico a escribir o grabar mis sueños, más los recuerdo y entonces más habito un mundo onírico gomelo, semejante al que fuimos constituyendo por catorce años en mi colegio. Reiteradas veces, aparecía la aprobación de mis novias y exnovias, con la corroboración de que no echaban carreta, puesto que me deseaban sexualmente.

Y asimismo, entran todo el tiempo preocupaciones centradas en ser exitoso como individuo. El 27 de noviembre del año 2016, recién invitado por un amigo para presentar una ponencia académica para un congreso de antropología, sueño lo siguiente:

Alegría plena, han cancelado el congreso y ya no voy a tener que presentar la ponencia. Sin embargo, tiempo más tarde aparece Julieta, me da un beso en la boca y me dice que voy a presentar la ponencia. Angustia, luego estoy en el espejo, me miro y tengo un cuerpazo, con un six pack y los pectorales grandes, acaso porque Julieta me había dicho que prefería un atleta a un presentador de ponencias. Capaz, Julieta dice que todo era molestando, que yo voy a presentar esa ponencia y me va a ir muy bien.

Posesivo, en otro sueño el 13 de diciembre del 2017, Tatiana me dice que va a verse con un chico, que antes él le había caído pero que ya no había nada. Se me revuelven los intestinos, me cargo de celos y despierto en el mundo material con muchísima rabia, al lado de Tatiana. Un mes más tarde, aproximadamente, vuelvo y sueño con Tatiana, pero esta vez se está besando boca con boca con un man, y me levanto repleto de tristeza en el mundo material, solo. Mientras en el mundo material mi piel briega y briega, dialoga intensamente con Tatiana sobre cómo el amor nada puede tener que ver con la exclusividad sexual, la cabeza gomela inserta otros deseos posesivos a través de ese mundo onírico.

Me vale huevo, dice la piel punkera a una mujer con quien estamos sosteniendo ciertas prácticas amorosas, que le caiga bien o mal a tus papás, mucho menos me importa que tengas novio, pero de repente, la mente gomela sueña el 17 de enero de este año que estoy pidiéndole que termine su relación amorosa con el novio, y al rato estoy jugando dardos con quien viene a ser mi suegro; me admira y creo sentir que me dice con su mirada: “tú eres el indicado para mi hija”.

Y repercute el poder del mundo onírico sobre el mundo material, y resiste la piel con su materia. Desde los poros afirmo y defiendo relaciones de pareja entre mujer y hombre que transgredan el *habitus* incorporado por mi colegio. Secreto, sostenido por la cuerda de bell

hooks, toda una suerte de mantras acerca de lo que debo y no debo hacer en mi relación, como entender mis propios sentimientos y sacarlos a charlar, reconocer mis frustraciones para no chantárselas a la pareja, no incurrir en manipulaciones emocionales, no asumir roles de papá ni de hijo, no temer a estar vulnerable, no esperar que sea yo el agente admirado y ella la paciente admiradora.

O de otra mano, porque además intuyo que bell y yo estamos en desacuerdo con esto, la de la película *El hada ignorante* dirigida por Ferzan Ozpetek (2001), mi piel flexible cuestiona el monopolio semántico que el acto sexual ha impuesto sobre la palabra fidelidad, y ve tal monopolio como un cáncer para el amor: ¿a quién se le ocurrió la pendejada de que la fidelidad entre una persona y otra tenía que ver meramente con no tener actos sexuales con nadie más? O peor aún: ¿quién salió con ese cuentico de que la palabra “fidelidad” era sinónimo de “exclusividad”, y que uno es fiel en la medida de que no tenga sexo con otra persona, y no en la medida en que uno esté apoyando a esa persona en los malos momentos y en los momentos de mierda?

Mi piel degenera el género del amor, denuncia que el amor se obstaculiza a través de sexualizaciones y marcas de género en los cuerpos. Se dejó permear por esa película, en la que una mujer creía estar bien en una relación con un esposo, pero luego descubre que le fue “infiel”, luego que “es gay”, y comienza la revolución masculinista amorosa en mi piel: ella empieza a entablar una relación con el gay, ella lo desea sexualmente, asumimos como espectadores, pero lo que importa es que luego, ya cerrando la película, una amiga le pregunta al gay:

—Oye, ¿tú amas a esa mujer, cierto?

—Pff, claro que no, ¿no recuerdas que soy gay?

—Ay, los hombres... porque será que solo son capaces de pensar con el pene.²³

El amor se ha desexualizado. La práctica sexual bien puede ser un atractivo, dice la película, así como nos puede gustar que alguien practique danza, cerámica, dominó, tejo, pero no puede ser la asunción primordial en la cual si yo digo que yo amo a Juan se me

²³ Este diálogo surge de mis recuerdos como espectador, no se trata de una cita literal, ya que es en su afectividad que me ha producido este despertar amoroso y no considero necesario remitirlos a la literalidad.

asume como homosexual, y si digo que amo a Juana se me asume como heterosexual. El amor ha de desexualizarse porque así no se nos despoja de lo que podría ser una nutritiva relación amorosa solo porque no nos atrae sexualmente. Ha de desexualizarse porque en consecuencia liberaría al amor de esa tara de la posesión y exclusividad sexual que no solo se tira relaciones amorosas, sino que incita una y otra vez a violencias, sobre todo de parte de hombres hacia mujeres en relaciones, pésimamente nombradas heterosexuales, otra vez recordándonos que lo que define la relación amorosa es poseer sexo. Y esta posesión es acaso la primordial, pero no la única, que inevitablemente mi cuerpo gomelo desea a toda costa abocada por su ansia de libertad egoísta, como hemos oído antes, y se rehúsa a permitir la nutrición amorosa.

Pero el interior de mi piel se repugna, quiere posesión, quiere posesiones, éxito. Quiere en resumidas cuentas comerse el mundo y que mi pareja no se lo coma, ni se los coma, a otros hombres. Esta libertad es la de una élite colombiana que todavía requiere de muchas más investigaciones, que jura y come mocos de que el país, o el mundo entero, les pertenece uniuísimamente a ellos. Ember Steffen, exalumno del colegio, luego coordinador académico de bachillerato, y quien sabe qué hizo mal para luego terminar de rector en el Gimnasio Sabio Caldas, deja en claro este ideal gomelo que se quiere transmitir allá: “Nuestros alumnos tienen el espíritu del Gimnasio Moderno. Se les forma en la libertad individual, en que sean dueños de sí mismos.”²⁴

Contagioso, se nos pega eso de creer que somos los dueños del mundo y que la libertad es ese hacer lo que se nos dé la gana. Más de una vez me detuve al escuchar ese breve pedazo en el que Miguel Rueda, atacado por la homofobia del colegio, le rescataba al colegio que él era el marica que era hoy en día gracias al colegio. Confundido, por no entender si es que él creía que se había sobrepuesto a esas opresiones del colegio que lo habían hecho más fuerte, o el colegio como tal le había brindado adrede una herramienta, lo busco por féisbuc y le pregunto que por qué lo dice. Me responde: “Lo digo por la formación del colegio. Porque el colegio le da a uno la fuerza de ser quien es a pesar de los contratiempos y cagadas que le hacen a uno” (conversación, 10 de mayo, 2018).

²⁴ Tomado de: <https://www.sabiocaldas.edu.co/los-colegios-por-concesion-cumplen-diez-anos/>

Llevemos o no del bulto, salimos del colegio creyéndonos amos y señores.

Repechaje triangular gozque

*“Y si con otro pasas el rato
vamos a ser felices los cuatro”
(o las cinco o las seis o las que sea).*

El antónimo del despecho es el repechaje. Mientras que el despecho es un estanque, la pérdida del pecho y por tanto la pérdida de la capacidad para amar, el repechaje es volver a pechar, volver a intentar amar. El meollo del asunto es sentir cómo articularlo y ponerlo en práctica. Fractura, hay que ir más allá del devenir amor desde lo cliché. Salgamos del eros emparejados y busquemos trirejas; dejemos las películas románticas y entremos al “Felices los cuatro” malumero. Amar, como posibilidad de derivar de la gomelidad, tiene que venir de la misma raíz de amarre, y este amarre es quien abre el camino a la libertad.

Pero como hemos dicho antes, y más ahora que amarro amar con amarre, esta libertad no funciona bajo quienes la asumen como una libertad de ataduras. Imaginen al supuesto hombre verdaderamente libre desde el concepto neoliberal: emprendedor y ahora dueño de sus propios negocios, tiene a sus pies el tiempo y el espacio que se le antoje. Quizá el celular le fastidie, así como ciertos compromisos familiares, por lo que se decide a planear unas vacaciones que le brinden la cumbre de la libertad. Y cuando digo la cumbre soy literal: este hombre se ha desconectado de los vínculos en las alturas, en una remota montaña en la que va a conquistar la cumbre. Iluso, sueña inconscientemente desde la imposición de la modernidad, una que le ha dicho que será libre y hombre de poder, ser plenamente independiente y controlador de la naturaleza, una que le chanta un rol de explorador colonialista europeo y que lo pone a prueba: de conseguir su objetivo, será libre, si no, su propio fracaso significará que no se esforzó realmente por ser libre y por tanto no lo es.

¡Mentira! Es la misma supuesta libertad libre de ataduras la que lo condena al fracaso. “Uno solo conserva lo que no amarra” es la mayor mentira de todas las canciones de Jorge Drexler²⁵, ¿qué es esa mañita de imaginarse los amarres como esposas o cadenas de

²⁵ Canción de Drexler llamada *Mi guitarra y vos*.

prisión? En ese ambiente masculino del montañismo, sin permiso les cuento que los hombres nos metemos a la nieve la mayoría del tiempo si y solo si estamos amarrados a otros hombres. Porque es con este amor, perdón, con este amarre que realmente nos atrevemos a movernos libremente, sin miedo a pisar e irnos a un hueco infinito. Y para colmo de redes, la montaña tiene que brindar un jurgo de condiciones apropiadas para que no nos dé culillo subir: aunque yo no poseo tanta experticia, por ahí me codeo con caminantes que me cuentan chismes de caminantes, y todos coinciden en que a veces toca pasar días, o incluso semanas, esperando a que la montaña cree su propio amarre ambiental para que puedan subir. “Amarrar la trama más que el desenlace”, afirma Jorge, ¡ah, no!, “amar la trama más que el desenlace”²⁶, dice con sabiduría en una canción, porque se ama en todo medio, luego se es libre, sin importar el resultado.

De ahí entonces que entre más mejor, y que el repechaje ya no se pueda pensar como una línea que une dos puntos, sino como mínimo un repechaje triangular que ya vaya incitando a un tejido resistente a los fríos más extremos, un repechaje que haga felices a los cuatro o, lo mejor de lo mejor, un repechaje manada como lo afirman este par de perras:

De las periferias vienen las manadas. Cuando la feminidad se construye en manada, se convierte en una feminidad subversiva. Una perra sola es una perra muerta, una manada es un comando político. Las perras no se ocupan de la cocina ni de vigilar a los niños de la patria. En manada, cada perra es capaz de morder, de organizarse para vivir fuera del hogar. [...] La manada no es ni la comunidad, ni el gueto, ni el partido político. En la manada de perras no hay ley de género ni de identidad sexual, no valen más los tacones que los bigotes (ni bio ni pegados con cola). Y como la manada es una máquina colectiva de follar que sirve para resistir y para inventarse otras formar de placer también entran en ella los chicos trans y las camioneras más austeras. (Setter Francés y Bulldog Sin Tierra, 2009, p. 10).

Este tejido resiste, pero es también contestatario, y si el frío es opresor: incendiario. El tejido manada, contado como prólogo para el libro *Devenir perra* atribuido a Itziar Ziga (pero en realidad producida por múltiples voces, como ella lo explicita), es la genialidad sensible que más posibilita el amor de la revolución masculinista.

²⁶ De Drexler también, pero esta se llama, justamente, *La trama y el desenlace*.

Sin embargo, este tejido carece todavía de las cualidades suficientes para permitir la deriva de una masculinidad gomela, puesto que pareciera ser de propiedad colectiva, pero propiedad de todas formas. Es una ruana amplia, para nada dispendiosa, lista para abrigar a los que sobran, pero solo a ciertos seres que sobran: aunque, pretenciosa, afirma que este tejido “no tiene ley de género ni identidad sexual”, se delata cuando afirma que “también entran en ella los chicos trans y las camioneras más austeras”. Así, agregando que habla de una construcción de feminidad en manada, podemos fácilmente dismantelar que los hombres heterosexuales ricos no serán abrigados.

O peor todavía lo que uno observa al leer ya no el prólogo sino el libro *Devenir Perra*. Egocentrada, es que Itziar no se imagina la interseccionalidad opresora de Kimberle, sino una diseccionalidad, que es la que siente que le afecta a ella: la discriminación por clase y por género. Blanca, afirma que “el feminismo sin perspectiva de clase es blanco y burgués (sólo omiten los referentes materiales aquellas que ya están situadas en una posición cómoda, las pobres no olvidamos ni un instante lo que nos cuesta mantener nuestra escasez)” (2009, p. 30). ¿De verdad?, ¿no pudo pensar algo más obvio como que el feminismo sin perspectiva de raza es blanco, sino que de una vez le atribuyó la blancura a la falta de perspectiva de clase? Claro, porque Itziar es blanca y no se quiere situar desde el privilegio. Necesitamos de una lucha vinculativa en la que todas, y sobre todo todos, se sitúen también desde el privilegio. Esto es viejo, ya lo dijo Kimberle con su impactante y conmocionante imagen del sótano: todos queremos quejarnos y quejarnos de los daños que nos hacen, pero nadie dice sí, yo hago daño, sí, yo me beneficio de tal y tales.

Tenemos que ampliar el tejido para ampliar la lucha vinculativa en contra de las opresiones. Ya Karl Marx y Friedrich Engels lo hicieron bien como novios, y a pesar de la burguesía de los dos, y sobre todo la de Friedrich, invitaron a un gentío a través de la marca de clase. El feminismo lo hizo mejor todavía, y llamó a más de media humanidad por la marca de género, y ni hablar del que todavía no se ha podido arrejuntar, un feminismo imbricado-negro-lésbico-interseccional-decolonial, que une nuevas subalternidades masculinas como la negra. Sin embargo, sigue habiendo una fijación por las esencias, un prejuicio en el que se asume una élite imaginaria en el hombre blanco europeo heterosexual. Y claro, me basta a mí verme un día cualquier para reconocer mis privilegios de élite, y eso que no soy

Europeo, pero mi piel se supo otra, mis cicatrices hablan y por eso le apostó a estudiar la gomeidad y reconocer las violencias que acarrea.

Si ya el feminismo se posicionó como un lugar legítimo de conocimiento para visibilizar las opresiones desde el oprimido, a partir de la experiencia, devengo una masculinidad masculinista para desnaturalizar las opresiones del opresor, también desde lo vívido vivido.

Ladremos: permítase un grano de arena, un poco de sazón punkera a la revolución feminista que lo único que tiene de malo es el nombre, para que entren también los perros criollos que pueden devenir gozques.

¡Grr!

Referencias bibliográficas

- Arias, Bernardo. (2012). *Por los caminos de Sodoma: confesiones íntimas de un homosexual*. Manizales: Lucio Michaelis.
- Barrios de Chungara, Domitlia. (2005). 'Si me permiten hablar...' *Testimonio de Domitlia una mujer de las minas de Bolivia*. México: Siglo XXI Editores.
- Benedetti, Mario. (1973). La noche de los feos. En: *Cuentos completos*. Santiago de Chile: Talleres de Editorial Universitaria.
- Bourdieu, Pierre. (1972). *El sentido práctico*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Bukowski, Charles. (1995). *La senda del perdedor*. Barcelona: Anagrama.
- Butler, Judith. (1993). *El género en disputa*. Buenos Aires: Paidós.
- Byung-Chul Han. (2014). *La agonía del eros*. Barcelona: Herder.
- Byung-Chul Han. (2015). *El aroma del tiempo: un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Barcelona: Herder.
- Certeau, Michel de. (2000). Artes de hacer. En: *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.
- Crenshaw, Kimberle (1989). *Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics*. Chicago: University of Chicago Legal Forum: Vol. 1989: Iss. 1, Article 8.
- Curiel, Ochy (2007). La Crítica Poscolonial desde las Prácticas Políticas del Feminismo Antirracista. En: "Colonialidad y Biopolítica en América Latina". *Revista NOMADAS*. No. 26. Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos. Bogotá: Universidad Central. Bogotá.

- Davis, Angela. (2005). *Mujeres, raza y clase*. Madrid: Ediciones Akal.
- Derrida, Jacques. (1968). *La diferencia*. Recuperado de: https://www.dooos.org/articulos/textos/Derrida_diferencia.pdf
- Descartes, René. (2005). *Meditaciones metafísicas*. España: Alianza editorial.
- Despentes, Virginie. (2012). *Teoría King Kong*. Buenos Aires: El asunto.
- Despentes, Virginie (Setter Francés) y Preciado, Beatriz (Bulldog Sin Tierra). (2009). Prólogo. En: *Devenir Perra*. España: Editorial Melusina.
- Dussel, Enrique. (1999). “Más allá del eurocentrismo: el sistema-mundo y los límites de la modernidad”. En: Castro-Gómez, S. Guardiola-Rivera, O y Millán, C (edits.). *Pensar los Intersticios. Teoría y práctica de la teoría poscolonial*. Pensar. Universidad Javeriana, Bogotá.
- Eisenstein, Zillah. (1978). *The Cohambee River Collective Statement*.
- Haraway, Donna. (2004). *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio. HombreHembra_ Conoce_ Oncorrotón. Feminismo y tecnociencia*. Barcelona: UOC editorial.
- Espinosa, Yuderlys (2012). *¿Por qué es necesario un feminismo descolonial? Diferenciación, dominación co-constitutiva de la modernidad occidental y fin de la política de identidad*. Conferencia presentada en la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Fanon, Frantz. (2009). *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Ediciones Akal.
- Hall, Stuart. (2010). *El espectáculo del “Otro”*. En: *Sin garantías*. Lima: Envió editores.
- Harding, Sandra. (1987). “Is There a Feminist Method?” En: Sandra Harding (Ed.). *Feminism and Methodology*. Bloomington/ Indianapolis. Indiana University Press.

- hooks, bell. (2000). *All About Love: New Visions*. Nueva York: Harper.
- hooks, bell. (2004). *Change: Men, Masculinity, and Love*. Nueva York: Atria Books.
- Kant, Immanuel. (1874/1994). *Respuesta a la pregunta ¿Que es la ilustración?* En: Revista Colombiana de Psicología, Vol. 2.
- Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Le Breton, David. (2010). “Firmar o rasgar su cuerpo: las nuevas generaciones”. En: *Disciplinas y prácticas corporales: Una mirada a las sociedades contemporáneas*. México: Anthropos Editorial.
- Lorde, Audre. (2007). “Uses of the erotic”. En: *Sister Outsider: Essays and Speeches*. Nueva York: Crown Publishing Group.
- Mouffe, Chantal. (2013). *Agonistics: Thinking the World Politically*. Londres: Verso.
- Muñoz, Rocío. (2015). *Cicatrices*. En: La juntada 2015. Argentina: Rosario.
- Nietzsche, Friedrich. (1986). *Más allá del bien y del mal*. Madrid: Alianza.
- Nieto, Agustín. (1996). *Una escuela*. Bogotá: Gimnasio Moderno.
- Onfray, Michel. (2010). *Freud: El crepúsculo de un ídolo*. México: Taurus.
- Poe, Edgar Allan. (2007). “William Wilson”. En: *Cuentos inolvidables según Cortázar*. Bogotá: Alfaguara.
- Rama, Ángel. (1998) *Ciudad letrada*. Montevideo: Arca.
- Restrepo, Laura. (2018). *Los divinos*. Bogotá: Alfaguara.

Ríos, Gilma. (2016). *Cuerpos corregidos. El valor de la belleza*. Cauca: Universidad del Cauca.

Paternostro, Silvana. (2001). *En la tierra de Dios y del hombre: hablan las mujeres de América Latina*. Buenos Aires: Sudamericana.

Shapin, Steven. (2000). *La revolución científica. Una interpretación alternativa*. Barcelona, Paidós.

Tobón, Marco. (2015). “Los sueños como instrumentos etnográficos”. En *Revista de Antropología Iberoamericana*, Vol. 10, No. 3, Septiembre-Diciembre 2015. Madrid: Antropólogos iberoamericanos en red.

Viveros, Mara. (2002). *De quebradores y cumplidores: Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Viveros, Mara. (2006). *El machismo latinoamericano. Un persistente malentendido*. En: *De mujeres, hombre y otras ficciones: Género y sexualidad en América Latina*. Bogotá: Grupo TM S.A. (Tercer Mundo Editores).

Wallerstein, Immanuel. (2006) - *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. Siglo XXI Editores. Madrid.

Zuleta, Estanislao (1997). *Elogio de la dificultad y otros ensayos*. Cali: Fundación Estanislao Zuleta.